EL
HOMBRE
DE LA
CÁMARA
MÁGICA
Pedro Badrán
SAGA
EGMONT

EL
HOMBRE
DE LA
CÁMARA
MÁGICA
Pedro Badrán
SAGA
EGMONT

Pedro José Badrán Padauí

El hombre de la cámara mágica

Saga

El hombre de la cámara mágica

Copyright © 2015, 2022 Pedro Badrán and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788726998092

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

El inventario no recoge más que el mundo que se tiene al alcance de la vista y después han de sumarse también las cosas que uno no puede ver.

Cees Noteboom, En las montañas de Holanda

Diarios de hotel

Hay cosas buenas de estar enfermo. Por ejemplo, mirar el techo de esta habitación, las grietas y la pintura vieja, la pared descascarada, las figuras que dibuja la humedad, imaginar una vieja gotera que alguna vez cayó sobre esta pieza abandonada. El agua siempre busca por dónde correr. En eso se parece a los caballos. Cerca del techo donde la pintura se descascara hay un perfil de bruja que me mira de reojo. Más de una vez le he preguntado qué me miras y ella no responde, aunque a mí me gustaría que respondiera. A veces por la noche he pensado la respuesta. Pero no es que la bruja hable, sólo suelta una risita baja, un je je jé, que me asusta. Después la oscuridad se la traga y yo me río de la bruja y de mí mismo. Encima del marco de la puerta se levanta un elefante con cresta de gallo y pezuñas de cerdo. No sé si siga siendo un elefante, con la cresta y esas pezuñas. Pero la trompa y las orejas sí son de elefante. Es como observar nubes en el cielo y encontrar caballos y dragones. También caballos con la lengua afuera y las patas levantadas.

Me había acostumbrado al moho y al salitre, al olor de este colchón de rayas negras y rojas, al que se le salen las tripas por los costados, pero no a las figuras del techo, ni a las grietas de las paredes, ni al silencio que puede ser lo más ensordecedor. Zumban los oídos como asamblea de grillos y la cabeza arde. La fiebre es trance ingrato y si no me duermo me da por pensar más de la cuenta, de una manera bien extraña, con la mente, los huesos y la sangre caliente. Pensar lo que pensaba en otro momento cuando todavía era el muchacho recién llegado que vendía búhos de alambre para la buena suerte. Me esfuerzo por escuchar las olas del mar contra las rocas y no sé si las imagino o en verdad se estrellan en los espolones de allá afuera.

Lo mejor fue sentir a Centella, su galope en el pavimento de la avenida, como una caricia para mis oídos, como uno de los masajes de Karen, masajitos, dice ella, y el sonido de los cascos me alcanzaba en lo más hondo donde Karen no puede llegar con sus manos. Como esa botella de agua que me trajo, unos sorbos frescos en mi garganta raspada. Si algún día tengo dinero voy a comprarme un caballo como Centella y por las noches cabalgaré por la playa y luego mar adentro, un caballo en el mar buscando el horizonte, un caballo Jesucristo galopando sobre las aguas y yo de jinete, escuchando cómo suenan los cascos sobre la espuma.

Fue la malabarista la que me dio las señas de este hotel.

A ella la conocí en el parque Bolívar donde yo vendía mis búhos de alambre, pulseritas de hilo con la bandera colombiana, collares con bolitas de vidrio, ganchos y peinetas de carey. Todo para los turistas. Estaba sentado al lado de mi mercancía y ella lanzaba sus aros al aire, atrapaba uno con su mano derecha, soltaba el otro con la izquierda y luego volvía a agarrar el que venía cayendo.

Uno de los aros siempre estaba en el aire. Verde, rojo. Y azul.

Me gustaba más el verde porque el rojo y el azul estaban descoloridos. Todavía los estoy viendo y a veces sueño con ellos, y luego veo el brazo de la malabarista o el mío, entrando por el vacío de los aros. Todo lo que cabe allí. La malabarista me dijo que mirara a través de ellos, la muralla, la catedral, las palmeras del parque, el cielo. Y mientras lo decía me estaba mirando a través del aro.

Cuando terminó su número dio una vuelta entera, se inclinó como si estuviera en un circo e hizo una reverencia. En la espalda le vi el tatuaje: una mariposa negra con las alas desplegadas. Comenzó a pasar un bolso de tela y a decir muchas gracias, muchas gracias, respetable público, gracias por su colaboración. Le daban puras monedas.

Ahora nadie da billetes.

Se sentó muy cerca de mí, la espalda contra la base del monumento, la cabeza justo debajo de esa frase que decía Si Caracas me dio la vida, Cartagena me dio la gloria. Arriba estaba el caballo con una pata levantada. El jinete también se había quitado el sombrero pero nadie le daba un peso. Se notaba que había terminado de hacer cabriolas con su caballo y el pobre estaba pidiendo plata. La malabarista estaba al pie del pedestal y por un instante pensé que el caballo iba a soltar unos cagajones sobre su pelo amarillo.

Flaca, flaca. Con los huesitos de la clavícula que se notaban bajo la piel, culito de avispa, olía a tierra y a sudor. Le salían pelos de los sobacos y tenía algo de maquillaje, los labios pintados de rojo y una sombra azul en los párpados.

Le dije que no tenía dinero pero que le podía regalar un collar o una manilla.

O un búho de la buena suerte.

Se acercó toda fresca y le ofrecí un cigarrillo, el último que tenía, y le dije que nos lo fumáramos entre los dos. No se lo dije mirándola sino apartando la cara para hablarle, porque hacía rato que no me lavaba los dientes. A veces me metía al mar y hacía buches de agua salada, me soltaba el moño que siempre llevo amarrado con un caucho. El mar nunca estaba limpio. Una vez me metí bien adentro y descubrí una mancha de aceite. El agua y el aceite. Por eso no me había vuelto a enjuagar la boca en el mar. Y menos el pelo. Pero no me lo iba a cortar así estuviera sudando. Tampoco me importaba mucho lavarme los dientes porque también a la malabarista la boca le hedía. Lo supe cuando me dijo que a ella le gustaría caminar sobre una cuerda tendida entre las palmeras del parque.

—La palabra para eso se me olvidó. Mi hermana sí se sabía esa palabra. Algo así como equilibrista pero no es esa. Y ni modo de buscarla en un diccionario porque ni siquiera sé por qué letra comienza.

Antes trabajaba con un amigo cantante que se sabía todas esas cosas.

Cantábamos en los buses, él tenía una guitarra y yo un par de maracas. Una noche de Navidad entonamos una melodía bajo un edificio que se llama Eldorado y desde un quinto piso nos llovió un billete de veinte mil. Y un hombre se asomó al balcón y nos gritó: qué monstruos de la canción moderna, carajo, ni Raphael los supera, pero los veinte mil pesos son para que no sigan cantando y se vayan a joder a otra parte. Y obedecimos. Esa noche nos comimos un pollo frito y en la última presa mi amigo dijo que el mundo de la música era muy duro. A los pocos días nos abrimos y él se quedó con las maracas.

Pero tal vez ella no me estaba prestando atención. Sólo quería caminar sobre esa cuerda tendida entre las palmeras del parque. Cuando terminé el cigarrillo comencé a verla allá arriba, haciendo equilibrio con los brazos abiertos, casi como una crista redentora,

mucho más arriba de la estatua. Y la gente acá abajo la miraba y ella encima del jinete con el sombrero lleno de monedas.

—No es un sombrero —corrigió ella— es un tricornio.

¿Un qué?

Un tricornio.

Le dije que iba a averiguar cómo se llamaban las personas que caminan sobre las cuerdas. Y un día, en la playa, le pregunté a un hombre calvo, pero él tampoco sabía la respuesta. Fue la vez que salí a vender billeteras acuáticas, el día que me empezó la cagalera.

Pasó un vendedor con un barril lleno de hielo, agua en botella, cerveza en lata y refrescos. Compramos una cerveza y empezamos a beberla. Pagamos con las monedas de ella y un billete de mil que yo tenía.

Las monedas sumaban más que mi billete pero a ella no le importó. Y a mí tampoco.

—A la gente no le gustan los malabares. Mejor dicho, sí le gustan pero nadie cree que deba pagar por verlos. Por muy buena que seas nadie te va a pagar bien.

Eso ya lo había oído antes.

Me bebía la cerveza más rápido que ella. Igual, no era que a ella le gustara. Le dije que con esa lata de cerveza haría un búho y cuando nos viéramos otra vez yo se lo regalaría. Pero ella estaba distraída. Miraba las mariamulatas del parque, negras, negrísimas, con las plumas que brillaban al atardecer. Compró una bolsa de agua con una moneda de doscientos pesos. Se tomó el último sorbo de la cerveza y dijo que se iba. Tomó los aros y pasó el brazo por ellos, hasta que se acomodaron sobre su hombro.

Rojo y azul. Y el verde en la mitad.

Le pregunté si iba a volver al día siguiente por el parque y me dijo que no. Cuando se estaba yendo volví a verle la mariposa tatuada en su espalda.

Algo raro debió cruzar por su mente, porque entonces se volteó, vino de nuevo hacia mí y me preguntó dónde me estaba quedando. Si no me lo pregunta yo no estaría ahora en esta habitación, mirando las figuras en el techo, y tampoco habría ido a la playa a vender billeteras acuáticas y a preguntar cómo es que se llaman esas personas que caminan sobre una cuerda. Tal vez ahora no tendría esta fiebre ni esta maldita diarrea y no estaría conversando con la bruja de la pared, oyendo el galopar de Centella por las noches. Ese es el orden de las cosas. A lo mejor tampoco habría conocido a Charlie ni sabría de Centella ni del Blaki, ni de los masajes de Karen, ni de toda esa historia de Tony Lafont. Lo que ahora quiero es que ese fotógrafo venga a sacarme la instantánea, para poder irme tranquilo de este hotel.

Y volveré a dormir en la calle como antes. Tal vez entonces ya se me haya pasado la churria.

No era la primera vez que iba a quedarme en la calle. Al fin y al cabo nunca hacía frío. Del mar venía esa brisa que movía las hojas de los árboles. Otras noches había dormido en ese parque y me gustaba escuchar la fuente de agua golpeando sobre la piedra. Sólo que a veces pasaba un vigilante, me veía dormido sobre el banco de cemento, me tocaba la cabeza con el bolillo y me decía: esto no es un hotel. Como si el parque fuera suyo.

O me pedía papeles que yo no tenía.

Al amanecer me lavaba la cara en el agua de la fuente. No llevaba mucho equipaje: mi morral de tela, con la mercancía y las herramientas, tres billetes de mil, ocho monedas de doscientos y tres de cien. Eso era todo. Unos días eran mejores que otros pero la malabarista tenía razón. Nadie sabe apreciar un trabajo artístico. Porque lo mío no es artesanía, ni siquiera arte, los búhos que yo vendo son objetos sagrados, casi milagrosos. Si alguien me compra un búho, la suerte le cambia.

Yo no me preocupaba por la suerte cuando la malabarista dijo:

—Te puedes quedar en un hotel que yo conozco, frente a la playa.

¿Un hotel?

—Charlie, el recepcionista, es amigo mío y no te va a cobrar. Al menos no te cobra la primera noche.

Y me dio una fotografía que sacó de su bolso.

Las luces del parque ya se habían encendido y pude ver el cangrejo sobre la roca. La verdad fue que me dio trabajo reconocer al animal porque la foto estaba descolorida. Pero algunas gotas de agua resplandecían sobre la imagen.

La malabarista me dio las señas y dijo que sólo tenía que caminar por la avenida un par de kilómetros. O tres. Soy malo para calcular, no como Charlie que se la pasa haciendo cuentas. Y dice que es bueno para los números. Alguna vez me dijeron que pesaba cincuenta y ocho kilos pero no sé cuántos son cuatro libras o siete kilómetros. Esta habitación tiene tres por dos. Eso fue lo que me dijo Charlie y yo le pregunté: ¿Y cuánto pesa esta habitación? Y él me respondió: eso depende de la temperatura.

—No se te vaya a olvidar mostrar la instantánea.

Yo quería darle un búho pero ella lo rechazó y entonces le regalé una manilla con la bandera colombiana. Se la puso en la muñeca izquierda. Quería que viniera conmigo y me acompañara pero se despidió cerca de la muralla rota. Hizo un puño con su mano derecha y sentí sus nudillos contra los míos. Me dijo que iba a caer en el hotel en un mes o dos, cuando encontrara a Tony Lafont.

¿A quién?

—A Tony Lafont, el fotógrafo.

Fue la primera vez que escuché ese nombre.

En ese momento ni me interesaba saber quién era él y tampoco me pregunté por qué la malabarista lo estaba buscando. Sólo quería recordar que el recepcionista se llamaba Charlie y que no me cobraría la primera noche en el hotel. De todas maneras, no pensaba quedarme mucho tiempo.

Tal vez debí decirle a la malabarista que la iba a acompañar a buscar a ese fotógrafo. Pero ella no me dio tiempo. Me dejó allí

plantado. Y con las ganas que tenía de fumarme un cigarrillo con ella y de ver otra vez su mariposa tatuada en la espalda.

Me cubría el cuerpo con las sábanas, arrodillada yo sobre la cama y él diciéndome no mires la cámara, Claudia Soraya, no estoy aquí, sólo estás tú, sólo tú, pero piensa que alguien entra y te sorprende, así, así, tienes que entreabrir los labios, no me mires, no vayas a mirarme, y me divertía eso de ser modelo, jugar a la actriz, seguir sus indicaciones y casi enseguida contemplarme en las instantáneas reveladas, detenida para siempre, de alguna manera inolvidable y a la vez intrascendente, porque a decir verdad las fotografías no eran gran cosa, pero a Tony le tenía sin cuidado eso, porque siempre decía no se trata de hacer retratos tradicionales o postales del atardecer, yo estoy en otro cuento, algún día te diré lo que son mis instantáneas, y me leía un párrafo de su cuaderno, y no es que yo quisiera ser modelo o salir en la portada de una revista, sólo sabía que me gustaba el mar, sumergirme, bucear, caretear, nadar, flotar, pero sobre todo bucear y caretear, era otro planeta allí abajo, todo en silencio con alguna música de burbujas, el coral cerebro, las tortugas y los pulpos, las bailarinas de colores y las ballenas jorobadas que cantan en el océano, me gustaba el mar por dentro y por fuera, estar bronceada y verme esa parte de la piel resguardada del sol, bajo las delgadas tiritas del bikini, comparar las tetas blancas en el espejo con todo mi cuerpo moreno, cada vez más negro, regresar y lucir el bronceado, las trencitas con chaquiras de colores, el vientre que Tony llenó de arena cuando el bronceador se estaba acabando, había un delfín en la caja y una mujer con un sombrero de paja tendida en la playa y Tony le tomó una foto a la caja, instantánea número cuarenta y ocho, por acá no llegan ballenas, me dijo, y aunque alguna vez él me contara que de niño había visto delfines saltando sobre la superficie del mar, yo no le creí, quizás estaba tratando de impresionarme y le dije que debía conseguirse otra cámara, algo más profesional, estudiar fotografía, una cámara que incluso pudiera tomar fotos debajo del agua, yo misma lo acompañaría y tal vez trabajaríamos juntos, ¿has oído hablar de Jacques Cousteau?, y cuando le insistí con lo de la cámara, primero se quedó pensativo pero al rato me contestó con ese aire de suficiencia que se gastaba, lo importante no es la cámara sino el fotógrafo, y me dejó callada, qué podía decirle, de todas maneras yo nunca le iba a regalar una Canon y tal vez en uno o dos años se le pasaría esa obsesión por las instantáneas, ¿y es que tú te vas a pasar la vida tomando fotos?, no, no, sólo diez años, eso es lo

que necesito, tres mil seiscientas cincuenta y dos fotos, y lo decía todo serio, no, no te lo creo, Tony, y él me dijo ya llevo cinco años pero no he tomado una foto todos los días, así que pueden ser doce años, ¿si me entiendes?, no, no lo entendía pero era mejor así, y todo empezó con un cojincito de champú que él me regaló y siguió con mi gancho para el pelo y las pulseras de coral, instantáneas de objetos personales, dijo, pero no quería que yo tuviera trenzas, te ves mejor con el pelo suelto, requeté reseco lo tenía, debía lavármelo, echarme un poco de ese rinse que se me había olvidado comprar, insertos, esa fue la palabra que utilizó, como un close up, pero no es lo mismo, ¿sí me entiendes?, como la pasta dental que ahora está de moda, a mí la que me gusta es Colgate, ¿sabes lo que es un inserto?, no, yo no sabía qué era un inserto, y mucho menos una disolvencia, pero le seguía la corriente y Tony me lo explicaba acercando su cámara para que los vellos púbicos, no los públicos, estuvieran en la foto, sólo basta una letra para cambiarlo todo, como la historia bíblica de Abram y Abraham, dijo él, o como la Purísima Virgen María, dije yo, ¿qué pasaría si le cambiáramos la R por la T?, y Tony se echó a reír y me llenó el vientre de arena, el ombligo, los muslos, inserto número dos de Claudia Soraya Rico, y yo posaba, a veces en el patio de los almendros o en la habitación 109 que era la mía, o en la 301, la del pintor, olorosa a trementina, llena de bocetos, óleos inconclusos, y no había acabado de instalarme cuando me cayeron nativos y turistas, huéspedes y muchachos del barrio que se morían por coronarme, invitarme a la playa y martillarme, así era como decían, martillar a las turistas, como ese amigo suyo que se llamaba Lascario Valverde y tenía mucha suerte con las gringas que llegaban al hotel, era huesudo y alto, se metía mar adentro, en lo hondo, detrás de las piedras, para que las mujeres se agarraran de su cuello y cuando ellas no alcanzaban tierra se abrazaban a su cuello y él aprovechaba para martillarlas, la noche de la fiesta Tony le tomó una foto bailando con esa sueca desabrida que se llamaba Christina Larsson, la que decía que los colombianos estaban locos y por eso le gustaba este país, todos están locos y el más loco es el fotógrafo, la escuché decir en buen español, y yo que quería aprender inglés, nunca pude, jelo míster, ¿jawaryú?, y fue cuando Tony me dejó sola en la mesa y se dedicó a tomar fotos, porque la sueca no bailaba bien y trataba de seguirle el paso a Lascario, tampoco era que Tony bailara bien, ni siquiera se quitaba la cámara para bailar, sólo para meterse al mar

conmigo, como aquella noche, aquellas noches, ¿cuántas fueron?, ¿dos o tres?, no más de cuatro, creo que me estoy olvidando de contar, en todo caso cuando lo conocí me dije, necesito a alguien que pueda acompañarme a la playa o a la ciudad vieja, y este morenito tan gracioso me puede servir, lo pensé, qué culpa, aunque a él no le gustaba salir del hotel, hay un universo aquí dentro, un sistema solar con planetas que se pueden dividir en habitaciones, objetos y personajes, eso era lo que decía, la verdad es que tal vez no tenía plata para invitarme, lo único que quería era retratar a la gente con esa cámara Polaroid que nunca se quitaba, bueno, se la quitaba cuando nos metíamos al mar, ¿cuántas veces?, no, no puedo recordarlo, en todo caso la dejaba en la recepción o sobre las piedras, como esa última vez de madrugada, y dos días antes estábamos sentados en las canoas volcadas sobre la arena, y me había pasado el brazo, dejaba caer su mano sobre mi hombro izquierdo, mi piel delicada por tanto sol, ardían mi espalda y mis hombros pero no mi vientre, mirábamos el atardecer y volvíamos la cabeza para mirar el hotel, él decía algo y yo lo escuchaba, ajá, a veces me reía, ajá, y lo miraba, ajá, el perfil no lo favorecía mucho, tenía la nariz demasiado grande y unos pelillos sueltos en la barba, sus ojos gateados y el pelo revuelto, no tan churrusco ni apretado, y no tenía granos ni cicatrices en la cara, y me gustaba su forma de hablar, su piel acanelada, a veces se ponía más negro por el sol, la mirada y la sonrisa de dientes blancos, me estaba derritiendo por ese culicagado que pronunciaba palabras como insertos, close up, sinécdoque, panorámica, disolvencia y revelado, y otro montón de cosas que ya no recuerdo, primerísimo plano tal vez, Marlon Brando, Don Vito, Michael y Santino Corleone, ¿no has visto El Padrino?, ya me lo imaginaba dentro de mí aunque era yo quien lo dirigía, como a mí me gustaba, lo quería hacer después de mucho tiempo, metida en el mar, devorándolo, de alguna manera usándolo con algo de falso pudor, Tony, Tony Lafont, lafontony, el hombre de la cámara mágica, muchas gracias, porque yo viajaba por olvidar algo que no tiene caso siquiera mencionar y estar sola, sola, súper sola, tal vez encontrarme conmigo misma, aunque no creyera en eso, y cuando se lo conté Tony empezó a hablarme de un monje francés que había sido médico en Vietnam y había aprendido la doctrina zen, yo le tomé una foto, dijo, a él y a su mochila, la mochila del monje, es de las fotos que más me gustan, y el monje le había hablado del karma, del I Ching, de la reencarnación, y del

sendero interior que había que recorrer para encontrarse con uno mismo, o con una misma, eso, algo así, pura mierda quizás, porque no sé si me encontré o me perdí en el hotel, tal vez ni lo uno ni lo otro, lo que puedo asegurar es que conocí a Tony Lafont y le escribí una postal a mi hermana, PD, conocí a un fotógrafo que se llama Tony Lafont y está más loco que una cabra, quiere fotografiar el universo con una máquina de instantáneas, ya te contaré, eso fue todo o casi todo porque hay más, era perfecta esa temporada, brisas de enero, creo, aunque ahora lo he olvidado, no, tal vez esa no sea la palabra, mejor decir todo se ha desvanecido, algo así, desdibujado, aunque no disuelto del todo, como la letra T de la palabra Hotel escrita en el muro de la entrada, y después un relámpago brilla en el horizonte oscuro del mar, como los ojos de Tony Lafont, la penúltima noche, felinos, sí, entre verdes y grises, como los de Fumanchú, el gato que vi cuando Tony me llevó a la recepción y me mostró el retrato de Madame Tricot, encima de los casilleros donde se guardan las llaves, el regato en el regazo que termina en el retrato, ¿te gusta?, ¿qué, el gato?, no, no, la expresión de la madame, ¿la expresión de la madame?, la verdad, Tony, es que me gusta más la cola del gato, yo ni siquiera estaba pensando en la expresión, ¿la cola?, sí, la cola del gato, ¿te imaginas Tony si las mujeres y los hombres tuvieran colas como los gatos, cómo las llevarían y cómo las adornarían, todas las cremas y ungüentos que habría que gastar para tener una cola distinguida?, menos mal que no tenemos cola, con el pelo me basta y no me lo he lavado hace tres días, me lo estaba acariciando en ese momento, una hebra que él también tocó, horquillas resecas, entonces fue cuando dijo que iba a conseguirme un cojincito de champú, ¿todavía venden cojincitos de champú?, le sacaría una foto, nunca había fotografiado un cojincito de champú, marca Silueta, en honor a ese francés que se le daba por hacer recortes del perfil de las cortesanas, dijo y yo no le entendí, y luego pronunció algo así como Silhouette, siguió con el gancho de carey y las pulseras de coral y la caja del bronceador con la mujer del sombrero de paja, instantáneas de objetos personales, anotó en su cuaderno, con fecha y hora, gancho para el pelo de Claudia Soraya Díaz Rico, y no hizo chistes con el Rico, como era la costumbre, Rico, Rico, como el caldo de gallina que venía en cajitas, me emputaba y me gustaba también, para qué lo voy a negar, todo dependía de quien hiciera el chiste, Rico, Rico, y antes o después fuimos a la playa a ver el atardecer y nos

sentamos en las viejas y podridas canoas, ya no había pescadores en el barrio, pero las canoas seguían allí y caminamos sobre las rocas del espolón, cangrejos pequeños bañados por las olas, alcatraces y pelícanos que pasaban, el sol derritiéndose como yo, horizontes y crepúsculos que me gustaban, súper cursi, tal vez, estar allí, una muchacha que mira el mar, el atardecer, hasta que Tony hablaba, siempre hablaba más que yo, lo cual ya es mucho decir, todo mi trabajo puede reducirse a una sola foto, decía, o tal vez veinticuatro, una foto del hotel en cada hora del día, una foto de cada habitación a la misma hora durante trescientos sesenta y cinco días, todo cabe en esta cámara, te va a salir caro, le dije, el dinero se consigue, eso es lo de menos, ¿y cuántas fotos has tomado hasta ahora?, apenas llevo quinientas veintitrés, y ya debería tener unas setecientas cuarenta y dos, y miró el mar en silencio, respirando profundo y allí mismo me dieron ganas de besarlo, meterme con él bajo la canoa volcada sobre la playa, comérmelo, pero sólo caminamos, yo con las sandalias en la mano, pisando la arena mojada, hundiendo los pies, dejando que el mar los acariciara y él volviéndose de vez cuando para mirar el hotel y decirme, mira esta luz cayendo, ¿la ves?, sí, la estaba viendo y si él no me lo dice no la habría descubierto, todo hay que reconocerlo, porque Tony sabía mirar, ese resplandor en retirada ardiendo en las blancas paredes del hotel, por la noche se sentía el fogaje en los cuartos y, claro, era distinto cuando llovía y el sol se reflejaba en los charcos, no, no, yo no pude verlo en vivo y directo porque no llovió en esa temporada aunque él me mostró las instantáneas, charco I, charco II, charco III, y hojas caídas de los almendros, hoja I, hoja II, hoja III, pero también hoja I en el charco II, hoja IV en el charco III, y todo lo anotaba en su cuaderno.

En eso se la pasaba.

El hotel es como un cascarón vacío, a punto del escombro sin serlo todavía. Las paredes están descascaradas y las tejas se están cayendo a pedazos. Se puede mirar el cielo más allá de las vigas carcomidas. En las columnas se ven las varillas oxidadas como el costillar de una vaca muerta en la pradera. El viento hace golpear las ventanas contra las paredes y toda la noche se oye ese ruido, taquetá, taquetá. Me gusta ese ruido porque sé que es la brisa que viene del mar y no me siento tan solo en esta habitación. Taquetá, taquetá. Ventana contra pared. Taquetá, taquetá.

Pero si hay una gotera no puedo dormir. Por fortuna no llueve tanto. Una noche hubo un temporal y el cielo se llenó de nubes negras, como si fuera cayendo un velo negro sobre el mar. Y se desgajó uno de esos aguaceros que parecía que el mundo se acabara. Un diluvio de siete horas, con rayos y relámpagos. Nancy y Karen recogieron agua de lluvia en los calderos de la cocina. Y durante varios días siguieron cayendo goteras en los cuartos del segundo piso y en el bar-restaurante.

En este hotel ya no hay huéspedes, sólo inquilinos. A veces se asoman, saludan desde la puerta y preguntan: ¿ya se te pasó la cagalera? Y, claro, no puedo contestar que pasé una noche de perros, yendo al baño cada media hora, deshaciéndome por dentro, como si me rasparan la garganta y las tripas se quisieran salir desde el estómago. Todo desembocaba en el paladar, sabor de óxido viejo en la lengua, ganas de trasbocar, una serpiente reptando por mi estómago. Y a veces me desangraba porque la mierda venía en tonos rojizos como los gargajos de Charlie. No tenía fuerzas para levantarme pero me apoyaba en las paredes y a tientas encontraba el baño, debajo de la escalera. Allí me convertía en manantial de mierda líquida, cagadas cósmicas y siderales, récords mundiales, olímpicos y panamericanos. Y al regresar al cuarto las piernas no me obedecían pero veía el nueve caído, convertido en seis, y entonces reconocía mi cuarto y otra vez de cabeza al colchón, tratando de escuchar el rumor de las hojas de los almendros mecidas por el viento, los pasos de Nancy en el segundo piso, tal vez el maullido de una gata en celo.

Nancy es la mujer de Charlie y es ella quien me cuida la fiebre cuando Karen se va. Flaca, a punto de arrugarse como un

pergamino, tiene la nariz ganchuda y una verruga cerca de los labios. Es de esos seres que se interesan por las medicinas y las enfermedades. A veces le duele todo y quiere que Charlie se compre unas gafas o se tome un jarabe para la tos. Le gusta el tema. Prepara tomas de toronjil y hierbabuena, y cuando alguien habla de remedios caseros o de enfermedades ella está atenta para meter la cucharada. Hace unos días entró a mi habitación y me dijo que los hombres eran unos cobardes cuando estaban enfermos. Me lo dijo como insultándome. Entonces me trajo un viejo sobrecama para que yo sudara la fiebre pero, apenas me dejó solo, lo arrojé al pie del colchón. Alguien le dijo una noche que la marihuana era buena para el reumatismo y Nancy pensó que tenía que fumársela pero Charlie le aclaró que debía machacar las hojas y las semillas, ponerlas en alcohol y frotársela en el cuerpo.

Una mañana, antes de enfermarme, le pregunté si la malabarista ya había encontrado al fotógrafo. No sé por qué le pregunté eso pero era como si empezara a pensar que mi churria acabaría cuando Tony Lafont regresara a este hotel para sacarme la foto. Y quizás sea eso lo mismo que piensen otros inquilinos. Ellos también quieren una última instantánea. Después Charlie podrá morirse de un ataque de tos y la malabarista seguirá haciendo sus números en el parque, sin preocuparse por encontrar otro fotógrafo como Tony Lafont.

También se lo pregunté a Charlie pero de otra manera. ¿Por qué la malabarista anda detrás de ese fotógrafo? Y Charlie me dijo: tal vez Tony deba contarle algo. ¿Y hace mucho que lo está buscando? Charlie se demoró en responder pero lo hizo sin dejar de fumar su calilla barata. Hace rato, compadre, y lo peor es que ni siquiera lo conoce. Y después de un silencio que aprovechó para soltar el humo agregó: ella lo va a encontrar, te lo aseguro, eso se da por descontado.

Yo esperaba que Charlie se equivocara y hasta puedo decir que una de las razones por las que me quedé a vivir en este hotel fue para poder decirle te equivocaste, Charlie, la malabarista no lo encontró, quién sabe qué será de la vida de ese fotógrafo, de todas maneras a nadie le importa. Y tal vez Charlie habría respondido: a mí me importa y a la malabarista también, a todos los del hotel nos

importa eso. Y yo me quedaría callado o tal vez le sonreiría como un estúpido.

Ahora estoy de acuerdo con Charlie y menos conmigo mismo. De todas maneras, él y yo nunca sostuvimos esa conversación. Eso sólo ocurría en mi cerebro. O en la mente. Hay que saber diferenciarlos, me dijo mi amigo cantante. La mente es una cosa y el cerebro, otra. Pero a veces creo que no hay ninguna diferencia.

La noche que llegué al hotel pensé que era una de esas casas abandonadas donde a veces se meten los indigentes o los artistas callejeros como yo. Ni siquiera había luces en la avenida, todo estaba oscuro, pero adentro se escuchaban voces, una que otra risita de mujer y frases entrecortadas. La reja de la recepción estaba asegurada con dos candados y una cadena de hierro que se enroscaba como una culebra. Traté de abrirla, como queriendo que cediera para meter primero la cabeza y luego el cuerpo. Desde adentro alguien que salía del baño me dijo:

—La entrada es por el otro lado, por el corredor de los bañistas.

Era una voz de mujer.

Recorrí un pasillo encharcado y oscuro y llegué al patio donde estaban reunidos los inquilinos. Una ráfaga de luz me encegueció y yo levanté la mano para cubrirme.

Charlie estaba descamisado, sentado en su mecedor de madera, iluminándome con su foco de mano. Me preguntó si yo era hippie y le dije que sí pero que también era artesano y vendía búhos para la buena suerte y manillas de hilo con la bandera colombiana.

Los hippies ya no son como antes, dijo.

Le mostré la instantánea del cangrejo y él la examinó.

—Esta sí es una foto de Tony Lafont… Aquí llega mucho personal y me muestra una instantánea y enseguida descubro que la foto es falsa, eso se nota a leguas.

Cerraba los ojos forzándolos y se iluminaba con la linterna que a veces parpadeaba como una luciérnaga.

—A Tony no le iba bien con los gatos pero sí con los cangrejos —dijo y guardó la foto en una bolsa de supermercado.

Me invitó a sentarme y me dijo que no fuera a salir ratero.

Charlie estaba con su pecho al aire y de vez en cuando acariciaba el lomo de un gato que se había sentado sobre sus piernas. Tenía un cuaderno en sus manos y a veces parecía que fuera a leerlo. La verdad es que sólo le gustaba pasar las hojas. Recortado de perfil por las velas que Nancy encendía sobre la mesa de cemento, Charlie parecía un hechicero que hubiera perdido los collares. Pero cuando tosía y arrojaba sus gargajos ya no lo era tanto.

Los inquilinos no son muchos y no todos viven en el hotel. Por las noches vienen por aquí, se sientan en el patio de los almendros y Charlie les habla de las instantáneas y de la vida de Tony Lafont. Aparecen una noche sí y la otra noche no, dos noches no y la otra tampoco. Pueden durar una semana sin venir. Pero a veces se quedan quince días y luego se esfuman sin decir adiós. Se sientan en sillas plásticas marca Rimax, sin hacer mucho ruido, saludan con la mano o el puño apretado, levantan la cabeza y dicen qué más compa y entonces el compa responde: ahí, pasándola.

Los que son de por aquí parecen recién venidos de la playa porque huelen a sal o a pescado y llevan arena en las chancletas plásticas que arrastran por el patio. Menos Familia, un negro perfumado y cuajado que siempre luce camisas hawaianas, pantalones blancos de terlenka, zapatos de dos colores y unas gafas oscuras de vidrio verde y marco dorado. Nunca se las quita. Cuando no está de viaje se presenta con una botella de Ron Viejo de Caldas y así paga la pieza del segundo piso que es de las pocas que tienen baño. Charlie se siente contento con ese regalo.

Ahora Familia se ha ido a la Guajira a conseguir tres cajas de whisky y unas gafas Ray Ban para vender en la playa. De todas maneras a Charlie no le falta el ron, siempre consigue un cuarto o media botella pero nunca bebe aguardiente. Se toma un trago, saca una instantánea de la bolsa de supermercado y dice quién es el hombre o la mujer de la fotografía. Le gusta hablar de su amigo Tony Lafont, el fotógrafo. Y todos los huéspedes escuchamos. A veces alguien, casi siempre una mujer, hace una pregunta. Luego

Familia va sirviendo el ron en vasitos plásticos. Familia y Charlie no son primos ni hermanos, ni siquiera parientes pero ambos se tratan de Familia. Y qué más, Familia. Cómo estás, Familia.

Han venido extranjeros que se quedan una sola noche y escuchan hablar de Tony Lafont. Antes de que yo me enfermera, aquí vivía un gringo que se llamaba Roger. Llevaba una blanca colita de caballo y debía pasar de los sesenta. La piel de su cuello era arrugada pero se veía que había levantado pesas alguna vez y trabajado los músculos. Había vuelto al hotel porque en Nueva York alguien le dijo que Tony Lafont iba a regresar para tomar sus últimas fotos.

Roger ocupaba la habitación 206. Un día le pregunté a Charlie por qué ese gringo tenía una de las mejores habitaciones y él me respondió que el hombre había sido fotografiado por Tony Lafont, y la costumbre era que gozara de ciertos privilegios. No como tú que sólo trajiste una foto. Eso fue lo que me dijo sin dejar de fumar su calilla.

No importa que muchas habitaciones estén vacías. Así pudiera pagarla, no voy a quedarme en una de ellas porque están reservadas para los personajes de Tony Lafont. Pero ahora que lo pienso, tal vez sean mentiras de Charlie, porque en el segundo piso se han alojado personas que nunca han conocido al fotógrafo. Roger también se fue y dejó la pieza vacía y Charlie no quiso arrendármela. Roger tenía el presentimiento de que Tony Lafont no iba a regresar y yo estuve de acuerdo con él.

De todos los inquilinos el que más me gusta que venga es Blaki. Blaki no es evangelista como su primo Joseph Gambeth sino cochero. No hay personas más distintas. Yo he visto gente flaca pero ninguno como Joseph Gambeth. Cuando camina por la avenida, el viento se le mete por debajo de su camisa blanca y parece que fuera a volar como un ángel playero. Es como un velamen en tierra. Si no tuviera su carrito de dos ruedas con los termos de café y aguas aromáticas a Joseph Gambeth se lo llevaría el viento. Una tarde le dije que viniera al hotel por las noches a ver las fotografías de Tony Lafont y a escuchar todas las cosas que Charlie cuenta sobre el fotógrafo. Pero me dijo que estaba entregado a Dios y no le gustaba el ron ni las cosas parecidas. Creo que se refería a la marihuana. No era necesario decirlo. Pero Joseph Gambeth también vende

cigarrillos así su religión se lo prohíba. Tiene que mantener a su madre, a su mujer y a sus dos hijas. Su mujer se llama Marleny y limpia casas en Manga y Bocagrande. Es de esas mujeres que llaman desplazadas. Una noche contó que le mataron al marido y ella tuvo que huir con su hijo. Pero Dios fue misericordioso y le permitió encontrar a un hombre como Joseph Gambeth. Eso me lo dijo una noche cuando tenía cargada a su pequeña hija. A Joseph Gambeth le tiene sin cuidado estar o no estar en el álbum de Tony Lafont. Una vez me habló de los evangelios, de San Pablo y de los corintios, o algo parecido.

Pero el Blaki me dijo que ser cochero es otra religión. Su caballo se llama Centella y es colorado y más flaco que Joseph Gambeth. En las noches Centella viene a escuchar las historias que Charlie cuenta de Tony Lafont y a veces mete el hocico entre nosotros, como si quisiera opinar algo. Me gusta cuando me mira con sus ojos acuosos. Y yo le acaricio el pescuezo, las crines y él se espanta las moscas y los zancudos con la cola. Centella se queda a dormir de pie en el patio de los almendros y a veces he salido a mirarlo por la noche. Es de esas cosas maravillosas. Ver un caballo en la noche, bajo la luz de la luna. Creo que se vuelven azules, eso fue lo que vi y yo no tenía nada en la cabeza.

Blaki lleva tatuajes en los bíceps y una mujer desnuda pintada en la espalda. En las mañanas lee en voz alta el cuaderno de Tony Lafont. Uno de esos días le pregunté: ey, Blaki, ¿a ti te sacó una foto ese tal Tony Lafont? Y él me respondió con una buena pronunciación: never in the life, my brother, pero siempre he querido que ese man me saque una instantánea.

La otra noche salí con el Blaki y aunque sólo me gané cinco mil pesos, aprendí mucho. Ni Centella ni el coche son suyos. Él cobra cincuenta mil pesos por cada paseo en coche pero sólo le quedan diez. Lo que pasa es que al Blaki la plata no le alcanza porque tiene dos mujeres y seis hijos. Eso fue lo que me dijo Joseph Gambeth.

El Blaki recoge turistas en los hoteles más lujosos y se los lleva a pasear por la ciudad vieja. Uno de ellos me compró dos manillas con la bandera colombiana. El Blaki iba contando la historia de la ciudad. Esta es la casa de la Inquisición donde fue torturado el libertador Simón Bolívar, y señalaba la estatua de ese parque donde

yo conocí a la malabarista. Esta es la catedral que fue destruida por el pirata Francis Drake. En ese restaurante almorzaba Gabriel García Márquez, premio Nobel de literatura. En esta plaza los españoles quemaron a San Pedro Claver, el apóstol de los negros. Y este es el bar Queimada que fue fundado por el actor Mármol Blando. Y esta es la Puerta del Reloj, que es de estilo colonial. Y esa mujer es la India Catalina, la primera mujer cartagenera en graduarse de una universidad.

Y los extranjeros se creían todo lo que les decía el Blaki.

Turistas pendejos con el culo aguado.

Me entraron ganas de conducir a Centella pero Blaki me dijo que no podía dejármelo porque el animal no reconocería mi voz y no era fácil hablarle. No porque mi voz fuera suave sino porque los caballos entendían como todos los animales si se les hablaba en el idioma correcto. Hay gente que nunca ha tenido gatos y quiere tratarlos como perros. Y hay otra que quiere tratar a las yeguas como si fueran gatas. A los animales, primero hay que entenderlos para luego sí poder hablarles. Blaki me dijo que una vez amaestró una rata que venía a despertarlo todas las mañanas. Y la rata se hizo amiga del caballo. Cómo le gusta hablar mierda al Blaki.

Por las calles estrechas, Blaki azuza a Centella con sonidos que parecen besos tirados desde una esquina y el animal galopa sabroso, sus cascos estallan sobre el pavimento de la ciudad vieja. Esa noche cuando regresaba por la avenida, las herraduras de Centella echaban chispas y yo me sentí en una película del Oeste. Era feliz sintiendo la brisa del mar y viendo los destellos de candela en el asfalto. Blaki y yo nos fumamos un tabaco de marihuana y vimos el cielo lleno de estrellas pero casi no hablamos porque estábamos acostados boca arriba, al lado de la reja de la recepción.

Al día siguiente Nancy trató de leerme las cartas y yo le dije que no. Las estaba barajando una y otra vez sobre la mesa de cemento. Se veía a leguas que era un naipe incompleto. Ella me dijo que las cartas perdidas no importaban porque esos caminos estaban cerrados para todos los inquilinos, incluso para Charlie. Sin que yo le hiciera ninguna pregunta, dijo que yo iba a quedarme mucho tiempo en el hotel.

—Tarde o temprano todos nos tendremos que ir pero los que vienen siempre se quedan un rato. Y a veces, más de lo necesario. No se necesita echar las cartas para saberlo.

—¿Y por qué lo sabes?

—Lo sé porque no tienes dónde cagar.

Y Charlie que la estaba oyendo primero se echó a reír y luego empezó a toser. Le entran esos ataques que lo obligan a encorvarse, se queda seco como suspendido en una especie de trance al revés, y Nancy le golpea la espalda hasta que regresa con dificultad, buscando pecho adentro la voz que lo adelante.

Lo que dijo Nancy fue como una profecía. Antes cagaba en el mar o en la muralla. Ahora me meto en el baño que queda bajo la escalera de la recepción, una que lleva al segundo piso y cuya reja también permanece cerrada. Siempre hay periódicos y revistas encima de la cisterna pero las revistas no son buenas para limpiarse el culo, en cambio los periódicos sí. El periódico que mejor recoge la mierda es El Tiempo y después le sigue El Universal. Cuando arrojo el balde de agua para que la mierda baje, la cañería emite un gorgoteo, como un eructo invertido. Pero ahora que hay marea alta no se sabe si la mierda va a bajar. Y a veces la taza se desborda y a mí me toca limpiar el baño, ensuciarme de agua puerca hasta los tobillos. Y luego, a lavar las chancletas. Por eso cago varias veces, sin echar el balde, churria sobre churria, mierda distinta, acumulada y líquida.

Los gatos se sientan muy cerca de nosotros pero nunca he visto mierda de gato ni en los pasillos ni en las habitaciones. Cagan en tierra y caminan por la paredilla que separa el hotel de la calle donde vivía Tony Lafont. Nancy les pone agua y veces les suelta una cabeza de pescado. Por su cuenta ellos cazan mariposas y cucarachas. Y no es que se las coman. Son tres gatas y dos gatos, todos descendientes de Fumanchú, el gato de la vieja que fundó el hotel. Una señora que debía ser puta porque Charlie le dice la madame. Todavía ella sigue acariciando al gato en el retrato que hay en la recepción. A ese retrato, Tony Lafont también le sacó una foto.

De vez en cuando a Charlie le entra el sentimentalismo y recuerda a

la madame, sus manos rosadas y sus dedos largos, su español atravesado y su manera de revisar los mantelitos del bar-restaurante que todavía tiene las letras rojas sobre el vidrio de las puertas. Esa pintura no se ha borrado. En cambio, al letrero que había a la entrada se le borró la letra T de la palabra Hotel. Yo le he dicho a Charlie que me hable de la madame y de cómo llegó a esta ciudad pero a él sólo le gusta hablar del fotógrafo.

Charlie me dijo que cuando Tony Lafont empezó a tomar las fotos había farolitos, luces de neón y una lámpara que iluminaba la entrada de la recepción. Ahora nos toca encender velas en el patio de los almendros y en las habitaciones y a veces cuando Charlie o Karen me entregan una instantánea fotográfica yo tengo que acercarla a la llama para iluminarla.

Pero lo que más me gusta es tener el cuaderno de Tony Lafont entre mis manos. Es un cuaderno de hojas cuadriculadas marca Titán, húmedo en los bordes. La letra de Tony es diminuta, casi nadie puede entenderla. Cuando termina de hablar del fotógrafo, Charlie me dice que lea porque yo tengo buena voz y puedo entender los garabatos del cuaderno. La primera vez que leí, Roger, el gringo de la colita de caballo, me dijo que era como si yo fuera hermano de Tony Lafont.

Y esa noche Karen me sirvió un pocillo de ron, completico, para aclarar la garganta, y comenzó a mirarme de otra manera. Creo que esa fue otra razón por la que decidí quedarme a vivir en este hotel. No por el ron ni por los masajes de Karen, ni por tocar ese tatuaje que la malabarista tiene encima de sus nalgas, aunque había algo de eso, para qué lo voy a negar, sino porque de alguna manera era el único que podía leer, sin cancanear, el cuaderno de Tony Lafont. Y cuando el gringo abandonó el hotel, me dijo que yo tenía que esperar al fotógrafo. Y eso fue lo que empecé a hacer. Yo también quería que Tony Lafont me sacara una foto.

El cuaderno de Tony Lafont

Mis instantáneas serán este olor a humedad, la grieta en la pared, el maullido de la gata en celo, las sábanas del hotel, el zumbido de un mosquito en la habitación, la brisa que sopla en el patio, esta sombra bajo los almendros, la siesta de las dos de la tarde, arena en mis talones, la gota que cae sobre un balde que casi acaba de llenarse, una palangana llena de frutas, una fogata nocturna en la playa, la ola retirándose, el cangrejo asomado en el hueco, mi hermana resolviendo todos los problemas del álgebra de Baldor, la mochila del monje colgada detrás de la puerta, el sol de las seis de la tarde cayendo en el horizonte, un alfil en la mano del doctor Alandete y luego su ronca voz diciendo jaque, la ceniza de su tabaco a punto de caer, el pocillo de café, el terrón de azúcar, la hormiga que camina por los bordes, estar aquí en el patio y saber que Charlie, todavía sin verme, se acerca a preguntarme cuántas instantáneas sacaste hoy, Tony, mi madre a punto de llorar diciéndome que deje de tomar fotos, esta línea que escribo, la tinta sobre la hoja, la carta a punto de abrirse, la palabra en la punta de la lengua, el libro abierto y bocabajo, página 518, la sábana que cae sobre mi cuerpo, el ruido de los platos que alguien lava en la cocina, el agua que corre, la hebra de cabello sobre el rostro de Maribel Delgado, su risa, la ropa colgada en el alambre, una palenquera pregonando cocadas y bolitas de tamarindo y luego dejando su ponchera sobre la mesa de cemento, el dibujo del castillo en la vajilla del hotel, la figura en la alfombra, Madame Tricot que me mira desde el retrato, Charlie Lozada leyendo las aventuras de Kalimán, Terry Bolaños cantando Dos gardenias para ti, Bobby Wobst hablando de Muhammad Alí, Joe Frazier, Lester Young y Ray Charles, el gato que camina sobre la paredilla coronada de vidrios rotos, un billete y dos monedas en mi bolsillo, el último cigarrillo de una cajetilla de Marlboro, el ventilador apagado, el ventilador encendido que simula la rueca de las hilanderas, el bombillo que cuelga del cable negro, la almohada sin funda, la mujer vestida de blanco que finge dormir contra la pared, las chancletas de un huésped al pie de la cama, el hombre que duerme boca arriba con el brazo sobre la frente, gavetas, armarios, ropa tendida sobre la cama, cepillos, la cámara en el espejo, el salitre trabajando las rejas y los barrotes, la última puerta con anjeo en la habitación 206, el vientre de Claudia Soraya, arena sobre su ombligo, la mano de la sueca sobre el hombro de Lascario Valverde,

y lo que me hace falta, Charlie, lo que me hace falta…

Foto apartamento 301: Los apartamentos del tercer piso son más amplios que las habitaciones. Además del cuarto y el baño, poseen una salita comedor con mesa redonda de cuatro puestos y una terraza con un pequeño balcón. Este apartamento permanece desocupado la mayor parte del año pero un pintor que vive en París paga religiosamente la cuota de su arriendo y viene en algunas épocas del año. En las paredes cuelgan dibujos originales de Pierre Daguet, Darío Morales, Enrique Grau y Heriberto Cogollo. Hay también un afiche del Caballero Mateo, dedicado de su puño y letra por Alejandro Obregón. Sobre una mesa hay bocetos de patios y habitaciones, que parecen ser los del hotel, y un carboncillo con la imagen barbada de don Gaspar Tricot, amigo del artista. Trato de abarcarlo todo, sin mover ninguna de las cosas que hay en este apartamento. Me decido por los bocetos que reposan sobre la mesa. Y Charlie pregunta: ¿qué cosa son bocetos? Le respondo: son como ensayos de algo que quieres hacer. Y Charlie vuelve a preguntar: ¿como tus instantáneas? No, Charlie, mis instantáneas son lo que son. Y ya.

Una amarga impotencia me invade cuando compruebo que este hotel es demasiado grande y sus huéspedes demasiado numerosos para ser capturados por una máquina de instantáneas. De niño, imaginé que el hotel era infinito: una serie de pasadizos secretos conducía a profundidades donde se reproducía bocabajo el mismo hotel que existía en la superficie. Moraban allí los huéspedes que ya nunca regresarían, los que la vida había devorado y que nunca conocería y que ya no podré inmortalizar. Pero esto no me importa tanto como saber que fotografiar esta habitación a las cuatro y media de la tarde es una pérdida de tiempo si no se hace también a las cinco menos cuarto y también a las seis y diez minutos de la tarde, sin contar las horas de la mañana y tal vez las de la madrugada. Todo el álbum que proyecto puede desembocar en una sola foto pero me aterra tal posibilidad y de seguro reservaré para mí mismo al menos 24 instantáneas que serán en realidad casi la misma: la fachada del hotel repetida y repetida, una por cada hora del día. O tal vez una

sola habitación, la 109, vacía, la cama sin tender, y luego arreglada y limpia, tras el paso de la muchacha que no quiso ser fotografiada y que era la encargada del aseo; o quizás con el huésped desconocido durmiendo la siesta, a las dos de la tarde, y luego en la noche con el bombillo encendido y el personaje absorto, ajeno a la irrupción de la cámara.

El hotel es una blanca construcción de tres pisos que se levanta frente a la playa, a un costado de la Avenida Santander. Una paredilla de tres metros, coronada de vidrios rotos, marca sus límites. Delante de la reja de la recepción, bajo las tres columnas que sostienen una pérgola, están los tres mecedores de madera donde siempre nos sentamos Charlie y yo. Al costado izquierdo, sin necesidad de entrar a la recepción, hay un amplio pasillo que lleva al bar-restaurante y al patio de los almendros. Por allí deben entrar los bañistas para no llenar de arena y agua el piso embaldosado de la recepción. Arriba del bar-restaurante, la gran habitación de don Gaspar Tricot con un balconcito volado que da sobre la avenida. Desde allí, el dueño del hotel mira el atardecer y en las mañanas de domingo acostumbra a leer el periódico echado sobre una tumbona. En el patio de los almendros, algunos pintores y músicos montan caballetes y atriles, pintan marinas y tocan flauta traversa o saxofón. En el centro del patio, una mesa de cemento con un hueco que ya no tiene ninguna función pero que servía para instalar un parasol. La sombra de los almendros es suficiente. Detrás del patio, otra puerta que lleva a una escalera, a otras habitaciones y, haciendo un breve retorno, a la misma recepción. Me gustan la luz y el tiempo de este hotel.

Foto 8: A Charlie Lozada le gusta más la playa que la recepción del hotel. Charlie se sienta en uno de los mecedores y a veces no contesta los llamados que hacen los huéspedes. Mira el mar y dice que ya no se puede correr olas porque ya pasó la época. En los meses de febrero y marzo, la playa se llena de algas marinas y desperdicios. Un aire podrido se respira en toda la ciudad. A nosotros nos gusta ese olor, es algo que nos pertenece porque nos hace sentir vivos. Los turistas se han ido y ahora este olor es sólo nuestro, como la playa deshabitada. Charlie es flaco desde pequeño, tal vez porque a escondidas de

su madre siempre ha fumado Lucky Strike. Pero así de flaco y con tanto cigarrillo adentro, en las temporadas altas, Charlie trabaja como salvavidas. Su padre también era salvavidas y le gustaba quedarse dormido flotando sobre el mar. A veces dejaba que se lo llevara la corriente. Charlie hizo una vez lo mismo sin que supiera que su padre también lo había hecho unos años antes. A veces se sumerge, no lejos de las piedras, para ver la arena blanca y la basura que arrojan los turistas. No hay corales en las playas de Marbella, hay que ir a las islas para verlos. En estas playas sólo hay algas podridas, estrellas de mar, ojos de buey y medusas que llaman aguamalas. Charlie no es que sea tartamudo pero a veces sus palabras se atascan en la boca, como si una multitud de sílabas se agolpara en su garganta buscando una puerta de salida. Le tomé la foto sentado en el mecedor bajo la pérgola que hay a la entrada del hotel. A Charlie le gusta su sonrisa de dientes blancos y su pecho desnudo. Charlie piensa que es una buena foto y yo también lo creo. Al fondo puede verse la reja de la recepción del hotel. Charlie le mostró la foto a su madre y ella le dijo que había salido bien. Charlie se ha encargado de guardar las primeras instantáneas. Pienso que las fotos están seguras con él. Foto que se toma, foto que Charlie envuelve en un plástico, para luego guardarla en una bolsa que mete en uno de los cajones del nochero de su madre, debajo de tres blusas. Cada vez que le pido las instantáneas, Charlie va a la habitación de su madre, mete la mano en el cajón y sale con un manojo de imágenes.

Otro día: Desde la playa se ve el hotel con sus paredes blancas y descascaradas, las ventanas del restaurante-bar, los tres mecedores de madera, donde Charlie y yo nos sentamos a leer las aventuras de Kalimán y de Turok, el guerrero de piedra. El hotel está cerca de las casas del barrio y no tenemos que caminar mucho para llegar a él. Por las tardes, la luz del sol se estrella contra las paredes y los charcos, produciendo rápidos resplandores y algunas manchas de sombra. El fogaje se queda en las paredes de los cuartos y en las noches me gusta tocar los muros para sentir las cenizas del sol. Sólo el granito rugoso que hay en los muros de la entrada resiste tanto fuego. La brisa del mar ha descascarado las paredes y el salitre ha carcomido

las cerraduras y los barrotes metálicos de las ventanas. Don Gaspar nos dijo que lijáramos las paredes y los barrotes porque íbamos a pintar el hotel. Nosotros lo hicimos pero a don Gaspar se le olvidó la mano de pintura. Por eso algunos dicen que a este hotel le hace falta una buena refacción. Al paso que va se puede quebrar, dicen algunos huéspedes y el mismo doctor Alandete lo ha confirmado. Es lo que siempre han dicho. Don Gaspar siempre dice que algún día lo vamos a pintar. Pero a mí me gusta tal como está. Charlie y yo nos la pasábamos aquí todo el día, a veces sin hacer nada, sólo leyendo historietas y mirándoles el culo a las turistas gringas. Pero ahora que he empezado a tomar las fotos, tengo mucho trabajo por delante.

Foto 4: Otra cosa es cuando llueve en el hotel. El cielo amenaza oscuro y avinagrado en el horizonte. Después de la lluvia, algas podridas desatan sus olores y en el aire se siente aliento de playa húmeda. Es otro mundo el de la lluvia. Los primeros goterones son gruesos y rebotan sobre el gris asfalto de la avenida. Truenos y relámpagos en esta tarde oscura cuando el lienzo se vuelve opaco. Todavía llueve en el hotel y sobre el patio de los almendros se sienten las gotas. Lluvia sobre las hojas de los almendros para limpiar el salitre, la arena que viene de la playa. Y después cuando el aguacero desaparezca sobrevivirán los charcos de agua, aquí en el patio de los almendros. Voy a tomar una foto de los charcos, con la condición de que algo se refleje en ellos. El sol del atardecer caerá sobre esos charcos y el reflejo titilará sobre las paredes del hotel. Cangrejos y jaibas empezarán a escarbar la tierra húmeda de sus agujeros inundados. Hojas caídas de los almendros sobre los charcos que deja la lluvia. Marea alta.

Habitación 109: No hay huéspedes, sólo la cama vacía. El 26 de febrero de 1945, según consta en los registros verificados por el propio Charlie Lozada, se alojó en esta habitación un viajero polaco que dijo que el mayor número que se puede escribir con tres cifras es nueve elevado a nueve elevado a nueve. Según el doctor Alandete, si se escribiese entero tendría 369 millones de cifras y a razón de una cifra por segundo un escribiente tardaría once años en escribirlo. Con el 109, nueve más uno

igual diez, tengo suficiente.

Habitación 106: Aquí duerme la siesta Terry Bolaños, el hombre que arregla las cerraduras y las instalaciones eléctricas del hotel. Echado sobre una hamaca y descamisado, modula largos y sonoros ronquidos. Terry es el padrastro de Charlie Lozada, le gusta cantar el bolero Dos gardenias para ti, y sueña con tener su propia orquesta. Terry Bolaños se enorgullece de haber conocido a Marlon Brando cuando este vino a filmar una película llamada Queimada. En la fiesta de despedida, Marlon Brando escuchó cantar a Terry y le dijo que tenía muy buena voz y que debía formar su propia orquesta. "Por qué no lo haces, si tienes talento, muchacho", dijo el actor y Terry imita su acento cuando lo recuerda. Ese ha sido el sueño de Charlie: fundar su propia orquesta y tocar en el bar-restaurante para animar las noches de este hotel. Terry ha conversado con varios amigos músicos y le ha pedido ayuda a don Gaspar Tricot. Terry Bolaños también conoció al boxeador Emily Griffith y tiene una foto autografiada por él. Voy a sacarle otra instantánea con la foto de su amigo boxeador.

Habitación 203: En esta habitación se aloja Michel, el monje francés. Las piezas del segundo piso son un poco más espaciosas que las del primero y en algunas hay una pequeña ventana con barrotes oxidados desde donde se puede mirar el mar. Michel dice que ha venido a Cartagena de Indias a fundar una escuela de budismo zen. Fue médico de guerra en Vietnam. Michel tiene más de cincuenta años y es alto y desgarbado como una jabalina. Parece belga, dijo el doctor Alandete cuando lo vio, porque los franchutes no tienen esa estatura. Predica letanías, el ying y el yang, el karma y el nirvana, y dice que todo está en la mente y que Charlie y yo debemos recorrer el largo sendero interior. Maribel Delgado se ha hecho su discípula y a veces lo visita en su habitación. Pero ahora Maribel no está aquí y el monje lee un libro sobre una mesa de madera. Este es el libro de los 64 hexagramas, dice Michel e inicia una larga explicación que sólo concluye cuando Charlie manifiesta su deseo de interrogar al oráculo. Piensa la pregunta y arroja las monedas. El monje dibuja el hexagrama y se apresta a leer la sentencia, con el dedo índice levantado en

actitud magistral. Aprovecho para disparar. Y cuando le entrego la foto el monje dice: me parezco a San Juan Bautista.

No me he fotografiado a mí mismo y tal vez nunca lo haga. Tal vez yo no deba aparecer en el álbum sino mi propia cámara Polaroid fotografiándose a sí misma. Pero quizás no ha llegado mi hora. Ni siquiera sé si estas son las fotos que quiero tomar. Cuando tenga al menos cincuenta fotos me tomo una foto con ellas. Eso es lo que voy a hacer. Imagino la cámara en el espejo y yo envuelto en una manta negra. Enmascarado, tal vez.

En la mochila del monje: un lápiz marca Mongol número 2; otro lápiz rojo, bastante gastado y de punta roma; un sacapuntas; una agenda; tres varitas de incienso; un libro sobre zen escrito por Sai Baba, santo vivo con pinta de Jimi Hendrix; otro con poemas de Paul Éluard; un trozo de palosanto; una billetera negra; un pasaporte; un estuche rojo donde el monje guarda sus gafas oscuras; y una caracucha rosada que le regaló Maribel.

Foto 2: Un huésped de nombre desconocido intenta cerrar la corredera de su abultada maleta, al tiempo que su mujer le ayuda. El hijo de ambos observa la escena con los brazos cruzados.

Foto 15: Antes de convertirse en empleado del hotel, Terry Bolaños trabajó como guardia de seguridad en el Casino Pierino Gallo, ubicado en Bocagrande. Allí llegaron una noche Emily Griffith, el campeón de los pesos medianos Rodrigo Valdés y el actor Alain Delon, que quería convertirse en empresario boxístico. Pasada la medianoche, medio borracho, Emily empezó a jugar a la ruleta y poco después advirtió, o creyó advertir, un desperfecto en el mecanismo. Concluyó que le estaban robando y no tardó en levantar a coñazos al joven croupier y a otros dos empleados que intentaron detenerlo. Exigió que le devolvieran su dinero. Nadie podía calmarlo pero Terry Bolaños se le acercó y le dijo en un inglés caribeño: take it easy, brother, y Emily Griffith pareció entrar en razón. Los administradores felicitaron a Terry Bolaños por la manera como había sorteado el asunto. A la semana siguiente, Terry pidió un aumento de sueldo, el cual obviamente le fue negado.

A los pocos días renunció a la vigilancia del casino, mandó a comer mierda al dueño del casino y empezó a trabajar en este hotel, donde conquistó a la madre de Charlie Lozada. Viven juntos en la 106, una habitación pequeña pero fresca. Terry sonríe y me muestra la foto autografiada que Emily Griffith le obsequió la misma noche del incidente del casino. Pero casi no se ve la foto del boxeador en esta instantánea que acabo de revelar.

Foto 19: Don Gaspar Tricot,barrigón y canoso, de cabeza redonda, se deja fotografiar en la recepción de su hotel. Se ha acomodado en el viejo sillón blanco y se levanta las gafas para mirar al fotógrafo. Al fondo, colgado en la pared, se distingue el gran retrato de Madame Tricot con un gato llamado Fumanchú, antepasado de todos los gatos de este hotel. Don Gaspar quiere mirar la cámara pero en ese instante Charlie Lozada le dice que tiene una llamada telefónica. Don Gaspar voltea el rostro, atiende las palabras del recepcionista, empieza a levantarse del blanco sillón y le saco la instantánea.

Foto 1: Maribel Delgado, acaballada sobre el muro de granito, abre los labios, las piernas y aparta una mecha de cabello rojo que cae sobre su rostro. La hago posar sin atreverme todavía a disparar. Maribel ha dicho que los hombres colombianos no saben acariciar a una mujer y por eso quiere casarse con un extranjero, un italiano o un francés que se la lleve de este puto país donde le ha tocado nacer. Maribel tiene los muslos macizos, usa pantaloncitos calientes y todo un triángulo de las Bermudas se abre entre sus piernas. Todos quieren comerse a Maribel pero ella sólo quiere meterse con extranjeros. La madre de Maribel es costurera y vive detrás de los hoteles. Hace tres meses se enfermó y Maribel salió con un gringo que le dio cincuenta dólares. Ella compró medicinas y le apostó al 417 en el juego del chance pero no ganó. Maribel dice que ella no es una puta, simplemente salió con el gringo pero no se acostó con él. Una noche, el Joe Domínguez le preguntó cuánto cobraba y Maribel se puso a llorar. Yo le regalé a Maribel un casete con las canciones de Joan Manoel Serrat y ella dijo que yo era tierno. Esa fue la palabra que utilizó. Ahora Maribel se ha hecho discípula del monje francés. Por las noches yo pienso

en Maribel, en sus muslos y en sus nalgas macizas. No mira la cámara. Estoy esperando que el sol termine de caer sobre el horizonte. Esta es la mejor luz para ti, le digo a Maribel. Y disparo. Ella se revela, la brisa sopla y sus cabellos vuelan. Y sí, es Maribel Delgado queriendo casarse con un extranjero. Tal vez Maribel tenga razón: los hombres colombianos no saben acariciar a una mujer. Son demasiado ordinarios, dijo una noche, con una mueca de asco en su cara. Me gusta esta foto de Maribel Delgado y ahora pienso que mi álbum se debe abrir con la foto de una mujer y también se debe cerrar con la foto de otra mujer. ¿Diez años después? ¿Veinte años después? No sé. Algo así.

Tony Lafont salió de la playa, atravesó la avenida, vino a sentarse en el mecedor de madera y dijo que lo único que quería hacer en esta vida era sacarle fotos a la gente que venía a este hotel. Ya tenía la máquina colgada del cuello y había fotografiado a mucha gente en las playas de Marbella. A las que más les gustaba retratarse era a las mujeres, en vestido de baño, bikini o tanga, o cargando un negrito de por aquí, y el Tony, cómo no, las hacía posar sentadas en las piedras o con las manos en la cintura, porque en ese entonces no había fotógrafos en las playas de Marbella y nadie sabía cómo funcionaba una máquina Polaroid, ¿han visto las máquinas Polaroid?, son de esas que revelan las fotos de una, se tienen que frotar sobre la camisa o el pantalón y la imagen va apareciendo, ahora las usan los fotógrafos de playa pero el primero que empezó a trabajar con ellas fue el mismo Tony Lafont.

El hombre agarró el mecanismo de una y se ganó su buen billete en un par de temporadas pero cuando todos los turistas y los huéspedes se fueron del hotel, enrojecidos como camarones (no hay nadie más contento que un cachaco en playa), Tony se sentó en uno de estos mecedores de madera y me preguntó ey, Charlie, cuántas fotos se pueden tomar en un año, ah, así terminaba siempre las preguntas, con ese ah, que era como el signo de interrogación, y yo le dije que dependía, fácil, Tony, si tomas una foto al día entonces serán trescientas sesenta y cinco fotos pero si tomas dos, multiplicas trescientos sesenta y cinco por dos y eso te da setecientos treinta, en esa época yo tenía buena cabeza para los números y lo que más me gustaba eran las estadísticas del béisbol, escuchar a los locutores deportivos, al bate viene Abel Leal, de cuatro tres, setecientos cincuenta de promedio ofensivo, una base robada, una carrera empujada, ahí viene el lanzamiento, bola, dos bolas y cero strikes para el hombre que está en la caja de bateo, y yo ni todavía estaba encargado de la recepción, sólo ayudaba a los huéspedes con las maletas y revisaba las neveritas de las habitaciones, me tocaba hacer el check out, ¿saben lo que es eso?, el check out, ¿no saben?, se los voy a explicar, a mí los gringos me enseñaron algo de inglés, el check out, ustedes no lo van a creer pero en cada habitación del hotel había neveras con cocacolas, cervezas y latas de salchichas, botellas de ron y hasta de whisky, y yo tenía que verificar cuánto había consumido cada huésped para podérselo cobrar antes de que

se fuera, eso es el checaut, así se pronuncia, checaut, con ese inglés yo me puedo defender como guía turístico, que lo diga el Blaki que a veces viene a preguntarme cómo se dice alcoba y yo le digo bedrum, con doble o, que suena u en inglés, bedrum, ¿saben cómo es?

Estaba sentado en el mecedor de madera, con los talones encaramados sobre el muro y los pies llenos de arena, siempre pensativo mirando el mar, a lo mejor haciendo castillos en el aire, y me preguntó si yo estaba seguro de que en diez años serían tres mil seiscientas cincuenta fotografías y le dije que sí, fastidiado de tanta preguntadera, y seguí leyendo mi revista Kalimán, que a Tony no le gustaba porque esas aventuras siempre terminaban con la palabra continuará, las que a él le gustaban eran las de Turok, el guerrero de piedra, ¿no las han leído?, todavía me deben quedar algunas por allí, un día de estos se las presto, Turok se encuentra perdido en un valle lleno de dinosaurios y animales prehistóricos, ¿no las han leído?, eran mejores que las de Batman y Superman, Turok tiene un amigo que se llama Andar y ambos han caído en el valle perdido de Paul El Dom, carajo, todavía me acuerdo, el caso es que Tony sin dejar de mirar el mar me dijo si tomo trescientas sesenta y cinco fotografías en un año, en diez años serían tres mil seiscientas cincuenta y dos o cincuenta y tres si se tienen en cuenta los años bisiestos, qué te pasa Charlie, se te está olvidando sumar, ah, qué cabeza, compadre, qué cabeza la de Tony Lafont, siempre salía con unas, por eso decían lo que decían, que tenía suelto un tornillo, pero no por déficit, a mí se me había olvidado lo de los años bisiestos y él me lo estaba recordando, y siguió hablando sin hacerse el hazañoso porque daba gusto hablar con Tony Lafont y ser su amigo, era como si uno también se modificara por dentro, ¿saben cómo es?, y ahí fue cuando me dijo de las tres mil seiscientas cincuenta y dos instantáneas podré seleccionar trescientas sesenta y cinco, o menos, y esas vendrán a ser el álbum de Tony Lafont, qué piensas tú, Charlie, ah, y yo seguí en mi lectura, me sonreí sin que él se diera cuenta, cada loco con su tema, peores cosas se habían visto y escuchado en este hotel.

Un día apareció en la recepción diciendo necesito que me hagas un favor, Charlie, tú tienes que ayudarme, voy a fotografiar todas las habitaciones de este hotel, y los baños también, y le fuimos a pedir

permiso a don Gaspar y él nos dijo no molesten a los huéspedes, don Gaspar Tricot, buena persona pero le faltaba perrenque para administrar este hotel, vayan, vayan, nos dijo, y en sólo dos tardes fotografiamos las habitaciones, desde el primero hasta el tercer piso, algunas de ellas con sus huéspedes durmiendo una siesta que a veces se prolongaba hasta las cuatro o cinco de la tarde.

Había que verlo, compadre, había que ver al hombre de la cámara mágica, míster Tony Lafont, muchas gracias, detenido en cada puerta, observando cada mesita de noche, cada cerradura, la cama sin tender, las sábanas arrugadas, la cucaracha en el sanitario, la mochila del monje enganchada al clavo de la puerta, el marco de una ventana, yo me aburría, compadre, y a veces le preguntaba Tony qué estás haciendo, y el sólo decía estoy mirando, Charlie, en cada foto se demoraba un mundo, esperaba la luz y la sombra, y así no más iba disparando su cámara hasta que se le acababan los materiales y ese día nos vinimos para este patio, y en esa misma mesa de cemento acomodó las fotografías de una forma, carajo, que todo este hotel estaba allí, habitación por habitación, y aunque sonreía por el trabajo realizado, a Tony nada le parecía suficiente, porque no sólo quería retratar las piezas sino los huéspedes del presente y del pasado que habían dormido en este hotel así fuera una sola noche, y entonces fue cuando anunció que en unos años tendría que viajar por el mundo y encontrar a todos los huéspedes, hombres y mujeres, no faltará ninguno, Charlie, no faltará ninguno, así me dijo sentado en el mecedor de madera, con los ojos bien abiertos, mirando el mar, siempre con su máquina Polaroid colgada del cuello.

Foto 25: Lascario Valverde es una vara de premio, mide casi dos metros y su trabajo es enamorar gringas cincuentonas. Traen mucho verano encima y están necesitadas de un aguacero tropical. Lascario las lleva a la playa y les muestra las murallas y los balcones de la ciudad vieja. Casi siempre las corona en la playa, detrás de los botes o de los espolones. Muchas antropólogas han hecho trabajo de campo con él. Lascario siempre les pide la dirección a las turistas que él conoce en el hotel. Ahora les escribe cartas y les cuenta que su madre está en peligro de muerte, debido a una terrible enfermedad. Yo mismo le he ayudado a escribir esas cartas que casi siempre comienzan así: Recordada y querida amiga, todavía recuerdo los maravillosos días que pasamos a la orilla del mar Caribe, a veces mirando el bello sol del atardecer cartagenero, pero no te escribiría la presente si no conociera la bondad de tu corazón. Las noticias sobre la salud de mi adorada madre no son buenas y el tratamiento a que se le somete es demasiado costoso, y aunque muero de vergüenza al pedirte este favor, necesito una pequeña ayuda económica para comprar algunas medicinas. Y claro, las gringas le mandan unos dólares y luego aparece estrenando guayabera o camisas hawaianas, gafas oscuras, pantalones de lino y zapatos de charol. Durante los últimos dos años, Lascario ha vivido de esas enfermedades, entre las que se cuentan dos leucemias, una pancreatitis, tres trombosis, una septicemia, cuatro hepatitis, cinco neumonías, un paro cardíaco, una isquemia cerebral y cuatro insuficiencias renales que necesitaban costosas diálisis. A veces Lascario se documenta con el doctor Alandete.

Mesa de cemento: El doctor Alandete siempre tiene un tabaco en la boca pero nunca parece darse cuenta de que la ceniza está a punto de caer sobre su camisa. Estamos en el patio de los almendros. Las raíces de los árboles se entierran en círculos de tierra descubierta rodeadas de rejillas de hierro. Cada uno de los troncos guarda la huella de una vieja pintura blanca. Don Gaspar le dijo a Charlie que si echaba carburo en los troncos, ni las hormigas ni las cucarachas se treparían. Igual, las hormigas y las cucarachas están en las hojas y las ramas. Bajo

los árboles, en la mesa de cemento, el doctor Alandete reproduce recientes partidas de Bobby Fischer y Boris Spassky pero también de Alekhine, Rubinstein y Capablanca. El doctor Alandete ya no ejerce como homeópata. Tenía un consultorio en el centro de la ciudad y preparaba agüitas mágicas en botellas de vidrio y las mujeres que no podían tener hijos lo visitaban. Al poco tiempo salían embarazadas. No todas, claro, pero ganó fama como milagrero y espiritista. Su cuarto está lleno de telarañas y de viejos libros empastados en cuero verde. Ahora que le quiero tomar una foto, reproduce la vieja partida de Alekhine y Nimzowitsch, jugada en San Remo en 1930. De vez en cuando profetiza: esta partida es como si el hotel se derrumbara. Nimzowitsch sucumbe bajo sus propias piezas, como si el techo de una catedral cayera con gran estrépito sobre él. Y no puede hacer nada. Es lo que los ajedrecistas llaman Zugzwang. Cualquier movimiento, si acaso existe, significa la muerte. Esta partida se parece a mí, concluye el doctor Alandete. En la jugada treinta (peón cuatro torre), el doctor Alandete tiene la pieza en la mano, levanta la vista para mirarme y me pregunta: ¿Ya, Tony? Le digo que sí y comienzo a frotar la instantánea sobre mi camisa.

Armario de la habitación 203: El huésped ha dejado abierto este armario cuyas puertas nunca pueden cerrarse. En el primer estante cuatro pantalones, cinco camisas, dos bermudas. Abajo tres pares de medias, cuatro calzoncillos marca Jamar, un frasco de Colonia Shulton, una máquina de afeitar, un cinturón enrollado, una navaja automática, una billetera de cuero y tres pañuelos. Más abajo, sobre el piso, un par de zapatos y unas pantuflas. El huésped está en la playa y no sabe que Charlie me ha prestado la llave para que el armario pueda entrar en mi álbum.

Habitación 105: Las habitaciones del primer piso son estrechas, acaso miden tres por tres. Una cama contra la pared, una mesa de noche, una maletica sobre ella, otra mesa de madera. Ese es todo el mobiliario. No hay ventanas pero sí un ventilador apagado. En esa habitación, acostado con un bolígrafo en la mano, Tito Álvarez corrige el guión de una película que llamará El sitio, sobre el asalto del pirata Edward Vernon a

Cartagena de Indias. Inglaterra reunió la mayor flota naval de la historia, dice Tito, y un vasco pata de palo, Don Blas el Teso, salvó al imperio español. Tito Álvarez quiere que su película inicie con siete cañonazos sobre las murallas cartageneras. El próximo mes viajaré a Los Ángeles y me entrevistaré con un productor de Hollywood, dice Tito. Y tú, Tony, tienes que estar conmigo en mi película. Yo sólo le tomo la foto.

Foto 13: En el patio de los sucios almendros, en la misma mesa de cemento donde aprendo a jugar ajedrez, está mi hermana con el Álgebra de Baldor resolviendo ecuaciones, despejando las equis, factorizando, estudiando la cantidad considerada del modo más general posible. Sola. Catorce años, muy aplicada. También mi madre se enorgullece y dice: es la mejor en matemáticas. Pero será infeliz, asegura el doctor Alandete, es demasiado inteligente. Ahora lleva el uniforme de su colegio. Jardinera roja con el ruedo encima de sus rodillas y debajo una blusa blanca. Susana Lafont, morena clara, levanta la vista cuando piensa que yo he dejado de mirarla. Y entonces le tomo la foto. Sobre las hojas de los almendros cayeron las primeras gotas de lluvia. Ella siguió despejando sus equis sobre el cuaderno. Ecuaciones de primer grado. Y cuando la lluvia cae sobre el Álgebra de Baldor, Susana se levanta para refugiarse en el restaurante. Yo miro el mar y ella sólo tiene ojos para las ecuaciones.

Habitación 204 a las cinco y veinte de la tarde: Hace más de cuatro años, en esta pieza mataron a un huésped llamado Gerardo Ortiz, sindicalista santandereano de 45 años, gordo, calvo y bigotudo. Ortiz venía huyendo desde Barrancabermeja. Se sentaba con nosotros en el patio de los almendros, le gustaba escuchar las conversaciones de Lascario Valverde y el doctor Alandete pero no hablaba mucho. Los motivos de su asesinato nunca fueron explicados. Tal vez se trataba de una venganza. El hombre que lo mató fue directo a su habitación, luego de que Terry Bolaños le indicara el número. La puerta estaba abierta. Los primeros tres tiros fueron consecutivos. El cuarto demoró un poco más, como si el asesino se hubiera tomado su tiempo para rematarlo. Yo no estaba en el hotel pero Charlie sí. Don Gaspar Tricot dio algunas

recomendaciones de seguridad que pronto fueron olvidadas. Tal vez, una luz parecida a esta fue la última que vio Gerardo Ortiz antes de sentir la última bala en la frente.

La habitación 206 es la preferida del gringo Bobby Wobst, artista y aficionado a las motocicletas y la marihuana. Bobby tiene el cabello rubio y ensortijado, en bucles que le caen cerca de los hombros, y una chivera también rubia en forma de candado. Habla un castellano enrevesado, como de indio de película de vaqueros, y a veces quiere decir todo lo contrario de lo que expresa. Luce una camiseta de basquetbolista con el número 66 a la espalda y unas bermudas color caqui, más largas de lo habitual. En la bermuda están tejidas las palabras peace and love en hilos azules y rosados. Bobby es apacible y ya empieza a perder pelo en la coronilla. A los 19 años viajó en moto de New York a Los Ángeles y al igual que Muhammad Alí se negó a combatir en la guerra del Vietnam. Luego de relatar una experiencia singular con ciertos hongos sagrados, consumidos en México, prometió localizar a muchos de sus amigos neoyorquinos que también han visitado el hotel. De hecho, fue un viejo amigo de Brooklyn quien le recomendó Cartagena de Indias como destino turístico. Bobby me dice que yo llegaré a ser un gran fotógrafo y que debería fundar la Tony Lafont Society, dedicada al arte de la instantánea fotográfica.

Otro día: Me cuesta trabajo fotografiar a los gatos. Por eso he ido a ver el retrato de Madame Tricot en la recepción. Observo a una anciana robusta, sentada en un blanco sillón con un gato negro en su regazo. El gato se llamaba Fumanchú. Ni Charlie ni yo conocimos a Fumanchú pero ambos recordamos a Madame Tricot. Tenía más de setenta años y ella misma se encargaba de verificar que los mantelitos azules del restaurante, la vajilla y la cubertería resplandecieran. También le gustaba meterse en la cocina para decidir el menú. El gato ostenta una cola larga y bien cuidada. Basta fotografiarlo para que todos los gatos de este hotel estén en mi álbum. Sólo que necesito un poco más de luz. Creo que todo empieza con los gatos.

Foto 63: Valerie, la francesita de cabellos cortos. Casi raquítica, cara rosada, ojos grandes y azules. Quiere regresar bronceada a Estrasburgo y su sueño es convertirse en mimo.

Ha tenido problemas con la comida del hotel y siempre dice que las verduras no son frescas. Se está comiendo un mango bajo los almendros. La he fotografiado de espaldas al hotel, con su bikini de bolitas y en la instantánea se distingue toda su columna vertebral. Habla poco y no entiende lo que yo le digo. Tal vez piense que soy estúpido.

Frase del monje francés: Hay que vivir sin esperanza y sin desesperación.

Frase de Terry Bolaños: Unas son de cal y otras son de arena.

La ropa tendida en el alambre: Siete camisas, nueve sábanas, cuatro pantalones de lino blanco, cinco blusas de mujer, dos son rojas, una blanca, una azul y otra verde, siete toallas blancas, tres pares de medias, un par de zapatos tenis colgados de los cordones, una camiseta amarilla con la palabra Slave, tres camisetas blancas marca Blue Diamond, made in China, dos pañuelos, tres manteles a cuadros, cuatro servilletas y seis fundas blancas con las iniciales bordadas del hotel.

Nadia, la camarera, me dice que no le tome fotos. No había mujer en este barrio como ella, mitad cedro y mitad palmera. Era bella de cinco de la mañana a seis de la tarde y seguramente lo seguía siendo después de esa hora, cuando abandonaba el hotel. Tiene una abundante cabellera negra y un cuerpo de esos que los locutores llaman escultural, una hembra de ébano. Ahora una cicatriz le cruza la mejilla derecha. Un italiano quiso llevársela a Roma, sólo que Nadia, la camarera, era casada. El marido primero la cortó con un vidrio y luego apuñaló al italiano. Le dieron cárcel pero salió a los pocos días y Nadia sigue con él. El italiano tenía pinta de mafioso pero no volvió jamás por estas tierras. Nadia no habla mucho. Le digo que sólo necesito la cabellera suelta sobre sus hombros. Y se la va soltando como si cayeran estrellas del cielo. Mi instantánea no le hace justicia a la cabellera de Nadia. No será este mi único fracaso. Pero daría tres años de mi vida por ver otra vez la cabellera de Nadia desatándose sobre sus hombros.

Frase del doctor Alandete: De diez políticos, once son

corruptos.

Otro día: Bobby Wobst me ha enviado una postal del Manhattan nocturno e iluminado y dice que allá me espera. Debajo de la foto puede leerse Brooklyn, leyenda que no entiendo y que me aclara el cineasta Tito Álvarez. La foto ha sido tomada desde Brooklyn, el mejor lugar para observar la isla de los rascacielos. Tal vez nunca vaya a Manhattan, le digo a Tito Álvarez en el patio de los almendros. Él ni siquiera me escucha y me habla de su película. En esta esquina el combatiente vasco Blas de Lezo, apodado Medio Hombre. Y en la otra, nada menos que el inglés Edward Vernon, llamado El Pirata. Suena la campana y Tito Álvarez me lee parte de su guión.

El Álgebra de Baldor: En la carátula, un árabe con turbante y al fondo un hombre que parece llamar a la oración.

Otro día: Según cierta teología cristiana, al demonio se le puede espantar con un peo bien hediondo.

Habitación 112: Aquí durmió tres noches seguidas el hombre que conservaba las cenizas de su madre en una jabonera amarilla. Era cegatón, usaba gafas de carey y sabía esperanto, el idioma universal. Me enseñó algunas palabras. Un día lo acompañé a arrojar las cenizas de su madre al mar. Me dijo que la odiaba pero tenía que cumplir una promesa. Lo hizo y no volvió por el hotel. Nunca le pude tomar una foto.

Fecha inolvidable: El 30 de septiembre de 1972 el pelotero Abel Leal Morales, tercera base de la Selección Bolívar, le conecta un tremendo cuadrangular al pitcher del Atlántico Ascensión Díaz, en la parte baja del noveno episodio, y prolonga el juego a extra inning, en la más memorable de todas las finales del béisbol nacional. En el inning 12, Daniel Blanco anota la carrera del triunfo. Todo sucede en el estadio Rafael Hernández Pardo de la ciudad de Santa Marta. Tengo una foto del transistor por el que escuché la narración de Napoleón Perea pero tal vez no llegue a figurar en mi álbum.

Foto 31: De pie, sobre el muro donde puede leerse la palabra

Hotel, el Joe Domínguez aparece con una mano enguantada, un sombrero de cubilete y toda la perfección de sus dientes blancos pronunciando algunas frases que no fueron grabadas en ninguna cinta pero que a fuerza de repetirlas se han fijado en la memoria: conocen a Houdini, muchachos, Houdini, el hombre que era encerrado y encadenado dentro de una caja fuerte y arrojado a las profundidades del océano y luego salía a la superficie y respiraba y nadie entendía cómo se había liberado, bueno, yo voy a ser mejor que él, un alquimista, saben lo que es un alquimista, no puedo explicarles ahora lo que es un alquimista, el mago que convierte el plomo en oro, el hierro en oro, la mierda en oro, eso es un alquimista, y de una se gastaba dos o tres malabares que dejaban boquiabiertos a los niños del hotel. Domínguez es avispado y tiene el aguaje y la elegancia de los mulatos bien acomodados. Pertenece a un clan de viejos pescadores que habitan casas de tabla y de zinc oxidado, levantadas no lejos del hotel, pero su padre es fontanero y destapa las cañerías de todo el barrio cuando los aguaceros caen sobre la ciudad. Entonces la marea sube y en el fondo de los inodoros aparecen cangrejos y ratas que pueden morder el culo de los cagadores. Entre algunos habitantes de barrios aristocráticos como Manga, Castillo Grande y El Cabrero, donde tiene crédito como trabajador excepcional, al padre de Joe se le conoce como el negro de la mierda, pero en nuestro pequeño mundo del hotel es solamente el señor Domínguez, el padre del muchacho que quiere estudiar ilusionismo para convertirse en mago de cartel. Cada vez que Joe termina uno de sus jopéricos trucos cruza las piernas, levanta las palmas hacia el cielo y dice: Muchachos, esta es la magia del Joe Domínguez.

Otro día: Alguien distinto a mí tendrá que ocuparse de la numeración de mis fotos. Tal vez algún día pueda conseguir una secretaria y un asistente. Hoy es 13 de octubre de 1976 y sólo llevo 387 fotos.

Zona turística

Nos sentábamos en el patio, con los codos apoyados en la mesa de cemento, había mecedoras pintadas de blanco, mariapalitos las llamaban, como esos grillos que parecen de madera, qué sombra y qué ganas de dormirme, qué brisita la que soplaba por entre los almendros, sombras movedizas sobre el piso, los rayos de sol entre las hojas, bostezo tras bostezo, pájaros negros que se posaban en las ramas y una negra palenquera roncaba sobre el mecedor con su ponchera de frutas en las rodillas, roncaba y roncaba, la boca abierta, una diosa dormida, negra encanecida con ganchitos de metal en el cabello churrusco, le miré los pies, el talón y la planta como el cuero de un animal de tanto caminar pregonando platanitos y mangos biches por las calles de Cartagena de Indias, y Tony le dijo a Charlie que trajera la bolsa de instantáneas, vas a ver, vas a ver, y comenzó a mostrarlas una tras otra y me contaba quiénes eran los personajes, los huéspedes del hotel, este es Tito Álvarez, el guionista, una instantánea que pertenece a la categoría de personajes o a la de habitaciones con huéspedes, porque has de saber, Claudia Soraya, que las fotografías se dividen en personajes, habitaciones, colecciones, objetos, animales y gatos, lo cual es muy obvio porque los gatos son lo que son, tal como dijo ese monje francés cuando nos puso a mirar fijamente un platico lleno de agua, un ejercicio de meditación trascendental, aquí en el patio de los almendros, Claudia Soraya, y a mí me gustaba escucharlo aunque Tony no me miraba a los ojos, el acento, el golpe de cada palabra, a veces se adornaba como un poeta como cuando decía estábamos mirando los reflejos del agua tornasolada y de pronto apareció un gato y se bebió el plato de agua, y el monje nos dijo que el gato era más sabio que todos nosotros, por eso los gatos son lo que son, ¿sí me entiendes?, claro que lo entendía y le pregunté por el monje francés pero lo que me dijo fue que el álbum de Tony Lafont debía abrirse con una mujer y cerrarse con esa misma mujer diez o doce años después, ¿sí me entiendes?, sí, le entendía, ni bruta que fuera, mi álbum se abrió con Maribel Delgado y se cerrará con ella, pero quién sabe, Maribel ya no está, se largó para España, ¿sabes por qué se fue Maribel Delgado a España?, no, no lo sé, Tony, y lo dijo otra vez sin mirarme porque cuando me preguntaba ¿sí me entiendes? era cuando me miraba, te lo voy a contar para que me des tu opinión, ella se fue porque los hombres colombianos no saben acariciar a una mujer, Maribel quería casarse con un extranjero, un

francés o un italiano que se la llevara de este puto país donde le había tocado nacer, dime una cosa, Claudia Soraya, ¿tú estás de acuerdo con ella?, pero no le respondí porque no estaba segura de lo que me estaba preguntando, es decir, si los hombres colombianos no sabían acariciar a una mujer o si Colombia era el puto país donde nos había tocado nacer, y él siguió hablando mientras observaba la foto, la risa de Maribel Delgado, la muchacha que recogía caracuchas y piedras chinas en la playa, vivía aquí detrás del hotel, asómate por encima de la paredilla y todavía verás su casa, y un día yo le saqué la foto sentada en el murito que hay a la entrada y ella se echó a reír y posó como una modelo, quién sabe si pueda cerrar el álbum con ella, no ha escrito una carta desde que se fue, tal vez me arrepienta y abra y cierre el álbum contigo, ¿conmigo?, sí, contigo, y yo le dije en diez o doce años tú no te acordarás del álbum ni tampoco de mí y lo miré a los ojos y él apartó la mirada para decir, como un niño regañado, siempre me voy a acordar de ti, y no le creí, y sin embargo me recordó durante algún tiempo, a la fuerza quizás, como una obligación que viene de muy atrás, algo que ya ha sucedido en otro tiempo, en otra encarnación, y se repite como un disco rayado, tal vez ahora Tony ya no me recuerde, quién sabe qué recordará Tony Lafont, el hombre de la cámara mágica, quién sabe si está en España buscando a Maribel Delgado o ha perdido el camino de regreso a este hotel, lo que sí quisiera es sentarme otra vez con él bajo la sombra de los almendros, como aquella tarde cuando me dijo, mira, Claudia Soraya, los objetos se pueden dividir en objetos propiamente dichos como tus pulseras de coral pero también están las habitaciones que a su vez se subdividen en habitaciones vacías y habitaciones con huéspedes, ajá, me reía, ajá, la sueca Christina Larsson tenía razón, o estaba loco o no vivía en este planeta, o las dos cosas, viajaba por esa zona borrosa donde sólo basta un roce para que todo estalle, como cuando rastrillas un fósforo contra la pared y tienes que frotarlo varias veces y al principio no prende pero después brilla y se consume hasta que te quema los dedos, eso lo sé ahora porque antes no lo sabía, era sólo un morenito tierno con una idea que no le iba a durar mucho tiempo, dos o tres temporadas quizás, pero mucha gente se lo creía, y un gringo llamado Bobby Wobst había dicho que Tony Lafont era un genio, debía irse de este puto país donde le había tocado nacer, ¿como Maribel Delgado?, sí, como Maribel Delgado, pero después de un

rato de escucharlo, Tony Lafont aburría, cansaba con su sonsonete, y eso que a mí me gusta escuchar, o me gustaba, pero no había ido a ese hotel para ver fotografías sino para broncearme tumbada bocarriba y bocabajo sobre la playa, me quiero zambullir, Tony, ¿vienes conmigo?, y fui al cuarto a cambiarme y dejamos la bolsa de las fotos y la cámara en la recepción, se veía raro cuando se la quitaba, muy raro, como si le faltara un brazo o una pierna, mutilado casi, y atravesamos la avenida y nos metimos al mar, cada vez más allá, ola que viene y ola que va, y me acaballé en torno a su cintura, detrás de las piedras, dispuesta a dejarme martillar y coronar, primero las olas me golpeaban la espalda y él me levantaba de lo más rico, Claudia Soraya, y no lo soltaba, mis brazos rodeando su cuello, ola que viene, ola que va, cuatro y media de la tarde, el sol empezaba a descender, me gustaba hacerlo en el mar, no en la playa, en el mar-mar, tocando casi tierra detrás de las piedras, lo tuve que ayudar, siempre hay que ayudar a los hombres, hubiera querido decírselo a mi hermana en esa postal, fueron unas cuantas letras que ya casi no recuerdo, conocí a un fotógrafo, se llama Tony Lafont y quiere fotografiar el universo, y estaba más nervioso de lo que yo había imaginado, era yo quien me lo estaba comiendo, y así nos zarandearon las olas, yo respiraba más que él, eso sí, me balanceaba, le buscaba el quiebre, sólo que la instantánea no llegaba, y allí estaba yo con el cordón del bikini enrollado en mi mano izquierda, subiendo y bajando, subiendo y bajando, hasta que Tony me levantó un poco y yo me acerqué y le lamí la oreja, mi lengua siempre se daba la gran vida, y luego dije tómame la foto ya, el atardecer desgajado a lo lejos, sin poder mirarlo porque estaba de espaldas a mí, casi rojo arriba y restallando sobre las paredes del hotel, subía y bajaba, húmedo dentro de mí, hasta llegar al pleno vientre, mierda, no me estaba cuidando pero qué culo me importaba si lo estaba sintiendo rico, Claudia Soraya Rico, anudada por ese lazo bien adentro, llenita de espuma, olas que van y vienen todavía, viento sobre mi cara, arena y roca en la planta de los pies, manos de Tony sobre mi cintura, qué disolvencia, Dios mío, revelado puro, si hasta Tony me dijo te quiero, y le sonreí porque de alguna manera yo también lo quería aunque sólo fuera en ese instante, Tony Lafont, el hombre de la cámara mágica.

Fue Karen la que me trajo hasta esta habitación. Por muy borracho que esté siempre la reconozco porque el nueve se ha desprendido y parece un seis al que el uno y el cero hubieran empujado. La primera noche estaba tan cansado que no vi el cable negro que baja por la pared y llega hasta el hueco donde alguna vez estuvo el interruptor. Sólo estaba ese colchón de listas negras y rojas donde yo me la paso sudando. Al principio el morral me servía de almohada pero me he ido acostumbrando a dormir sin almohada y sin morral.

Una mañana me metí en las otras habitaciones del primer piso y encontré una maleta vieja con hebillas doradas y me puse a pensar que tal vez podría dormirme dentro de la maleta, como si yo fuera un equipaje. Era la maleta que un huésped de los antiguos había olvidado y que durante mucho tiempo estuvo en la gran habitación donde vivía el dueño del hotel. Charlie la abrió y sólo encontró ropa y sábanas que ahora usa para poner sobre el colchón donde duerme con Nancy. Me gustaría tener un armario en este cuarto pero debo conformarme con la maleta y allí he metido el morral sin sacar las cosas que hay dentro. Si hubiera un armario también me gustaría dormir allí, respirando el olor de la madera vieja.

Tal vez en alguna otra habitación consiga algo de ropa. Una vez encontré dos medias, cada una de distinto color, y un calzoncillo blanco que me quedaba demasiado grande. Karen me dijo que me iba a regalar una bermuda y un calzoncillo pero hasta el sol de hoy no he visto nada. Desde que fui a vender billeteras acuáticas he tenido que lavar mi calzoncillo varias veces, aunque creo que voy a dejar de usarlo.

Cuando vi a Karen la primera vez no me gustaron su cara grande y esas llanticas en la cintura que se notaban más con su ropa apretada. Estaba entre los huéspedes, al lado del Blaki, lamiendo la pepa de un mango biche y entonces algo se me revolvió en el estómago, no sé si porque alcancé a imaginar la acidez de la fruta en mi estómago vacío. Me dijo que hacía masajes en la playa. Si quieres te hago uno, y se echó a reír. Vale cuatro mil pesos pero a ti te lo dejo en dos mil quinientos. Y volvió a reírse. Parecía que todo le hacía gracia. Cuando terminó de lamer la pepa, se la arrojó a uno de los gatos que pasaba por la paredilla. Coge, gato hijueputa, le

dijo entre risa y chanza. Pero la pepa dio en el borde de la paredilla y el gato se la quedó mirando. Qué me ves, le preguntó ella.

Desde esa noche yo me gané la lotería y Karen acostumbra venir a mi habitación. Y se queda un rato conmigo. Necesitas un masajito, niño, estás muy tenso, dice y comienza a frotarme el cuello. Después se va a la habitación 106. No podemos dormir juntos porque el colchón es demasiado estrecho y ella está muy gorda. Suda por las noches y también ronca. Entonces le digo que se vaya y ella se va de mala gana. Charlie dijo que parecíamos un diez. Yo soy el uno y ella el cero. El número perfecto, dijo Nancy, soltando la carcajada. Karen les dijo a los inquilinos que yo soy su marido y desde que me empezó la diarrea ella me paga la pieza.

Tal vez fueron los camarones que estaban viejos. O el tinto que me tomé en la playa. Nancy dijo que ese tinto de quiosco playero lo hacen con agua puerca. No es como el de Joseph Gambeth. En este cuarto, mirando el techo, he tenido tiempo para pensar y puedo decir que esa es una causa pero no la principal. No hay causas pero todo se encadena para llegar a la mierda que cago. Y al hambre que tengo.

A mediodía Nancy me trajo una sopa de verduras con pedacitos de ñame. No puedo comer nada sólido. Sorbía la sopa sentado en el colchón, mi espalda desnuda contra la pared, doblado en ángulo casi recto y miraba mis canillas cuando sacaba mi pelo del plato. Karen me dijo que yo debía motilarme y yo le dije que no, no puedo perder mi esencia. ¿Y quién te crees tú que eres? ¿Sansón? Al menos deberías lavártelo, nojoda. Mira donde estoy por dejar de vender mis búhos de la buena suerte y ponerme a vender billeteras acuáticas.

Ahí fue cuando empezó todo. Familia, el negro perfumado, abrió un morral parecido al mío, en el patio de los almendros:

—La billetera acuática, esto es grande, mi hermano. El que se inventó la billetera acuática era un genio. Con decirte que el presidente Bill Clinton se lo llevó a trabajar con él.

Todavía lo estoy oyendo con ese vozarrón de pregonero, las palabras atropellándose en su bocaza para poder salir. Olí el aroma

de su perfume barato. Familia. Familia. Cuando lo conocí lo que más me impresionó fue ese par de nalgas que tiene debajo del pantalón de terlenka. Ni Karen ni la malabarista las tienen así. Y menos Nancy que es más flaca que yo. Sólo que yo no tengo una verruga en la cara y Nancy sí. Y yo todavía tengo mis dientes completos y a Karen le faltan dos. Pero lo de los dientes no importa tanto. Una vez besé a una mujer a la que le faltaban dos dientes y a mí me gustaba meter la lengua allí, frotarla contra el hueco, raspar la punta contra el borde y la encía hasta escarapelarme.

Nancy me dijo que si yo quería seguir en el hotel tenía que pagar la pieza. Y Familia había dicho que él tenía una mercancía que yo podía trabajar. Y fue la maldita Karen la que dijo que con mis búhos de alambre y las manillitas de la bandera colombiana ni siquiera me alcanzaba para un tinto. Y lo dijo riéndose, delante de algunos inquilinos que también se echaron a reír. La miré con bastante rencor. Gorda hijueputa, pensé. Y para colmos agregó: no te pongas bravo, niño, que es la verdad. Y Nancy remató: puedes irte a cagar a otra parte. Me gustó más la risa de Karen que la de Nancy. Las mujeres gordas se ríen más sabroso que las flacas. A Karen se le inflan los cachetes y se le cierran los ojos cuando se carcajea pero a Nancy la verruga se le sube a la nariz.

Me estaba bañando con la manguera que Charlie conecta a un grifo de la calle. Todas las mañanas, Charlie salta la paredilla, pasa la manguera por encima y así llena un tanque de agua que usamos para bañarnos, cocinar y vaciar el sanitario que está debajo de la escalera de la recepción. Pero como el tanque se estaba llenando y todavía la manguera seguía abierta yo quise quitarme la mugre y medio lavarme el pelo y la boca con un pedacito de jabón que Karen me había prestado. Tenía la manguera encima de mi cabeza con el chorro bautizándome. Y ahí fue cuando Familia me mostró la mercancía.

La billetera acuática era un cilindro plástico que cabía en mi puño cerrado. Familia lo destapó y metió una moneda de quinientos pesos. A los turistas no les gusta meterse al mar con el dinero en el bolsillo pero tampoco quieren dejarlo en los bolsos o carteras que cuelgan en las carpas. Entonces enrollan su dinero y lo meten con sus monedas en la billetera, se la cuelgan del cuello como si fuera

un collar y van a bañarse tranquilos. Karen contó que en la playa a una muchacha le habían robado todo, hasta la ropa, y que ella le había hecho un masaje gratis, y la muchacha se fue caminando hasta el hotel Almirante, en vestido de baño y sin chancletas, y Karen la acompañó y le prestó las chanclas para que sus pies no se quemaran cuando atravesara la avenida. Esa gorda es buena gente, sobre todo cuando no habla. Pero una noche, sin dejar de reírse, me dijo que si yo me metía con otra me clavaba un punzón de picar hielo que tiene en su cuarto. Te lo clavo en las huevas, hijueputa. Karen siempre dice hijueputa con muchas ganas. Me gusta oírla hablar así.

No era temporada alta, ni siquiera domingo, pero siempre hay turistas en las playas de Bocagrande. Podíamos sacar un buen billete. Eso de trabajar para alguien no es algo que me guste mucho. No quiero trabajar si no voy de socio. A mí me gustaba el olor del café que Nancy hacía en el reverbero. Hace una semana que no tomo café. Me hace daño. Es lo mejor de la mañana.

Familia seguía hablando de las billeteras acuáticas y yo me deleitaba con el olor del café.

—Yo te dejo cada billetera acuática en tres mil. El setenta por ciento es mío y el otro treinta es para que pagues tu pieza. Y, mi hermano, tú puedes venderla a cuatro mil o tres mil quinientos. Esta es una mercancía que se me quedó la temporada pasada y necesito salir de ella, yo lo que quiero es ayudarte.

Nancy me acercó el pocillo de café y medio pan de sal. Me trajo unos sobrecitos de azúcar que se robó en una cafetería. Yo no le echaba azúcar al tinto pero Nancy me dijo que el azúcar tenía calorías.

—Mi hermano —dijo Familia—, tú no vas a sentarte a vender búhos de alambre ni manillitas colombianas sino a caminar la playa ofreciendo la mercancía.

Entonces endulcé el café más de la cuenta. Y me lo fui bebiendo a sorbitos. Lentamente. No como esta sopa de hilachas de ñame. A veces pienso que esta sopa no existe y el ñame tampoco, y que no recojo nada en esta cuchara que tiene las iniciales HB. Estoy

empezando a creer que puedo vivir del aire. Y del sol. Siento el sol allá afuera porque la habitación repentinamente se ilumina y es que el sol ha dejado atrás una nube y la habitación y el pasillo resplandecen. Porque aquí no hay ventanas. Debía hacer calor cuando los huéspedes dormían. O tal vez se acostaban con la puerta abierta. O sólo cerraban la puerta de anjeo. O tal vez la habitación tenía un ventilador sobre una mesa de noche.

—Puedes irte con Karen y le das el billete a ella —dijo Familia—. Hagamos cuentas: te entrego treinta billeteras acuáticas, me tienes que devolver noventa mil tablas. Lo demás es tuyo y ni me cuentes cómo te fue. Y sabes qué, mi hermano, si esto resulta el próximo domingo te suelto unas gafas de sol, las propias, Ray Ban y Gucci, todas originales.

Karen se había puesto un short blanco de flecos en los bordes y una camiseta corta que dejaba ver su ombligo y el principio de una cicatriz que se perdía más abajo de su barriga. Se peinaba con mucha concentración y algunas gotas de agua resbalaban por su pelo y me pringaban. Cuando Familia me entregó el morral donde estaban las billeteras acuáticas, ella se estaba poniendo un gancho de carey. Se atezó el pelo y los pómulos de la cara se le agrandaron. La cara se le veía casi cuadrada y los ojos se le empequeñecían.

Familia iba contando las billeteras acuáticas pero yo estaba mirando a Karen. En una mochila vieja ella metió tres frasquitos de aceite y una botella de agua. Familia me dijo que debía explicarle al turista lo bueno que es meterse a la playa con el billete asegurado. A todo lo que él decía, yo asentía sin decir palabra, sólo moviendo mi cabeza de arriba a abajo, como un estúpido. Esa mercancía sale, dijo Nancy, cuando yo miré el bolso con las billeteras acuáticas. Pensé que con las manillitas y los búhos no me hacía cinco mil pesos diarios y entonces decidí que vendería cada billetera acuática a cuatro mil pesos y las dos en siete mil pesos, y Familia como leyéndome el pensamiento me dijo que no me fuera a pasar de agalludo.

Karen y yo salimos por la avenida y bordeamos la playa. Cuando yo estaba mirando el mar y recordando por dónde había caminado con la malabarista, ella me dijo que debía cortarme el pelo, zafar las mechas sucias que tengo y conseguirme unos zapatos nuevos. Yo le

gusto a esa gorda. En las noches siempre me sirve más ron o más sopa que a los otros inquilinos. Tengo suerte de pobre, siempre les gusto a las gordas y no a las flacas como la malabarista. Pero no le iba a decir eso a Karen. Además eso no lo pensaba cuando iba caminando con ella por la avenida Si se lo hubiera dicho me hubiera mentado la madre. Hijueputa. Ahora sonrío cuando recuerdo a esa gorda.

Llegamos a las playas de la zona turística. Carpas llenas de cachacos que se enrojecen. Camarones y camaronas. Nalguitas aguadas llenas de sarpullido.

—¿Cuánto vas a cobrar por los masajes?

—Por lo menos, tres mil pesos.

Karen tiene buena mano. Todo el mundo lo dice. Yo también lo digo. Eso es un don de Dios. Todas las noches Karen me hace maravillas. Y siempre se levanta más temprano. Esta mañana vino a preguntarme cómo había amanecido. Cuando los fines de semana hacemos un sancocho, ella me vierte un poco más de sopa y de bastimento en esos platos que eran la vajilla del hotel. Karen me quiere ver contento.

Del bolso sacó la botella de agua y empezó a beberla. Me dio un sorbo y me señaló un quiosco. Allí podemos encontrarnos a las tres de la tarde. Y yo le di una nalgada para despedirla. Ella soltó una risita que más parecía un relincho.

Empecé por la playa del hotel Flamingo y seguí por la del hotel Caribe.

La billetera acuática, la billetera acuática.

Los bañistas no querían que nadie se les acercara. El mar estaba picado y una banderita roja se agitaba sobre la punta de los espolones. No había cometas ni nubes en el cielo. Los zapatos tenis se me iban llenando de arena y ya sentía ganas de rascarme el culo. El culo siempre me rasca cuando camino y mucho más al anochecer. Por eso no me gusta dormir encuero. El calzoncillo siempre se me ensucia.

Las mujeres se ponen contentas cuando las negras les enrollan las hebras de cabello y les hacen trenzas con chaquiras de vidrio. Les ofrecí la billetera acuática y no me respondieron. Fingían no verme las malditas. Soy el hombre invisible, dije y una de las mujeres sonrió. Pero me dijo que si compraba la billetera acuática ya no tendría billetes para guardar.

La billetera acuática. La billetera acuática.

Cerca del Capilla del Mar vendí una en cuatro mil y otra en tres mil quinientos. Al principio sólo mostraba la mercancía. Después agregué: la billetera acuática garantiza la seguridad de su dinero —y las enseñaba con mi mano derecha—, unas vacaciones seguras con la billetera acuática. Me detenía en cada carpa, insistía para que me las compraran. La billetera acuática. Las ofrecí en cinco mil, luego dos en ocho mil. Pero los malditos turistas sólo decían: no, gracias.

La billetera acuática. La billetera acuática.

No sé por qué acepté ese trabajo. Siempre es mejor hacer lo que a uno le gusta: vender búhos de alambre, sentado en el parque donde encontré a la malabarista. Al menos por un tiempo. Después se verá. Nadie hace los búhos que hago yo y ahora el alambre se me está acabando. Soy un artista. Tony Lafont estaría de acuerdo conmigo. Malditas sean las billeteras acuáticas.

La billetera acuática.

No, gracias.

Cerca del hotel Almirante compré un tinto de doscientos pesos y una empanada de carne en un quiosco. Ese fue el tinto que me jodió o la empanada. No sabía mal y yo estaba mirando las parejitas que se restregaban en el mar una y otra vez. Sentí algo de envidia y pensé que yo debía estar allí con la malabarista. El culo de Karen es ancho pero plano; en cambio el de la malabarista es bien paradito. Qué pensará el mar de todo lo que hacen los bañistas bajo el agua. Varias veces había meado mar adentro y sentía piquiña en la punta del huevo. Pero era sabroso y la piquiña no era tanta. Otra cosa es cuando tienes que cagar. La sal marina arde en el redondel.

Ardentía en el centro del culo. Todo eso era el alimento de mi espíritu. Como las figuras en el techo: la bruja, el elefante y ahora la cara de un chino tuerto que se ríe de mí a carcajadas.

Me paré cerca de una carpa y escuché una conversación de dos turistas que tenían sombreros de paja en sus cabezas y estaban bebiendo aguardiente antioqueño. Uno decía: a estos negros no les gusta trabajar. Y el otro respondía: no es que no les guste trabajar, es que toca decirles lo que hay que hacer. Mire, si conseguimos una buena mercancía y ponemos a trabajar a dos de estos negros, en menos de seis meses nos hacemos ricos, ¿sí o no, papá?

Y yo los estaba escuchando pero ellos no podían verme. Se servían el aguardiente y se metían media rodaja de limón a la boca. Luego la arrojaban a la playa como si fuera un escupitajo. Y seguían hablando: lo bueno de estos negritos es que son honrados y se conforman con las tres comidas y un sueldito, dijo el primer hombre y se empujó el trago de aguardiente. Tenía la cara roja y una nariz grande como una pera.

Me alejé.

Tal vez esos turistas tenían razón.

Vi a un muchacho que le sacaba instantáneas a una familia china con una cámara Polaroid. A lo mejor eran japoneses o coreanos. Porque todos son iguales. Los ojos pequeños, el pelo negro y liso como el de los indios. Ni siquiera se parecen a Bruce Lee.

—Ey, compa, ¿usted se llama Tony Lafont?

El muchacho me hizo señas con la mano para que me quitara del medio.

Karen me dijo que después de las tres de la tarde sería más difícil vender billeteras acuáticas. Y yo caminaba por esa playa sintiendo la arena en mis zapatos y el sol en mi cabeza. Calor y sudor en mi cuello. Algunos culos de turistas se metían en mis ojos. Y una espalda me recordó el tatuaje de la malabarista. La mariposa, los aros en el aire, esas instantáneas, los ojos de Centella mirándome en las noches mientras Charlie Lozada hablaba de la novia de Tony

Lafont.

La billetera acuática. La billetera acuática.

Se la ofrecí a un hombrecito calvo y de gafas que estaba leyendo un libro. Y él sólo negó con la cabeza sin levantar la vista del libro. Le dije: usted que es un hombre culto y estudiado, le quiero hacer una pregunta.

Y él me miró.

—¿Cuál es la palabra para esas personas artísticas que caminan sobre las cuerdas?

—¿Y usted para qué quiere saber eso?

—Se lo tengo que decir a una amiga que quiere caminar sobre las cuerdas. Y ella sabe que existe una palabra para eso. Pero ella no la sabe y yo tampoco.

El calvo de gafas tampoco la sabía. Y menos me iba a comprar una billetera acuática porque él no se metía al mar. Sólo le gustaba estar en la playa leyendo. Debería existir una palabra para eso, le dije. ¿Para qué?, me preguntó. Para la gente que viene a la playa y sólo se queda leyendo.

Me fui a escuchar un conjunto de acordeón que tocaba un vallenato. No sonaba como Diomedes Díaz sino como Carlos Vives. O algo así. No me gustan los vallenatos pero Diomedes sí. Tiene sentimiento y sabe lo que canta. Yo canté un tema de Diomedes en un bus y ese día me dieron más plata.

Por tres canciones una pareja de turistas pagó veinte mil pesos. Luego se despidieron de los músicos y dejaron una botella de agua bajo la carpa. La agarré y me la bebí. A lo mejor debía fijarme en las carpas por si alguien había olvidado algo.

La billetera acuática. La billetera acuática.

Una veterana de gafas oscuras y cuello arrugado me compró tres. La carne blanda le temblaba en la garganta. Quería conversar conmigo pero después se arrepintió. Me dio doce mil pesos por tres billeteras

y me dijo que no la jodiera más. Esa fue mi mejor venta y el sol seguía calentando sobre mi cabeza.

Se me ocurrió que debía inventarme una historia para vender las billeteras. Me acerqué a dos mujeres y les dije que necesitaba dinero para visitar a mi abuela en Barranquilla. Yo soy un muchacho honrado y no le hago mal a nadie. Lo decía con una vocecita que a mí mismo me daba lástima. La gente se incomodaba y a veces me daban una moneda. Y yo les decía: no soy limosnero, respéteme. Y una de las muchachas abrió la cartera y me compró la billetera en cuatro mil pesos. Pensaba en las cuentas que había hecho Familia.

Daba igual limosnear.

Encontré a un hombre que no tenía manos y pedía plata con una mochila que colgaba de sus brazos mochos. La gente apartaba la cara. Qué haría ese pobre hombre si tuviera brazos. Tal vez no ganaría tanto dinero. Nadie me iba a comprar si ofrecía la mercancía después de que le dieran limosna al hombre. Me quedé mirando el sol y la hora que parpadeaba en un reloj electrónico.

Karen estaba en una carpa. Le estaba sobando la nuca a una mujer. Ofrecí la billetera acuática pero no me la compraron. Karen hizo como si no me conociera. Después me la encontré cerca del Capilla del Mar y dijo que no podía interrumpir su trabajo.

Recorrí todas las playas, frente a los hoteles, una y otra vez. Cuando me sentí cansado me acerqué al quiosco que Karen me había indicado y pedí una bolsa de agua. Pensé que tenía que bebérmela toda pero el agua estaba tibia. Unos muchachos bailaban mapalé para los turistas. Metían ruido con sus tambores y las niñas llevaban faldas bien corticas. El mapalé es un pez que agoniza en la playa, por eso el baile es así, le oí decir a un hombre que parecía guía turístico.

Karen apareció después y me presentó al dueño del quiosco. Sobre un plato desechable el hombre me sirvió unos camarones, una ensalada de repollo viejo, un arroz con coco y una Kola Román. Le eché un poco de limón a los camarones y me supieron mejor. Y después me fui limpiando la boca haciendo ruido con los labios y la lengua y metiéndome la uña entre los dientes y la encía.

Karen y yo descansamos un rato, a la sombra del quiosco, y yo pensé que a esa hora de la tarde nadie iba a comprarme una billetera acuática. Ahora los borrachitos se metían al mar picado. Vi a los dos hombres de sombrero de paja que estaban tomando aguardiente antioqueño encaminarse hacia el mar. Ojalá se ahogaran, recuerdo que pensé. Charlie me dijo que él era salvavidas cuando Tony Lafont empezó a tomar las fotos. Tal vez haya sido una temporada o dos. Me gustaría ver nadar a Charlie. Pero hasta ahora sólo lo he acompañado a coger cangrejos en los espolones.

Con la brisita fresca acomodé mi espalda en una de las láminas metálicas del quiosco. Karen se sentó conmigo a contar las billeteras acuáticas. Hizo las cuentas y me regañó:

—¿No más vendiste eso? Estás jodido, nojoda.

—¿Qué más quieres? Ni siquiera estamos en temporada.

Y le entregué la plata de trece billeteras acuáticas.

—¿Y no me vas a pagar a mí lo que me debes?

No contaba con eso.

—Eres un miserable.

Ahora no se estaba riendo.

—Hijueputa.

Debía entregarle toda mi plata. Era lo justo. Pero sólo le di un billete de cinco, otro de dos mil y una moneda de quinientos. Yo me quedé con el resto. Se metió los billetes en la rajita de los senos y la moneda en el bolsillo trasero del short. Le dije a Karen que iba a ir a la ciudad vieja, al parque donde está Bolívar pidiendo plata con su sombrero. A ella no le gustó que no la acompañara y me hizo mala cara. Pero caminamos juntos un rato y antes de llegar a la muralla rota me despedí de ella, de su espalda cuadrada y su culo ancho y plano.

Cuando iba a entrar a la ciudad vieja un grupo de soldados me dijo que no podía pasar por el boquete de la muralla. Me dijeron que

había una cumbre de presidentes y no dejaban seguir a nadie. Menos a alguien como yo. Una cumbre, dije. Sí, una reunión cumbre, dijo uno de los soldados. Yo voy al parque a encontrarme con Bolívar. Pero a ninguno de ellos le hizo gracia la chanza y el más bajito levantó el arma como si fuera a golpearme con la culata.

Me fui a caminar por la playa, de regreso al hotel. Levantaba los ojos y veía muchos soldados encaramados en la muralla y ellos también me miraban a mí. También vi a Karen que caminaba a lo lejos pero no quise llamarla y menos alcanzarla. Pensaba en el negocio de las billeteras. Era lo mismo que vender búhos y manillas de tela con la bandera colombiana. Sólo que la plata era mía y no de Karen. Pero yo le debía dinero y por la noche ella viene a hacerme unos masajes, sin cobrarme. Masajitos, dice, y baja la voz en la oscuridad.

Cerca del hotel me empezaron las ganas de cagar y este malestar que no se me quita. Tenía que apretar el culo y pensé cagar en el mar, así se me mojara el billete de cinco mil que tenía en el bolsillo. En ese momento yo necesitaba una billetera acuática y todas se las había llevado Karen. El estómago se me revolvía y la boca se me empezó a poner agria.

El hotel estaba a pocas cuadras pero yo no iba a llegar. Aceleré el paso, sin correr, y se veía a leguas que me iba a cagar. Da mucha risa caminar con el culo apretado. La churria se me salió cuando iba por el pasillo de los bañistas y lo primero que hice fue meterme en el baño de la recepción y quedarme allí sentado. Era una mierda aguada que a veces se acababa y volvía a empezar. Estaba acabando con los periódicos que había sobre la cisterna y no quería limpiarme con el papel de las revistas. En una de ellas estaba la foto de una actriz de telenovela y yo la contemplaba mientras la mierda iba saliendo en chorros copiosos.

Salí después de un rato y Karen me dijo que estaba pálido. En el patio de los almendros Nancy se estaba echando fresco con un abanico de palma. Llené el balde de agua y regresé al baño. La mierda no tardó en bajar pero el agua quedó coloreada. Me sentía cansado con un sabor a óxido en la boca y una debilidad en las piernas como si no pudiera sostenerme. Lo que deseaba era una bolsa de agua como la que había comprado en el quiosco. Pero fría.

Y decirle a Familia que no volvería a vender billeteras acuáticas.

Y echarme a dormir.

Me recosté sobre este mismo colchón de listas rojas y negras donde ahora estoy y pensé que a la mañana siguiente me iría del hotel y volvería a vender búhos de alambre y dormiría en el parque o la muralla. Quizás la malabarista nunca encontraría a Tony Lafont y yo no la volvería a ver. Me la encontraría en el parque otra vez y me podría ir con ella a cantar en los buses o a vender manillitas en los semáforos.

Cuando empezó a oscurecer regresé al patio de los almendros. Charlie tenía una botella de ron en la mano. Sabía que no debía beber pero Karen me sirvió el ron y no pude rechazarlo. El malestar iba a pasar. Charlie sacó una de las instantáneas de la bolsa plástica del supermercado y cuando Nancy me la dio puso la mano en mi frente y dijo que yo tenía fiebre. Quería quedarme pero regresé al baño y luego a esta habitación.

Karen me trajo una botella de agua pero era agua del tanque, embotellada por ella. Después vino la fiebre, la resequedad, la ardentía en la garganta, la serpiente que reptaba por la barriga, uno de los gatos en la puerta, muy cerca de mí, espantándome el sueño. Y después Tony Lafont apareció al pie del colchón con una cámara fotográfica que relampagueaba en la oscuridad.

Tal vez he debido irme cuando me tocaba, dos días antes, cuando tenía la reserva de mi vuelo, Avianca anuncia la salida de su vuelo y todo lo demás, olvidarme de la disolvencia, la sinécdoque y la espuma de mar, y no esperar la fiesta, el baile amenizado por la Orquesta Sensación y su cantante Terry Bolaños, vaya caballero, había un trompetista muy bueno, un muchacho del barrio, Tony no sabía cómo se llamaba o tal vez no estaba interesado en hablar de música, porque esa tarde cuando yo regresé de la ciudad vieja, Tony empezó a convencerme de que debía estar en la fiesta, y si ya has conocido a mis padres también debes conocer a Susana, y yo le dije que también tenía una hermana a la que todavía no le había enviado esa postal, y cuando íbamos caminando por la playa me regaló el inserto tres y muy serio me dijo que lo conservara, en un futuro costará una fortuna, quién sabe, Claudia Soraya, arena de playa sobre mi ombligo, había otra instantánea que le gustaba mucho porque una luz atravesaba mi vientre y lo iluminaba, de manera que se distinguían mis costillas sombreadas, nada de rostro, nada de faz, decía Tony, sólo piel, serás inmortal por tu piel tostada, me gustaba cómo lo decía, tostada, no bronceada, muchas de las palabras que Tony decía me gustaban pero sólo porque él las pronunciaba, no era que se comiera las eses o las des sino que alargaba la última vocal, y a veces yo lo imitaba aunque a él no le gustara, incluso dos noches antes me había leído ese capítulo de su cuaderno, lo que me hace falta, y yo le pregunté cuál era la palabra que más odiaba, no es que la odie, me dijo, pero de todas las palabras la que menos me gusta es etcétera, y escribió eso en su cuaderno porque era lógica la respuesta, mira, Claudia Soraya, los etcéteras no existen, no pueden existir, generalizar es una operación filosófica que sólo indica cierta comodidad, todos los filósofos, todos los escritores, todos, hasta los más gordos y cuajados, son hombres biológicamente inferiores, en cambio un fotógrafo sabe que la realidad sólo existe en el instante en que desaparece, no sé si agregó imperecedero o único, pero sí recuerdo que utilizó otra palabra que me gustó y que ahora no recuerdo, de eso estoy segura, pero ese instante tampoco es suficiente, eso es así, Claudia Soraya, yo he venido a salvar el mundo con mis instantáneas, tal vez no era el único que se creía lo que estaba diciendo, y volvió a repetírmelo aquí en la habitación 109, mientras jugábamos con la mochila del monje y la mamá vino a buscarlo a mi cuarto, toc-toc, sonaron los

golpes en la puerta, inesperados, sí, porque nadie se atrevía a interrumpirnos, y luego Tony, Tony, tu mamá te está buscando, no era una voz de mujer sino la de Charlie, el recepcionista, era más de la medianoche y estábamos desnudos, tendidos sobre la cama, el ventilador a toda, las aspas como la rueca de las hilanderas, dijo Tony y yo no le entendí, jugando a adivinar qué había en la mochila del monje, su mejor fotografía, la obra maestra de su álbum, eso era lo que decía, la mochila arhuaca colgada detrás de la puerta de la habitación 203, aquí se guardan algunas cosas y tú tienes que adivinarlas, ¿un libro?, sí, hay un libro, ¿qué más?, y a veces me daba pistas y yo acertaba, y me hablaba del monje y de Maribel Delgado que se hizo su discípula para aprender la doctrina zen, el monje le decía que no había culpas ni pecados y hay que vivir sin esperanza y sin desesperación, pero Maribel estaba desesperadamente tragada, enamorada, y quería que el monje se la llevara de este puto país donde le había tocado nacer, el monje era su redentor pero quizás ella salió crucificada, quién sabe, dime, Claudia Soraya, si el monje es extranjero, entonces ¿qué guarda en la mochila?, un pasaporte, obvio, y Tony sonrió, llevas dos pero te falta mucho todavía, ¿qué más?, toc-toc, Tony, tú mamá te está buscando, y él abrió la puerta y yo me levanté así como estaba, desnuda pero ya casi vistiéndome con una tentación que usaba para dormir, se veía que la señora sufría por su hijo, un muchacho tan inteligente, tan capaz, perdiendo el tiempo con ese bendito asunto de las fotografías, la señora era derecha y alta como una palma y con una nariz menos ancha que la de su hijo, me miró como pidiéndome ayuda, ay, mijita, tú podrías darle un buen consejo y decirle que se dedique a estudiar una carrera, y yo le respondía ya se lo he dicho, doña, todo el mundo se lo ha dicho, eso se le va a pasar, no se preocupe, en uno o dos años se aburre, y Tony se enfureció con la mamá, no tienes que venir a buscarme, no me voy a perder, sabes que estoy en el hotel, ¿para qué carajos tienes que venir a buscarme?, estaba perdiendo la calma, emputado, rojo de la furia, y había otros huéspedes en el patio de los almendros, y ellos se reían de la situación, y a veces yo también me reía sin dejar de compadecer a la madre, y de entenderla, y la señora se fue llorosa, y yo le dije a Tony quiero dormir sola, vete a tu casa, tu mamá está preocupada, no, claro que no lo estaba diciendo en serio, porque yo quería dormir con él y sobre todo levantarme y desayunar con él, huevos con tocino, pero Tony se lo creyó, ni siquiera me rogó,

orgulloso como era, y fue a la habitación, sacó la cámara fotográfica y la bolsa de instantáneas, dejó sobre la mesa de noche el cuaderno, la bitácora como él la llamaba, y se quedó allí en el patio de los almendros, sentado toda la noche, alrededor de la mesa de cemento, hablando con Charlie Lozada, Lascario Valverde, Tito Álvarez y una pareja de argentinos, recién llegados a Colombia, delirando sobre el arte de la instantánea fotográfica —el cual visto desde una perspectiva ingenua podría parecer un arte menor, dado el limitado instrumental del artista, pero no hay tal, y allí radica el meollo de la tarea que me he propuesto: cómo registrar o documentar un universo, es decir este hotel, a través de estampas o fragmentos visuales que no aspiran a ser sucesivos, no podrían serlo, lejos de mí la intención narrativa, sino que contienen pequeñas unidades de tiempo que, sumadas entre sí y a la vez por sí solas, configuran la ecuación de ese mismo universo—, y ante la carcajada del argentino se le daba por ilustrar su teoría con alguna de las instantáneas, la mochila del monje por ejemplo, colgada para siempre en el gancho de esa puerta, o la habitación del guionista, o la foto del doctor Alandete eternamente moviendo ese peón cuatro torre, adelantado hacía más de cuarenta años por un ajedrecista ruso, nacionalizado francés, pero más que todo era judío, el nombre se me olvidó pero Tony se lo sabía, y me habló varias veces de sus partidas y también le tomó fotos a muchas otras partidas de ese ruso, y no es que esa noche tuviera alcohol o marihuana en la cabeza, porque Tony no bebía ni fumaba por expresa recomendación médica, sólo en la fiesta le hice beber un par de tragos, pero esa noche no, los otros sí bebían y fumaban hierba, Santa Marta Golden, nada menos, y cuando el argentino se mostró desconfiado del talento del fotógrafo, su mujer de inmediato lo mandó a callar, y era que ella también empezaba a admirar a Tony Lafont, en todo caso nadie podía negar que se expresaba muy bien y tenía cierto encanto, Charlie lo decía, Tony tiene su cuento, su carisma, y ese gringo llamado Bobby Wobst le había dicho que no desfalleciera, que fuera tomando todas las fotos que pudiera, y yo que quería dormirme le escuchaba y le escuchaba, porque ese era el problema de esta habitación, la 109, se escucha todo lo que se conversa en el patio de los almendros, y salí del cuarto, me senté muy cerca, en el mismo lugar donde ahora se sienta Charlie Lozada a hablar de esas mismas instantáneas, pero después de un rato, fatigada de tanta habladuría, no tuve otro remedio que decirle vente a dormir y él me dijo ya voy, como

poniéndome en mi lugar, como diciéndome no te voy a obedecer, Claudia Soraya, yo me voy a dormir cuando quiera, pero no dijo nada de eso, sólo ya voy, y lo tuve que esperar otro rato y otro rato más, en la cama y con el ventilador apagado, y cuando regresó yo estaba dormida y él me despertó, pero no le dije nada, me pasó la pierna por encima de la cintura y luego a lo oscuro metió la mano, no se me olvida ese merengue que después bailamos en la fiesta, a lo oscuro, iba metiendo la mano acariciando mis nalgas, vedadas al sol, blancas y lechosas, debía broncearme desnuda, Tony me lo dijo, y yo le dije déjame dormir y esta vez sí iba en serio, aunque él no se lo creyó, tal vez pensaba que yo me estaba muriendo por él, lo cual era cierto, sobre todo después de aquella tarde detrás de las piedras, yo mirando el hotel y Tony mirando el horizonte, mirándonos ambos, y siguió insistiendo como rogándome que me volteara y aunque me muriera de ganas le iba a decir que no, no, quiero dormir, Tony, y al día siguiente me desperté desorientada, creyendo que despertaba en otro lugar, en el cuarto mismo con mi hermana, y al ver el techo me di cuenta que despertaba en la habitación 109 de este hotel, advirtiendo después la ausencia de Tony, y claro, no iba a desayunar con él, tan raro porque siempre dormía hasta las nueve o diez, tal vez no había podido dormirse y se había ido a caminar por la playa, era algo que hacía en las madrugadas cuando seguía derecho, no, no había dormido conmigo, sólo quería comerme, y justo el día que lo necesito desaparece, cuando quería caminar por la ciudad vieja con él y comprar un regalo y enviarle una postal a mi hermana, sin pensar todavía en escribirle conocí a un fotógrafo llamado Tony Lafont, quiere fotografiar el universo, después te cuento, no, no iba a escribir eso, no se lo merecía pero eso fue lo que terminé escribiendo, y todo porque me tropecé con la sueca Christina Larsson, en el bar-restaurante, y me senté con ella en la mesa, mantelitos de cuadros azules y un hibisco en el solitario de vidrio, al lado del ventanal desde donde se veía el mar, el espolón en forma de T, a esa hora no había nadie, ni bañistas ni pescadores, ni siquiera sol, porque estaba del otro lado, aunque tanta claridad hacía doler los ojos y no pude seguir mirando porque la madre de Charlie Lozada, doña Carmen, vino a preguntarme cómo quería los huevos, y yo siempre le decía lo mismo, con tocino, cebolla y tomate, además de pan francés y café con leche, y la sueca me dijo que iba a la ciudad vieja esa misma mañana, quería visitar la Casa de la Inquisición, donde torturaban a los brujos de

Cartagena de Indias, dijo, y le pregunté si podía acompañarla, yo también quería ir a la ciudad vieja, voy a comprar algunas cosas y a escribir una postal, y ella dijo que sí, estaba esperando a Lascario Valverde quien era su guía turístico y yo tenía que bañarme primero, y ella dijo que me apurara, ni falta que me iba a hacer Tony Lafont, bajo el chorro de la ducha pensaba en comprar un regalo para mi mamá y otro para mi hermana, y otro cojincito para el pelo porque ya había gastado el que Tony me había regalado, una lima, un cortaúñas, un desodorante en barra, una crema para la resequedad de la piel y la quemadura de mis hombros, estaban rojísimos de tanto sol y tanta playa, qué más, unas gafas de sol, baratas pero elegantes, apenas me alcanzaría para un bolsito de tela, qué otra cosa habrá en la mochila del monje, me lo alcancé a preguntar cuando regresé al restaurante y la sueca me preguntó a través de sus gafitas redondas, toda ella una versión femenina y rubia de John Lennon, en qué estás pensando, Claudia, y le dije que iba a comprar un bolsito de tela para convencer a Tony de que me tomara una foto de cuerpo entero con ese bolsito, pero primero tenía que llenarlo de muchas cosas que no iban a aparecer en la foto pero que con el paso de los años sólo él y yo podríamos recordar, por ejemplo, unos chicles Adams, una peineta de carey, un cepillo para el pelo, una piedra china, una caracucha de esas que recogía Maribel Delgado, un ojo de buey, una muela de cangrejo, un tubo de pasta dental, una crema para la piel, y apenas llegó a buscarnos Lascario Valverde con su camisa blanca manga larga y pantalones ajustados, bien larguirucho que era, nos fuimos caminando con él por toda la avenida, inclemente el sol pero no tanto a esa hora de la mañana, y llegamos al Parque Bolívar y la sueca quiso entrar a la Casa de la Inquisición, creo que le obsesionaban los instrumentos de tortura, el potro y las cadenas, las puyas, los brujos y los herejes, y Lascario y yo nos quedamos sentados en el parque, bajo la sombra de los árboles mirando la estatua de Bolívar montadito en su caballo con la pata levantada, y hablamos de una cosa y la otra, de los paseos en coche por la ciudad vieja, de los piratas ingleses que Tito Álvarez quería revivir, hasta que finalmente por casualidad, sin que yo se lo hubiera preguntado, me dijo que en la calle de la catedral, a unas pocas cuadras, quedaba el estudio fotográfico del señor Lafont, Foto Orión, donde Tony había aprendido a hacer montajes y revelados, y allí fue donde encontró la cámara Polaroid y empezó como fotógrafo de playa y después se dedicó a tomar las

fotos del hotel, y fue entonces cuando Lascario me contó la historia de la familia Lafont y me dijo que el abuelo de Tony también había sido fotógrafo, y seguramente todos estaban mal de la cabeza, como el mismo Tony, porque si a uno le da una fiebre de tres meses está bien pero Tony ya lleva más de cinco años sacando instantáneas, cinco años, remarcó Lascario, y es como si el tiempo no hubiera pasado porque eso es todo lo que hace, no ha querido estudiar ninguna carrera, y siguió hablándome todo sabihondo y solemne de Cartagena de Indias, de sus esclavos convertidos en mariamulatas, los pájaros que volaban y cagaban por encima de nosotros, de sus puertas y balcones, del cerro de La Popa y el Salto del Cabrón, ahora convertido en el asalto del cabrón por la inseguridad reinante, de un boxeador llamado Bernardo Caraballo que era mejor que Kid Pambelé, de Rodrigo Valdés y el argentino Carlos Monzón, ese Caraballo peleó en Japón y fue el primero en usar unos zapaticos que se encendían al caminar, tecnología japonesa de primera traída a Cartagena por los puños del mejor boxeador colombiano, hasta que Christina Larsson regresó y nos fuimos a comprar el cortaúñas, el otro cojincito de champú y a escribir esa postal a mi hermana, una foto del Castillo de San Felipe de Barajas, le pedí un bolígrafo a Christina Larsson y comencé a escribir, el mar es lo más bello del mundo pero por aquí no se puede bucear, toca ir a las Islas del Rosario, la estoy pasando bien y ya te compré un regalo, conocí a un fotógrafo llamado Tony Lafont, está más loco que una cabra, qué más le escribí, creo que le hablé del cabello y de la nariz de Tony, después te cuento, besos, te quiere mucho y siempre te recuerda, Claudia Soraya, y después de escribirla y enviarla, Lascario nos dijo que él quería una foto con nosotras y nos llevó al estudio del señor Lafont, y ya me imaginaba al padre de Tony del mismo color que su hijo, pero era más moreno, menos flaco, de nariz más achatada y pelo más churrusco aunque bien cortado, con una giba en la espalda, encorvado el pobre, había oído hablar de mí, claro, la novia de Tony Lafont, pasen, pasen, y no quise decirle que éramos sólo amigos, bueno, algo más que amigos, una novia de verano, qué pena incomodarlo a estas horas señor Lafont, y yo pensé que caminaríamos hasta la muralla, mar de fondo y cielo azul, para tomarnos la foto, pero no, el señor Lafont nos hizo seguir a un cuartico estrecho con palmeras rotas, pintadas sobre una madera carcomida por el gorgojo y un remedo de mar azul y descolorido, y un pedazo de garita acartonada, sostenido por

un clavo contra la pared, y allí nos hizo posar, Lascario en el centro, a su derecha la sueca, pasándole el brazo, y yo en el otro extremo, también con el otro brazo de Lascario sobre mis hombros, y clic, estalló el fogonazo, y nunca pude ver la foto, mañana pueden pasar por ella, dijo el señor Lafont, pero la sueca no pasó y yo tampoco, tal vez Lascario la haya reclamado después, o tal vez no, quizás se la envió en una carta a Christina Larsson, Estocolmo-Suecia, y luego ella me dijo, riéndose, qué locura, por qué no fuimos a la avenida o regresamos al parque, por qué no nos tomó la foto en la Cartagena real, aquí en Colombia todos están locos, se reía de esa manera condescendiente y cortés que tienen los extranjeros de reírse de nosotros, y cuando esa misma tarde, ya en el hotel y sin resentimientos por la noche anterior, le dije a Tony que en menos de veinticuatro horas, sin quererlo, como tenía que ser, había conocido a su madre y a su padre, se parece a ti pero no tanto, muy amable y querido conmigo, hasta nos tomó una foto, por él me enteré de que yo era tu novia, Tony, ahora sólo me falta conocer a tu hermana, Susana, dicen que es igualitica a ti y más inteligente pero también más juiciosa, pero a ella nunca la vería, Tony me dijo que a Susana le gustaba resolver ecuaciones, despejar equis, los doce casos de factorización y leer las pequeñas biografías del Álgebra de Baldor, se las sabía de memoria, sobre todo la de una mujer llamada Hipatia o Hipitia, y Tony remató diciendo yo creo que mi hermana va a sufrir mucho en la vida, es demasiado cerebro para una mujer, puede ser una desgracia, tú qué piensas, Claudia Soraya, y yo me le eché a reír, nunca se sabe, Tony, la vida puede cambiar y a veces los cambios resultan de una manera imprevisible, inesperada, qué puedo decirte, hoy estamos aquí, mañana no sabemos, yo ni siquiera conozco a tu hermana y no pudimos seguir hablando porque entonces empezaron los ensayos de la Orquesta Sensación y su cantante estrella Terry Bolaños, vaya caballero, uno, dos, tres, probando, hola, hola, la trompeta quería imponerse sobre los otros instrumentos y a veces interrumpían y volvían a empezar, y Terry cantaba pero el sonido del bafle no era bueno, casi ensordecedor, y le dije a Tony que nos fuéramos a caminar por la playa, otra vez por la playa frente al hotel, y Tony me dijo que yo debía quedarme para la fiesta, que por nada del mundo me fuera al día siguiente y que si quería me prestaba algún dinero, los últimos dólares que le había enviado el gringo Bobby Wobst, y yo le dije que lo iba a pensar pero en todo caso esa noche él tenía que dormir

en su casa, entonces fue cuando me regaló el inserto número tres, para que yo lo conservara, quién sabe, en unos años costará una fortuna y, sí, tal vez debería quedarme, viajar el lunes o el domingo por la tarde, nadie me estaba esperando, ni siquiera mi hermana, con una llamada a la aerolínea todo quedaría arreglado, sí, no, no puedo viajar y quiero cambiar mi pasaje para el lunes, sí, a las diez y media está bien, el lunes, el lunes es un buen día para despedirse, eso fue lo que pensé.

Tiempos de pernicie

Tony y yo nos conocimos a los nueve años cuando comenzamos a intercambiar historietas de Kalimán y nos íbamos al malecón a jugar el béisbol de la bolita de caucho. Atrapábamos elevados de grandes ligas, atrás, atrás, mete el guante y captura, y lo mejor era que esa pelota remontaba los aires y parecía columpiarse sobre la cresta de los vientos, de tal manera que a veces pensábamos que iba a caer antes de tiempo, y sobre la misma carrera debíamos corregir el fildeo. Por esa época, el malecón estaba lleno de pedruscos y piedras chinas, de arena de playa que se levantaba con la brisa y se amontonaba en las esquinas, de jaibas y cangrejos que matábamos a pedradas, de ojos de buey y de esas caracuchas que tanto le gustaban a Maribel Delgado. Afinábamos puntería lanzando piedras contra los cangrejos que se asomaban sobre las bocas de los agujeros de arena o caminaban por los tajamares. Cuando dábamos en el blanco el caparazón del animal se quebraba, hacía algo así como un crac seco y soltaba un líquido amarillo, viscoso, nos acercábamos a ver el cadáver, arrancábamos la muela y la guardábamos en el bolsillo, dizque para la buena suerte. Luego cogíamos otras piedras, seguíamos caminando y las lanzábamos contra las jaibas hasta que nos aburríamos de matarlas. Pero en realidad muchas de ellas alcanzaban a huir y nosotros fallábamos en ocho de diez oportunidades, por eso siempre había cangrejos y jaibas sobre las rocas y también sobre la arena del malecón. Teníamos una efectividad de doscientos, un promedio que no estábamos interesados en mejorar.

Dejamos de matar cangrejos cuando se construyó la Avenida Santander, que conecta el aeropuerto con el centro de la ciudad. Para hacerlo fue necesario tumbar las paredillas y recortar los patios de las casas que daban sobre el malecón. Durante muchos meses, Tony y yo miramos el movimiento de los camiones que descargaban inmensas rocas para que el mar retrocediera y las olas no estropearan las capas de brea y asfalto que los obreros tiraban sobre las calzadas. Las piedras lanzadas al mar fueron formando espolones en forma de T, separados por una distancia de unos setenta o cien metros, y entonces aparecieron nuevos bancos de arena y playas barrosas con estrellas de mar, peces boquiabiertos, pedazos de coral cerebro y moluscos desorientados que ya no queríamos matar. Era mejor tocarlos con un palo y verlos agonizar.

El malecón desapareció pero no tuvimos tiempo de extrañarlo porque el hotel era un buen sitio para tirar pernicie, fumar marihuana, enamorar turistas y mirar el mar a las cinco de la tarde, mientras leíamos una aventura de Kalimán. Más allá, frente a las playas de Marbella, se levantaban otros dos hoteles, Los Corales y el Miramar, que tenían cuatro pisos de habitaciones y estaban pintados de azul marino. Pero cuando la gente de por aquí decía el hotel ya se sabía que no podía ser otro sino éste: el hotel. Hasta los huéspedes de esos otros hoteles venían a parar acá, y en la recepción o en el patio de los almendros siempre había hippies gringos, turistas cachacos, viejas enfermas y arrugadas y, en temporada de diciembre, colegialas antioqueñas que venían a conocer el mar en viaje de graduación. A todo ese personal, Tony le tomaba foto y a veces le cobraba y a veces no. Cuando la foto parecía gustarle entonces la guardaba para lo que él llamaba el álbum de Tony Lafont.

La familia de Tony vivía por aquí cerca, a una cuadra de este hotel, saltando esa paredilla, en una casa que tenía segunda planta, con fachada de roca de playa y un balconcito con balaustrada de cemento, imitación del estilo colonial. Hace unos años, la doctora Lafont la vendió, dicen que la vendió barata, y entonces levantaron ese edificio de apartamentos que se llama Condominio Kalamarí, ¿saben lo que es kalamarí?, el doctor Alandete me lo dijo una noche, el calamarí era una tribu de indios que vivía por aquí, antes de la llegada de los españoles, y adoraba los cangrejos y los calamares, algo aprendí yo con el doctor Alandete y Tito Álvarez que se ponían a hablar de piratas a las tres o cuatro de la tarde, cuando venían a coger fresco a este patio. Y a esa misma hora también podía llegar Tony Lafont porque él vivía más en el hotel que en su propia casa y él también los escuchaba y de seguro aprendía más que yo, porque a mí siempre me llamaban, ey, Charlie, te llama tu mamá, ey, Charlie, don Gaspar te necesita en la recepción, siempre me necesitaban para algo, como quien dice, me tenían enzorrado y entonces me perdía las conversaciones del médico con Tito Álvarez.

Tony no había cumplido los quince años y todos pensaban que eso de la máquina Polaroid era pura pernicie, una fiebre pasajera de muchacho sin oficio, algo que se le iba a pasar en dos temporadas

turísticas pero la pura verdad fue que nadie pudo sacarle esa idea de la cabeza. Con decirles que un día me siguió a una de las habitaciones, la 109, donde tú te estás quedando, y me dijo que tendría que fotografiar la humedad de este hotel y en la instantánea se respirarían el moho y el salitre, y yo me rascaba la cabeza tratando de entenderlo. Otro día, en este mismo patio, anunció que necesitaba fotografiar los números fijados en las puertas de las habitaciones, las ventanas, las humedades del cielorraso, las grietas de las paredes, y luego los gatos y las cucarachas, los insectos, los sanitarios donde cagaban los huéspedes, las camas donde dormían, las mesas donde escribían sus postales, los platos de porcelana, el desayuno, el almuerzo y la comida, toda la vajilla con sus tenedores, cuchillos, cucharas y cucharitas, todo cuanto existiera en el hotel tenía que estar en ese álbum que debía terminar en diez años, mínimo, Charlie, pero si no me alcanza el tiempo me puedo alargar a doce, por si acaso.

El papá de Tony tenía un estudio fotográfico en el centro de la ciudad que se llamaba Foto Orión, y en el letrero que estaba pintado en la puerta la última O de Foto y la primera de Orión eran una sola letra, de color rojo encendido que contrastaba con el negro de las otras, y fue en ese estudio donde Tony encontró la máquina Polaroid que el señor Lafont ni siquiera utilizaba. De vez en cuando Tony ayudaba a su papá con las fotos de carnés estudiantiles, de cédula y de libreta militar que eran su especialidad, y Tony lo acompañaba a bautizos, primeras comuniones, grados, quinceañeros, matrimonios, cuanta fiesta o evento social se presentara.

La madre de Tony era más estirada, trigueña de huesos largos y un caminado como de garza de ciénaga. Estaba orgullosa, cómo no, de la inteligencia de su hijo y de su afición por la fotografía pero quería que él estudiara una carrera profesional, derecho, ingeniería o medicina, porque la fotografía era un oficio que apenas daba para comer, lo decía por experiencia y seguramente miraba a su marido. Todas las noches los padres de Tony le soltaban una tremenda lata acerca de su futuro y cuando ellos terminaban de hablar él siempre decía que lo único que quería hacer en esta vida, y a lo mejor en la otra, era sacarles fotos a los turistas que llegaban a este hotel. Eso me lo contó la misma doctora Lafont, la hermana de Tony, que era

igualitica a él, como una copia en negativo, más clara y ojona pero con el pelo alisado, y ella me pedía que yo le diera consejos pero qué consejo podía yo darle, ninguno, compadre, ninguno, Tony ya tenía escrito su destino, bueno o malo, pero ese era su destino, ¿ustedes creen en el destino?, yo por lo menos sí, pero de eso no vamos a hablar esta noche porque nunca terminaríamos.

La mamá, toda preocupada, creía que su hijo recibía malas influencias de los hippies que llegaban a este hotel y le soltaba varias cantaletas a su marido, al mejor estilo cartagenero, patatín, patatán, patatín, patatán, eso no hay quien lo aguante, compadre, y la cantaleta era por el mal ejemplo que recibía el muchacho en este hotel, como si los huéspedes fueran los culpables de la pernicie de Tony, y ahí fue cuando la señora anunció que muy pronto iba a botar la cámara fotográfica, no la quiero ver más en esta casa, no lo decía en serio pero rogaba al cielo para que su hijo entrara en razón y abandonara la bendita idea de la fotografía, así decía, pero lo que hizo Tony fue entregarme la máquina de instantáneas para que yo se la guardara junto a todas las fotografías que iba tomando, como quien dice yo venía a ser su secretario.

El señor Lafont se tomó las cosas con más suavidad, con su avena y su pitillo, como se dice por aquí, y cuando su mujer le preguntaba qué vamos a hacer con este muchacho, el respondía qué quieres que yo haga, eso es un destino biológico, un destino biológico, entiendes lo que es eso, biológico, y el hombre explicaba que también el abuelo de Tony había sido fotógrafo y también un tal Henri Lafont, de la misma Francia y supuesto antepasado de Tony, yo no sé si era verdad, no puedo asegurarlo, había trabajado con el mismo inventor de la fotografía, de manera que no se puede hacer nada, mujer, nada, eso es un destino bio-ló-gi-co, así decía, bio-ló-gi-co, y la madre lagrimeó un poco ante la falta de autoridad de su marido y rogaba a Dios para que su hijo se desapartara del oficio.

Pero eso nunca sucedió. Al contrario, Tony se emperró más en su trabajo y seguía repitiendo que algún día viajaría por el mundo para sacarles fotos a los huéspedes que habían pisado este hotel. Si Tony estuviera aquí nos sacaría una instantánea a todos nosotros, uno por uno. Todavía lo veo con los pies descalzos y su cámara colgada del cuello, entrándole a cualquier turista y diciéndole yo

soy Tony Lafont, el fotógrafo de las instantáneas, así quería que lo llamaran hasta que mi padrastro Terry Bolaños lo bautizó el hombre de la cámara mágica, míster Tony Lafont, muchas gracias, esa noche que no se me olvida, cuando debutó la Orquesta Sensación y su cantante estelar, y Tony sacó a bailar a esa muchacha, ¿cómo era que se llamaba?, sí, Claudia Soraya, la que siempre llamaríamos la novia de Tony Lafont.

Foto 153: Tal como puede observarse, Lucho Rodilla era bien feo y como si el primer apodo no fuera suficiente, en el hotel también lo llamaban Caracodo. Es la hoja de esta bitácora, arrancada, hecha una bola y arrojada a la caneca de la basura o al patio de los almendros para que los gatos jueguen con ella. Pero Lucho Rodilla, el muchacho prematuramente arrugado, tuvo una novia holandesa, pintora que lo llevó a Ámsterdam como si por algún extraño sortilegio se cumpliera en él, contra todos los pronósticos, el destino que ambicionaba Maribel Delgado. La pintora se obsesionó con la cara de Lucho Rodilla y la dibujó varias veces al carboncillo, en papel de caballete. Hicieron el amor por primera vez en la habitación 302, que era la misma del pintor ausente, y a los pocos meses la artista y su modelo viajaron a Ámsterdam. Lucho Rodilla, el arrugado, no creía en nadie. Después de dos años en Europa, regresaría y en el patio de los almendros pontificaría sobre las putas que se exhiben en las vitrinas de algunas calles de Ámsterdam. Lucho Rodilla nunca habló de la pintora. En la última Navidad bebió un frasco de insecticida Kan Kill y murió en la Clínica de la Madre Bernarda. Su rostro tal vez asuste a los visitantes de alguna galería holandesa.

En el botiquín cerrado de la recepción, al lado de un salvavidas decorativo: un frasco de Merthiolate, un esparadrapo, un sobre de Conmel, otro de Asawin, otro más de Terramicina, un paquete de toallas higiénicas, una botella de agua oxigenada, una crema para la piel marca Pond's, tres sobres de Alka Seltzer, un sobre de Sal de Frutas Lúa, un jarabe para la tos llamado Fenergán, unas vendas, unas tijeras, un frasco de glicerina carbonatada, otro de Nafazol, un tarro de Vick Vaporub, otro de Redoxón, y otro más de Numotizine.

Foto 58: Curtis Anderson, joven fanático de los Medias Rojas de Boston, llegó al hotel para formar parte de la galería de este fotógrafo, luego de ser informado del proyecto por Bobby Wobst. No tenía intenciones de quedarse en Cartagena de Indias. Sin embargo vivirá tres meses en el hotel, se enamorará de esta ciudad de piedra y se empleará como profesor de inglés en la Academia Colombo Americana, antes de casarse con una

mulata de veinte años, a la que Maribel Delgado siempre envidiaría. Cabello cenizo, cráneo redondo, musculatura trabajada, Anderson aparece con un guante de béisbol en la mano y la gorra de Torices, una novena local.

Foto 139: El hombre que sabía demasiado: Su voz es aflautada y todavía deja escapar gallos adolescentes. Este sujeto siempre me muestra una irónica sonrisa. Delgado como una alegoría, luce anillos de fantasía en su mano derecha. Hace preguntas que él mismo se responde y conoce con precisión todos los datos que son innecesarios en la vida: la altura del Everest, el caudal del Amazonas, los tres edificios más altos del mundo, las diez plagas de Egipto, las capitales de Asia, África y Europa, el nombre de los profetas mayores y menores, el símbolo y el peso atómico de los elementos químicos, los ganadores del Derby de Hipotecho, los primeros cuarenta césares, los presidentes de la Gran Colombia, las fiestas patrias de todos los países hispanoamericanos, las batallas que perdió Simón Bolívar, los ganadores del premio Nobel de literatura, las monedas de cada país, las principales avenidas de todas las capitales, los ríos que atraviesan estas capitales, el nombre de los fundadores de cada una de las ciudades colombianas, las fechas de nacimiento de Albert Einstein, Emmanuel Kant y Fidel Castro, los dioses de la mitología griega y sus equivalentes latinos, el nombre de los caballos de César, Alejandro, el Cid Campeador, Calígula y Napoleón Bonaparte, la identidad de las mujeres que amaron a Adolf Hitler y a Benito Mussolini, la cifra aproximada del número Pi. Una mañana me lo encontré en la recepción del hotel y me preguntó: ¿Sabes cuánto mide el río Amazonas y cuál es la cantidad de agua que descarga en su desembocadura? Y no me dio tiempo de decirle que lo ignoraba. Quería que otros huéspedes lo escucharan y su vocecita aflautada trató de robustecerse cuando dijo: El río Amazonas mide 6.992 kilómetros y descarga al océano 220 mil metros cúbicos por segundo. ¿Y sabes cuál es la altura del Everest? ¿No la sabes? El hombre estaba leyendo el almanaque mundial de 1976 cuando le tomé esta foto. Siempre se burla de mis fotografías. Y eso me hace pensar que un estúpido como él nunca comprenderá el alcance de mi trabajo. Me he propuesto no

inmortalizar su nombre.

Foto 103: La maleta del huésped quedó olvidada en un costado de la recepción. Don Gaspar Tricot dio la orden de no abrirla. Allí permaneció unos tres meses antes de que don Gaspar cargara con ella a su habitación. En un clóset ha permanecido siete meses y tres semanas. Don Gaspar me ha dado permiso de fotografiarla. El huésped no volverá por sus pertenencias. Y todas las cosas se pudrirán allí adentro.

Foto 51: El hermano mayor del doctor Alandete ha venido a visitarlo y se ha alojado en la habitación 202. El médico se siente fastidiado por su presencia. Rubén Alandete es un lento cincuentón que nunca ha trabajado. Vive de las mensualidades que le envían el doctor y otra hermana residente en Santa Marta. El hombre es parsimonioso, demora dos horas en su baño diario y tiene una mirada turbia en sus grandes ojos. Un Rubén adolescente padeció en Bogotá el 9 de abril de 1948 y sufrió una especie de iniciación invertida. Atrapado entre dos fuegos, se ocultó en un tranvía cuando la turba arrastraba el cadáver del asesino Juan Roa Sierra hacia Palacio. Ahora colecciona títulos, pensamientos, frases de grandes hombres y es aficionado a las películas policiacas. En ese género, el mejor título es una película que vio hace algunos años y se llama Cliente muerto no paga. La película no es tan buena pero el título sí. En literatura, el mejor título es Lo que el cielo no perdona, un libro sobre la violencia de los años cincuenta que él por supuesto no ha leído. Quiere escribir una novela que se titule Los asesinos se mudan de noche pero no tiene tema ni argumento. Aunque el doctor se siente incómodo por la presencia de su hermano, yo le digo que Rubén Alandete es de los nuestros y merece estar en mi álbum.

Escaleras: Lo mejor de las escaleras es cuando una mujer culona sube dos o tres escalones delante de ti. Y tú la miras y ella a veces se voltea para mirarte sin dejar de hablar, como si no supiera que le están mirando el culo, suás, suás, requetesuás. Todo el universo cabe en un culo, big bang en expansión mediterránea. Siempre me quedan oscuras las fotos de las escaleras. Hasta hace poco un bombillo iluminaba los

escalones. Pero se quemó el mes pasado y nadie lo ha cambiado. Y ahí sigue, eternamente inservible, anclado a la roseta, sin poder bajar las escaleras. Pariente de la maleta anterior, se resiste a formar parte de mi álbum.

Inventario de la vida del doctor Alandete: un guante de béisbol (foto

81) que había pertenecido al famoso pelotero Pedro "Chita" Miranda, short stop de la selección campeona de béisbol de 1947; un afiche de Celia Cruz, la guarachera de Cuba, dedicado al "milagroso doctor Alandete, que Cachita lo proteja" (foto 82); un tablero de ajedrez con el último movimiento de la última partida jugada por Bobby Fischer y Boris Spasski en el campeonato mundial de Reykjavijk, (foto 83); el tomo VI, empastado en cuero verde, de la Historia de los heterodoxos españoles de Menéndez y Pelayo, abierto bocabajo sobre la mesa de noche en la página 518 donde se señala en tinta roja un párrafo referente a Cartagena de Indias (Emecé Editores, 1945) (foto 84); un tubo de pasta dental Kolynos y un cepillo de dientes en un vaso de vidrio, colocado en la parte derecha del lavamanos (foto 85); una estilográfica Parker sobre una mesa de trabajo, al lado de algunas hojas garabateadas con fórmulas de medicamentos homeopáticos (foto 86); una cafetera italiana (foto 87); un pocillo blanco de café con la oreja quebrada (foto 88); una cacerola marca Imusa (foto 89); un plato de peltre de color morado (foto 90); una bata china, colgada detrás de la puerta (foto 91); un par de babuchas azules que descansan cerca de la cama (foto 92); un diccionario enciclopédico Larousse de pasta dura y colorada (foto 93); y una gaita macho (foto 94) que perteneció al mismo Antonio "Toño" Fernández.

Habitación 201: Silvano Chaparro, bogotano de 22 años, acaba de pasar una temporada en una clínica de reposo y viene a descansar al hotel. El mar le hará bien a este muchacho, dijo el doctor Alandete. Silvano tiene cara de ídolo muisca y fuma cigarrillos Pielroja sin filtro. Es fanático de Jim Morrison y de Lou Reed y tiene una grabadora con un casete de The Doors. Durante su estadía en el hotel no consumió marihuana ni ningún otro alucinógeno. Sólo cigarrillos y una cerveza que le obligó a tomar el mágico Joe Domínguez. Quiero curarme, dijo.

Su sueño era visitar la tumba del Rey Lagarto en Père-Lachaise. "Está muy cerca de la de Chopin y nunca le faltan flores". Silvano dijo que iba a enviarme una postal, apenas estuviera en Père-Lachaise. Todavía la sigo esperando.

Foto 127: Natanael Carrizosa, 37 años, matemático, ufólogo, astrónomo y marxista tropical, nacido en un pueblo de Cundinamarca. Nada tan incongruente como el mar y Carrizosa. Va a la playa con pantalones largos y zapatos negros. El hombre se cree llamado a fundar el Partido Socialista Interplanetario, pues (cito de memoria) "la alianza proletaria con los camaradas del espacio exterior es apenas lógica ya que cualquier sociedad extra terrestre es más avanzada cultural y socialmente que la terrícola, y dicha sociedad sólo puede sustentarse en un sistema socialista, el único capaz de generar progresos y bienestar, no sólo a nivel económico y tecnológico sino también político, social, cultural, y sobre todo humano". Carrizosa está escribiendo un tratado sobre Políticas educativas en el sistema socialista interplanetario. Una novia de gafas redondas lo visita. Carrizosa pronto viajará a San Agustín (Huila) donde será abducido por creaturas celestes.

Foto 21: Pepe Yukopila, nueve años, pecoso y colorado, se concentra en resolver el problema de las casitas pegadas, las cuales deben dibujarse sin levantar el lápiz y sin volver a recorrer una línea ya trazada. Pepe, de espaldas a mí, inocente, se rasca la cabeza al tiempo que termina de dibujar dos enes consecutivas que sólo conducen al fracaso. Las casitas pegadas consisten en dos cuadrados unidos, atravesados cada uno por un par de diagonales que se cortan en equis, coronados a su vez por dos triángulos que simulan un techo. Nadie ha resuelto ese problema pero Pepe Yukopila está obsesionado con hallar la solución.

Foto 61: Luciano Coluccini, bonaerense, ex futbolista de tercera división, profesor de Educación Física, quien en una memorable conversación sostuvo, contra todas las evidencias, que el mejor equipo de fútbol no era Brasil 70 sino Estudiantes de la Plata, coronado campeón intercontinental de clubes en

Old Trafford, frente al Manchester United, el 16 de octubre de 1968. Una y otra vez el argentino recitaba de memoria esa alineación hasta que su mujer le decía: "Pará, che, pará". He aquí el equipo: Poletti, Malbernat (C.), Aguirre, Madero, Medina, Pachamé, Bilardo, Togneri, Ribaudo, Conigliaro y Verón. DT: Osvaldo Zubeldía. En esta foto Luciano aparece sonriente, con un copete ridículo, la nariz larga, haciendo la V de la victoria.

Foto 67: Graciela Landini, esposa del anterior, profesora de literatura, quien antes de abandonar el hotel le regaló a Pepe Yukopila el libro Historias de cronopios y de famas de Julio Cortázar. Tenía una voz acariciadora y era mucho más amable que su marido. En la foto levanta la vista para mirar al fotógrafo. Acaba de cerrar el libro de Cortázar pero se ha cuidado de marcar la página con su dedo índice. ¿Cronopio, cronopio?, le preguntó una vez a Pepe. Y el muchacho le respondió: Yukopila, Yukopila.

Yo soy yo y mis instantáneas; todo el universo cabe en un hotel y todo el hotel cabe en una Polaroid; la obra debe hacerse antes de los veinte años, máximo antes de los veintidós, yo empecé tarde; una cosa es un retrato y otra, una instantánea; una cosa es una fotografía y otra muy distinta es mi trabajo; lo que importa no es la cámara sino el fotógrafo; qué sería del hotel sin mi talento; una instantánea es como una lágrima de Dios; yo no soy Dios pero puedo hacerlo todo, o casi todo; no hay fotógrafos gordos; el verdadero fotógrafo tiene que ser flaco; ¿sabías que el Che Guevara fue fotógrafo callejero en México?; yo soy Tony Lafont, me permite que le saque una instantánea; siempre me faltará tiempo pero eso no será una excusa.

Foto 173: Sophie, canadiense de 68 años. Le ha dado varias veces la vuelta al mundo. Chancletas, pelo corto y faldas de tela hindú. Viene de la Patagonia, donde los hielos se derriten y los inviernos son a mitad de año. Le pregunté qué era lo más bello que había visto y ella me dijo que la luna llena, a ras de tierra, en un pueblo de la frontera de Brasil, llamado Uruguayana, allí donde la tierra se curva. Otro día me dijo que

en Pakistán vio a un hombre meditando durante catorce días. Nadie podía interrumpirlo y tampoco tenía necesidad de comer.

Foto 175: Esta es la mano de la sueca Christina Larsson, apoyada sobre la mesa de cemento.

Champemán, la historia de Joaco Cacumen: Al recibir la descarga de un potente picó llamado El tumbatecho, Remberto Ariza Revollo, mesero del hotel, adquiere poderes especiales que le permiten luchar contra el crimen organizado. En una garita del castillo de San Felipe de Barajas, Ariza Revollo cambia su traje de mesero de hotel y se transforma en Champemán, el superhéroe cartagenero. A través de sus dedos irradia poderosas ondas sonoras que ensordecen e inmovilizan a sus enemigos. Remberto Ariza Revollo vive en el barrio El Socorro, viaja en bus de transporte urbano y tiene una novia con la que baila música africana todos los viernes. Esta es la última creación de Joaco Cacumen, 12 años, amigo de Pepe Yukopila, dibujante y aficionado a los cómics de Batman, Flash, Linterna Verde y Mizomba, el intocable. Joaco Cacumen ha escrito y dibujado tres historietas del superhéroe cartagenero, y ha tratado de imaginar un poderoso enemigo, al estilo de Lex Luthor o El Guasón. Con letras azules y góticas, el nombre Champemán aparece en una improvisada tapa de cartón, y al fondo una garita de La Tenaza. Según Tito Álvarez, a Joaco Cacumen todavía le hace falta perfilar sus personajes. Champemán luce en el rostro un antifaz novembrino, detesta la música vallenata y conversa con una mariamulata, un pájaro cómplice que le permite perseguir y ubicar a los criminales. Joaco acostumbra a trabajar todas las tardes en la mesa de cemento (foto 74) y lo mejor de sus dibujos es la vista aérea que captan los ojos aéreos de la mariamulata. Cacumen tiene bosquejadas varias historietas y apenas está terminando el número tres de Champemán, el superhéroe cartagenero.

En la instantánea 58, Yadira Valverde (1952-1976) aparece sentada en uno de los mecedores de madera que se disponen a la entrada del hotel. Tuve que rogarle a la muchacha que se dejara fotografiar, aduciendo que alguien como ella no podía faltar en mi catálogo. Era

la hermana mayor de Lascario Valverde y trabajaba como azafata en una aerolínea comercial, lo que despertaba la envidia y la admiración de muchas adolescentes que llegaban al hotel a escuchar sus historias de aeromoza y a soñar con un trabajo que las hiciera volar. Yadira era la más hermosa de las muchachas del barrio no tanto por su cuerpo que en realidad era un entramado de huesos largos, marca de familia que en ella resultaba un arquetipo, ni por sus senos breves como manguitos biches, sino por esa aureola de misterio que la rodeaba. Sus ojos eran grandes y gateados y el cabello, negro y encrespado. Hablaba poco, susurrando, pero enamoraba con una sonrisa casi misericordiosa. Era más tímida que arrogante pero se le tenía por lo segundo. Mantenía a su madre y a sus hermanos y parecía más madura que todas las muchachas de su edad. Tenía un pretendiente antioqueño, adiposo y feo, con cara de bulldog, que la visitaba cada quince días y parqueaba su camioneta Ranger Ford al frente de su casa. Durante muchos años la historia de Yadira Valverde se relató a todos los viajeros que llegaban a este hotel e incluso llegó a publicarse en el Diario de la Costa. El resumen es el siguiente: días después de revelada esta foto, el 14 de enero de 1976, Yadira Valverde desapareció misteriosamente luego de que el avión de Avianca se estrellara contra un cerro de Bogotá. Lascario Valverde, quien viajó a la capital vestido de saco y corbata inverosímil, con un pantalón de paño que apenas le llegaba arriba de los tobillos, creyó reconocer a su hermana entre los pocos cadáveres que fueron rescatados, antes que la zona del siniestro se declarara camposanto. A los pocos meses de su muerte, Yadira Valverde llamó a su casa para decir que estaba viva y que no se preocuparan por ella. Es casi seguro que Yadira no subió al avión accidentado pero su nombre apareció en la lista de tripulantes fallecidos. A Lascario Valverde no le gusta hablar del asunto. La madre todavía espera a la hija y presiente que está viva. No se le ocurre pensar que también es posible que Yadira Valverde no regrese jamás.

Mormones (fotos 285-286): En marzo de este año llegaron los mormones con camisa blanca, pantalón azul, corbata negra, divulgando la religión de Joseph Smith, el profeta norteamericano. Rubios, motilados casi a coco, tontos y bellos. Predicaron el camino de la salvación, proyectaron diapositivas en las paredes de las casas, bautizaron en una piscina del centro de la ciudad, pero fueron pocos los convertidos. Dijeron que por un punto se podían pasar infinidad de líneas pero entre dos puntos sólo se podía trazar una. Entonces había que unir La Biblia y el Libro de Moroni y crear una nueva religión americana. Luego de escucharlos, Terry Bolaños les soltó la antológica frase: "Yo ni siquiera creo en la religión católica que es la única verdadera".

Frase de Bobby Wobst al despedirse: Cuando deseas, poder venir a New York. Sólo debas avisar con tiempo.

Inventario de las propiedades de Carmenza, la limosnera: una botella de Coca Cola que llena de agua en el baño de la recepción y que siempre toma con sorbos ruidosos (foto 301); una bolsa plástica donde guarda las sobras de comida (foto 302); una pita delgada con la que se amarra el pelo (foto 303); un vestido blanco y rasgado que usa sin ropa interior (foto 304); una cartera de cuero negro donde guarda migas de pan, monedas de dos pesos y papeles viejos (foto 305); un par de chancletas plásticas que a veces se quita para caminar (foto 306); un pedazo de tela, amarrado encima de su tobillo derecho (foto 307); en el anular derecho, un anillo de fantasía con una piedra morada que fue regalo de un huésped (foto 308); y un destartalado sombrero de paja sobre su cabeza (foto 309).

Foto 125: Nicanor Ávila se dispone a tocar su acordeón marca Hohner en el patio de los almendros. Los huéspedes le pagan tres mil pesos por canción. Su repertorio no es muy amplio: La pollera colorá, La lira plateña, Altos del Rosario y una que otra canción del maestro Rafael Escalona. Le gusta imitar la voz de Alejo Durán y posee ciertas habilidades con los bajos. "Mi primer acordeón se lo compré a Calixto Ochoa, el mejor compositor colombiano", dijo y nadie osó discutirle. Sin

acompañarse del acordeón, cantó un verso popular de las sabanas de Bolívar:

En el mar hay una col,

una col,

que nadando yo la vi,

yo la vi,

me parece un caracol,

caracol,

y por eso la cogí,

la cogí.

Si la col tuviera cara,

como tiene el caracol,

fuera cara y fuera col,

fuera caracol y cara.

Juego de palabras intraducible, dirá mi traductor.

Foto 229: Elkin Villegas, natural de Sonsón, Antioquia, se alojó en la habitación 105 y, antes de irse a dormir, relató su pionera y original incursión en el mundo del narcotráfico. El año pasado, Villegas se tragó seis kilos de cocaína envueltos delicadamente en bolsitas plásticas del tamaño de una butifarra. En el avión que lo conducía al aeropuerto de Barajas, apenas probó bocado pero, según sus propias palabras, fue traicionado por los nervios. Pocos minutos antes del aterrizaje

sintió la inaplazable necesidad de ir al baño, donde defecó el alcaloide y una mierda típicamente criolla. Sacó las bolsitas plásticas que flotaban con su deposición en las aguas del inodoro, les limpió la inmundicia y volvió a tragárselas en seco, sin romperlas ni mancharlas. Elkin Villegas, 33 años, pasó inocente los controles aeroportuarios y pudo entregar su mercancía a un contacto europeo. En Madrid, entusiasmado, se emborrachó con dos caleños que lo llevaron a un apartamento no lejos del Paseo de la Castellana. Se recuperaba del guayabo cuando un escuadrón de la policía irrumpió en el lugar. Un maletín lleno de dólares fue encontrado en el clóset de uno de los inquilinos. No se pudo explicar la procedencia de aquel dinero. Villegas fue detenido pero los testimonios obraron a su favor. Pudo demostrar que estaba de paso y que había llegado a "la madre patria", así lo dijo, en plan de turismo, sólo tres días antes. Nunca se le acusó de tráfico de estupefacientes. Al ser liberado cuatro meses después, el abogado le insinuó que podía demandar al Estado español y ganar buenas pesetas, vamos, tío. Villegas rechazó la oferta y regresó a Colombia. En el hotel habla de negocios con el mágico Joe Domínguez.

Foto 221: Su elemento son las grasas, las fritangas, las carnes rojas, las arepas de huevo, los bofes, los quesos, los patacones, las tripas y las bandejas de chicharrones. Nadie lo llama por su nombre, es simplemente el Gordo, categoría superpesada y tropical, cuello ancho, sonrisa permanente y panza sideral. Es el verdadero buda del barrio y el terror de las mecedoras de mimbre pues su nalgatorio es poderoso. Sus pedidos a la carta son legendarios: cinco horas de sancocho, cuarenta y cinco minutos de fritos y veinte minutos de Kola Román, entre otros. Varias veces se ha caído en los pasillos del hotel y pide ayuda para levantarse porque no lo puede hacer solo. Trabaja en la Secretaría de Hacienda del Distrito. No se le conocen mujeres. Vive por aquí cerca y los fines de semana almuerza en el hotel. Esta instantánea apenas basta para contenerlo.

Foto 133: Una silenciosa anciana de cabellos blancos. Concentrada, mira el mar de cuatro a seis y veinte de la tarde, hora en la que se levanta para ir a su habitación. Una sonrisa bondadosa para el fotógrafo. Temporada de fin de año.

Árboles, angelitos y pesebres de diciembre.

Otro día: Ahora que la veo quisiera fotografiar ese vientre, ese ombligo, esa piel. Insertos. Desnudos. Alojada en la habitación 109, esa muchacha me promete un mundo.

Si quisiera hacer la lista de las personas que ayudaron a Tony Lafont tendría que nombrar primero a Tito Álvarez, mírenlo aquí en la habitación 106, ¿saben cómo se titula esta foto?, pásenla y me la devuelven, ¿saben cómo la tituló Tony Lafont, el hombre de la cámara mágica?, dizque la habitación del guionista, porque Tito había vivido en Los Ángeles y quería hacer una película sobre Blas de Lezo, nada menos, y estaba escribiendo un resumen para llevárselo a un productor de Hollywood, qué tal. Tito Álvarez, barranquillero, había que verlo imitando el sonido de las bombas que caían sobre Cartagena de Indias, bim, bum bam, usaba camisa manga larga con el botón del cuello abotonado y tenía un megáfono de director de cine que a veces se llevaba a la playa, entonces gritaba luces, cámara, acción y se ponía a dirigir a los bañistas con una cámara que no existía. La verdad fue que Tito nunca hizo su película, las hojas que escribió se volvieron amarillas bajo su sobaco y a lo mejor están por ahí en alguna habitación del tercer piso, un día de estos me pongo a buscarlas y las leemos una noche para que ustedes sepan quién fue Blas de Lezo y cómo salvó a Cartagena de la invasión de los ingleses, sí, la misma estatua que está allí en el Castillo de San Felipe, Blas de Lezo, el gran culpable de que este pueblo cartagenero no hable inglés, según las palabras del doctor Alandete.

Tito le enseñó muchas cosas a Tony Lafont sobre la fotografía y el cine, y le dijo que todo artista debía llevar una bitácora, ¿saben lo que es una bitácora?, ¿no?, no es que me las esté dando de sobrado y hazañoso pero, como ya les dije, algo aprendí de los huéspedes de este hotel, y ellos también aprendieron conmigo. Por ejemplo, yo les hablaba de las peleas de Cassius Clay cuando todavía no se llamaba Muhammad Alí, de Sonny Liston, Benny Briscoe, Carlos Monzón, Rodrigo Valdés y Emily Griffith, sí, una bitácora, esas fueron las palabras de Tito Álvarez, y ese cuaderno que tú tienes en las manos era la bitácora de Tony Lafont, sí, esa es la bitácora, por eso se me quedó la palabra, porque a cada rato Tony preguntaba dónde dejé mi bitácora, y a veces la tenía yo, a veces la había dejado en la recepción o en su propia casa, y cuando Tony no estaba sacando fotografías estaba escribiendo en su bitácora. Sí, era como un diario, pero era más que eso, porque Tony también escribía un montón de teorías sobre las instantáneas, lo que pensaba

hacer, lo que le hacía falta, ahí está escrito, cómo dices, sí, cómo no, había gente que pensaba que Tony estaba mal de la cabeza, ese morenito es bien raro, me dijo una turista de Bogotá, no era que lo dijera así limpiamente, porque cuando lo decía se llevaba el dedo índice a la cabeza, como queriendo decir que a Tony le faltaba un tornillo. Y Tony Lafont, el gran Tony Lafont, el hombre de la cámara mágica, sólo repetía la frase favorita de Kalimán, serenidad y paciencia, mucha paciencia, no hay fuerza más poderosa sobre la tierra que la voluntad del hombre, y lo que uno tiene que hacer lo debe hacer antes de los veinte años, máximo veintidós, yo creo que empecé tarde, y a veces la gente se reía de lo que decía Tony Lafont.

Pero así como había gente que se reía —coge oficio, Tony, y deja de estar sacando esas fotos maricas, le gritaba el mágico Joe Domínguez—, había otra que lo admiraba y no sólo Tito Álvarez, también el doctor Alandete, último marido de madame Tricot, mírenlo aquí con el tabaco en la boca, reproduciendo una partida de ajedrez que le gustaba mucho, esa es de las mejores fotos, aunque ahora ya esté borrosa, y cuando Tony le dijo al médico lo que pensaba hacer, sacar tres mil seiscientas cincuenta y dos fotografías y en diez años tener el álbum de Tony Lafont con trescientas sesenta y cinco fotografías bien seleccionadas, el médico se lo quedó mirando y le dijo: hazlo, Tony, hazlo hasta que te aburras, el mundo necesita gente como tú, y volvió a su partida. Pero Tony lo siguió mirando, ¿qué?, ¿me vas a sacar una foto?, le preguntó el médico volteándose a mirarlo, y Tony esperó hasta que el doctor hizo un movimiento en el tablero, y le sacó esa instantánea, la misma que ustedes están viendo.

Desde ese día el doctor empezó a darle dinero para comprar materiales fotográficos y le regaló una enciclopedia de pintura y otra de fotografía, y Tony se sentaba a estudiarlas aquí en el patio de los almendros, y cuando no entendía algo se lo preguntaba a Tito Álvarez o al doctor Alandete, ¿saben cómo se llamaba el médico?, Lácides, así se llamaba, tenía nombre de espiritista, y a veces le pedía a Tony que le mostrara las fotografías y cuando las observaba una por una, no era que entendiera demasiado, le decía a Tony vas bien, muchacho, vas bien, y enseguida sacaba las fichas y el tablero de ajedrez y se ponía a reproducir sus partidas sobre esa mesa y

soltaba frases como esta: el mejor ajedrecista de todos los tiempos no es Bobby Fischer sino Alexander Alekhine y nadie se atrevía a contradecirlo, ni siquiera el gringo Bobby Wobst.

Bobby, Bobby Wobst, aquí está, mírenlo, el gran Bobby Wobst, buena gente, ese gringo fue quien más ayudó a Tony Lafont, sí, medio hippie, con el cabello largo, camisas blancas, largas como batones, y abarcas de campesino de la sabana. Una noche nos trasnochó aquí en el patio contándonos cómo había recorrido en motocicleta todos los Estados Unidos, de New York a Los Ángeles, lo que llaman de costa a costa, ¿sí me entienden?, lástima que no tenga un mapa para explicarles, en todo caso un viaje largo, como quien dice de Riohacha a Leticia, más o menos. Bobby se las tiraba de artista pero no pintaba ni escribía, no hacía nada, a veces cogía una silla y una mesa, ponía una encima de la otra, y arribita de la silla encaramaba un coco con un pitillo y decía que eso era una obra de arte, y ¿saben qué era lo mejor de todo?, lo mejor era que había vendido tres de esas obras en quince mil dólares cada una, y con esa plata se venía a Cartagena de Indias a pasar unas largas vacaciones, hay gente que tiene suerte, carajo, quince mil dólares por semejante pendejada. No, no, se metía sus tabacos de marihuana pero no era vicioso ni violento ni nada por el estilo, era una persona tranquila, se la pasaba hablando de música, sobre todo de jazz y de un músico negro llamado Lester Young que había sufrido una gran depresión, y eso que no había visto Los Picapiedras, un domingo a las cuatro de la tarde. Mi padrastro Terry Bolaños quería mucho a Bobby Wobst y a veces amanecían hablando de las Big Band de los años cuarenta y cincuenta. Yo me aburría de oírlos y Tony también, porque eran muy especializados.

Ese gringo, ahí donde lo ven, fue el primero en decir que Tony Lafont era un genio de la fotografía y se le dio por decir cosas como esta: la fotografía no será la misma después de Tony Lafont, el arte de Tony Lafont se venderá en las grandes galerías del planeta, no me moriré sin ver ese día cuando Tony Lafont exponga en New York, cosas así; y la mamá de Tony le reclamaba al gringo, oiga míster, deje de estar diciéndole esas cosas al muchacho que le va a dañar la cabeza, pero Bobby le respondía, usted no sabe lo genial que es su hijo, señora, apóyelo, apóyelo. Después de su regreso a New York, Bobby le empezó a enviar dólares y Tony compraba

materiales para su cámara, tenía doble financiación, el billete que le soltaba el doctor Alandete y los verdes que le mandaba el gringo, y andaba con más billete que cualquiera de nosotros, eso sí todo lo invertía en los materiales de su máquina Polaroid.

Muchos amigos de Bobby Wobst vinieron a este hotel sólo para fotografiarse con Tony Lafont y aquello fue la locura, ustedes no lo van a creer. En dos meses de temporada baja se alojaron aquí tres parejas de gringos, todos ellos amigos de Bobby Wobst, venían dispuestos a ser inmortalizados por el gran artista Tony Lafont, ya a Tony lo conocen en New York, dijo una gringa, y don Gaspar andaba feliz, y empezó a decir, el hotel es tuyo, Tony, si quieres hacer una exposición la haces, si quieres la programamos para la próxima Navidad, y Tony le respondía que debía hacer una selección de sus mejores trabajos. Yo mismo recibía la correspondencia en la recepción y los sobres decían Mr. Tony Lafont, artist and photographer, y se los entregaba. Los gringos querían que Tony se fuera a New York, nada menos, pero él no quiso irse, todavía tenía mucho trabajo, quién va a fotografiar a los huéspedes durante mi ausencia, ah, y lo que me hace falta, Charlie, lo que me hace falta, te imaginas, ese es un capítulo de su bitácora, así se llama, lo que me hace falta, si ustedes quieren mañana por la noche lo leemos.

La cámara en el espejo

Gran baile de gala, así se leía en la recepción, en el patio de los almendros y a la entrada del bar-restaurante, en cartulina blanca pegada en cada esquina y en el centro con puntillas que en el hotel llamaban chinches, cinco en total, escrito con marcadores de tinta azul (azul pintado de azul cantaron esa tarde de ensayos, volare, cantare, y hasta tuvieron tiempo para improvisar, pero yo creo que un sueño azul nunca más volverá y que yo me pintaba la cara y la mano de azul, la trompeta sonaba bien pero Tony nunca me dijo cómo se llamaba el trompetista, un muchacho gordo, de buenos pulmones, tal vez Tony estaba celoso) y letras a imitación del estilo de peace and love, unas encima de otras, entrada, $5.000, así tal cual, en números y con un puntico, consumibles, huéspedes no pagan, ameniza la Orquesta Sensación y su cantante estelar Terry Bolaños, un saludo especial al hombre de la cámara mágica, míster Tony Lafont, muchas gracias, llevaban una semana ensayando, con bafles agujereados, sonido, sonido, hola, hola, uno, dos, tres, probando, en eso se les iba parte del tiempo y luego tocaban volare, a lo oscuro metí la mano, la casa en el aire, los charcos, la saporrita, mambo número cuatro, la máscara de gato, manyoma, el preso, el paralítico y dos gardenias para ti, en la inigualable voz de Terry Bolaños, vaya caballero, y Tony y yo nos acercábamos a mirar y a escuchar al cantante estelar, todo un personaje el tal Terry Bolaños, me decía Tony pero sin el tal que es absolutamente mío, padrastro de Charlie Lozada, el recepcionista, y eso que padrastro es una palabra bien fea, pero Tony lo dijo como si nada y le sonó natural, yo también tengo un padrastro, un padrastro que me metía mano, a lo oscuro y en la claridad, Tony, pero él no me prestó atención, la verdad era que casi nunca se interesaba en lo que yo decía, ni le importaba, pero no era la primera vez que me sucedía algo así, sólo quería hablarme de Terry Bolaños, amigo de Marlon Brando, Don Vito Corleone, nada menos, ¿viste esa película?, ¿cuál?, El Padrino, cuál va a ser, y me lo preguntó casi regañándome, no, no la había visto, bueno, Marlon Brando, Don Vito Corleone, vino a Cartagena a filmar una película con una tropa de italianos, sólo que todavía no era el gran Vito Corleone, Queimada se llamaba, ¿la viste?, había un actor cartagenero que se llamaba Evaristo Márquez, pariente de Terry Bolaños, ¿viste esa película? no, Tony, tampoco la vi, casi no voy a cine, me gusta ver Hechizada por televisión, ¿la bruja?, sí, a mi hermana Susana también le gusta, deberías conocer a mi

hermana, me dijo, y yo también pensé en mi hermana a la que le había enviado esa postal y también en mi madre, porque al igual que a Tony, a ella le gustaba llamarme por los dos nombres, y yo no podía evitar sentirme regañada cuando él me lo decía, porque así era que mi madre empezaba sus discursos, Claudia Soraya, y me fue difícil aceptar que Tony me lo estaba diciendo de otra forma, a veces me daba un poco de risa, pero yo también le decía Tony, Tony Lafont, Lafontony, y a veces Antonio y alguna vez le dije Toño y primero arrugó la cara y luego sonrió, y yo me le reí en la cara, pero no, no tenía cara de Toño, primero por el cabello y luego por sus tres pelos en la barbilla, nunca pude convencerlo de que se afeitara, era simplemente Tony, Tony Lafont, con su cámara Polaroid colgada del cuello, pero aquella tarde no me tomó ninguna foto, andaba sin materiales porque pensaba gastarlos el día de la fiesta, gran baile de gala, orquesta sensación y su cantante estelar Terry Bolaños, vaya caballero, hasta que le dije que nos fuéramos a mi habitación, a esa hora, y nos fumáramos un varillo, un toquecito de marihuana, porque Lascario Valverde y la sueca me habían regalado un poco y Tony me dijo vamos, entusiasmado, pero la verdad era que tal vez nunca había fumado, ni siquiera sabía armar el tabaco, y ya tendido en la cama me dijo que Terry Bolaños había trabajado como carpintero en esa película, Queimada, eso era lo que quería contarte, en el centro hay un bar que se llama así, pero Terry no era actor, ni siquiera extra, sólo carpintero, y el último día del rodaje Marlon Brando y los italianos celebraron, y Terry Bolaños cantó esa canción Dos gardenias para ti, con ellas quiero decir te quiero, y Marlon Brando le dijo que debía formar una orquesta, por qué no lo haces, si tienes talento, muchacho, buen español el de Marlon Brando, y a Terry le quedó sonando la idea, pero eso fue hace muchos años, imagínate, y sólo ahora, después de tanto tiempo, se escucha la Orquesta Sensación y su cantante Terry Bolaños, en Colombia la gente tiene que ser persistente, y a veces sólo consigue algo más que nada, una pequeña cosa, y la mayoría de las veces todo depende de la suerte, ¿sí o no?, me lo preguntaba tendido ya en la cama, aspirando otra vez, una, dos veces, semidesnudo pero todavía con la cámara colgada, tapándole unos escasos pelillos delgados del pecho que a veces se acariciaba, tú crees en la suerte, Claudia Soraya, o mejor, tú crees en eso que llaman destino, y no recuerdo si me alcé de hombros pero sí que me fui quitando la blusa y el jean, y dije algo así como está haciendo

calor, y le pedí que me pasara el varillo y fue entonces cuando me preguntó si yo alguna vez me había leído las cartas o le había preguntado a alguna bruja acerca de mi futuro, no una bruja como esa de la serie de televisión de las que hacía chasquear los dedos y toda la loza de la cocina y los platos sucios quedaban relucientes, sino una especie de pitonisa, ¿sí me entiendes?, esta vez sí le entendía y le dije que no, sólo me había leído el cigarrillo pero una vez había acompañado a mi mamá, hace tiempo, cuando ella fue a preguntarle a una señora que leía el tarot si mi papá, mi verdadero papá, no mi padrastro, tenía otra mujer y la señora seguramente le dijo que sí, no podría decirte qué fue lo que le dijo, porque yo no entré, yo me quedé afuera, mirando un cuadro, una especie de Virgen María que salía del agua sin el niño en los brazos, y dos o tres palomas muy cerca, y llevaba una especie de globo en la mano, la bolita del mundo amarrada con una cadena, había otros cuadros allí pero sólo me acuerdo de ese, algo así, pero cuando mi madre salió llorando de la pieza, la señora le dijo algo que no se me olvidaría y que todavía no he entendido, la mente es mala, la mente es mala, tenga cuidado porque la mente es mala, tú qué crees que esa señora quiso decir, Tony, y él se quedó en silencio, quiso decir algo del monje francés y de Maribel Delgado mientras yo aspiraba por última vez, y lo interrumpí para decirle que mi papá se fue pero quizás en ese momento, cuando mi mamá se estaba leyendo las cartas, no tenía otra mujer, o quizás sí, uno nunca sabe, a veces me escribo con él, no está aquí en Colombia sino que vive en New Jersey y hace tres años sí vive con otra, a veces creo que mi mamá fue la responsable de toda esa separación, era algo que nunca había contado y no es que me costara trabajo decirlo o algo por el estilo pero lo cierto es que no acostumbraba ir por allí hablando de mi papá, y entonces él, como si no me escuchara, me preguntó si Maribel Delgado iba a volver para posar en la última foto del álbum de Tony Lafont, y yo me lo quedé mirando con algo de rabia, mejor era no hablarle de mi padrastro o del otro novio de mi mamá, y comenzó a recordar al monje francés quien decía que cada uno de nosotros debe recorrer el largo sendero interior, pero yo creo que el monje francés hablaba mucha mierda y sólo quería levantarse a Maribel Delgado, a punta de varitas de incienso y de meditación trascendental la fue trabajando hasta coronarla, y al final Maribel Delgado se quedó esperando que el monje le enviara los tiquetes de avión, pero nunca sucedió y fue por eso que Maribel se fue a España

a putear, ojalá tenga suerte y le vaya bien, yo también voy a tener suerte pero no voy a tener que viajar porque tengo amigos como Bobby Wobst que ya están pensando en crear, en New York, la Tony Lafont Society, no se lo digas a nadie, Claudia Soraya, eres la primera en saberlo, te lo advierto, y aquí se volvía casi amenazante, aunque no dejaba de sonreír, no puedes contárselo a nadie, sólo Bobby ha comprendido lo que estoy haciendo, yo soy Dios y Bobby es mi profeta, él mismo me lo escribió en una carta, la Tony Lafont Society es una consecuencia natural de tu talento como artista y estará dedicada al arte de la instantánea fotográfica, cuyos estatutos estoy redactando, la Tony Lafont Society será como una especie de hermandad secreta, ¿sí me entiendes?, y yo empecé a mirarlo y a reírme pero quizás no era por lo que estaba diciendo sino por la forma en que lo decía, a veces rascándose el brazo y el sobaco, abriendo la boca y tratando de vocalizar pero llenándose de saliva y a veces enredando la lengua, cosa muy rara en él, y lo iba soltando sin más, apenas con pausas, me dijo que ni siquiera lo había escrito en su cuaderno, se lo sabía de memoria y lo iba recitando, pertenecerá a la Tony Lafont Society todo ser humano que haya sido inmortalizado por Tony Lafont en la instantaneidad misma de sus instantáneas; todo miembro de la Tony Lafont Society desechará el uso de equipos fotográficos profesionales distintos a la cámara de instantáneas y visitará el hotel al menos una vez en el transcurso de su vida, para honrar la memoria del fotógrafo; será obligación de cada uno de los miembros tomar una instantánea al menos una vez a la semana durante diez años, no necesariamente continuos; a mí no me tomarán fotos ni daré entrevistas, y con el tiempo seré algo así como un esfumado, ido y no vuelto, tan misterioso en mi desmaterialización mundana que en este mismo hotel alguien dirá vi a Tony Lafont en New York, paseaba con Bobby Wobst y Tito Álvarez por el Central Park y Michel, el monje francés, dirá que mis instantáneas son parecidas al budismo zen, vías de iluminación, pasaportes al nirvana, pero sabes lo que decía ese monje, que yo necesitaba un sentido, y en eso se equivocaba, lo que menos se necesita es un sentido, nada tiene sentido, o quizás sí pero ningún hombre lo alcanza, la vida puede tener sentido pero nadie entiende el sentido de la vida, creo que el monje era un hablador de pura y física mierda que sólo quería comerse a Maribel Delgado, ¿tú qué crees, Claudia Soraya?, pero la mayoría de las veces aramos y aramos y no recogemos ningún fruto, eso es cierto, al menos Terry

Bolaños ya tiene su orquesta, tal vez llegue el día en que yo pueda tener novecientas noventa y nueve fotografías, y si llego a la número mil, inmediatamente debo sacar la mil uno, y ¿sabes por qué?, porque me gustan más los números como diecisiete, cuarenta y tres y mil uno, con cuántas fotos te imaginas el álbum de Tony Lafont, tal vez sea mejor una exposición, qué te parece, y le dije que estaba imaginando sus fotos colgadas unas detrás de otras, perforadas por un alfiler en su parte superior y atravesadas por un fino cordel, como ropa tendida en el alambre, y lo estaba viendo allí en la cama, el ventilador con su arrullo monocorde y las piernas de Tony Lafont, los pies de Tony Lafont, las canillas y las rodillas de Tony Lafont, su calzoncillo rojo sobre el cual posé mi mano izquierda, y él seguía hablando pero ya me estaba acariciando la espalda, y luego yo misma lo despojé de la cámara, la dejé cuidadosamente sobre la mesa de noche que él también había fotografiado y donde todavía reposaba el cuaderno que había olvidado, y otra vez lo fui besando lentamente hasta que dejó de hablar y le besé y le miré el lugar de su vientre donde descansaba la cámara, parecía que ya le dejaba huella y volví a mirarlo y como que quiso decir algo y le puse el dedo en los labios, no hables, Tony, ya no más, tal vez estaba pensando en una instantánea o en la Tony Lafont Society, con sedes en Cartagena de Indias, New York, París y Nueva Delhi, creo que lo había dicho antes o lo susurró para sí, pensando que yo no lo escuchaba, porque hablaba solo, susurraba palabras, preguntas que él mismo se respondía, en todo caso se inclinó sobre mí y otra vez empezó a besarme, primero las tetas, luego el vientre y ahora era yo quien cerraba los ojos y los volvía a abrir para ver que Tony Lafont me estaba mirando y luego dijo una de esas cosas que a veces sabía decir y que tal vez había leído en alguna parte, pero nunca podré olvidarlo, ninguna rosa de este mundo es tan bella como tu ombligo, Claudia Soraya, y me derretí por dentro y un resplandor de luz todavía brilla en la oscuridad de mis ojos.

El primer día, cuando empecé a soltar toda la mierda que tenía en el estómago, pensé que iba a morir en este cuarto. La muerte no tendría necesidad de golpear a la puerta, sería un poco como la bruja que se dibuja en el techo o el elefante con las pezuñas de cerdo, llegaría por arriba como una figura escapada de la pared húmeda. Pero me quedé dormido y al despertar me dije que esta cagalera pasaría y seguiría viviendo aunque, en alguna otra parte, ya existía otra habitación donde cerraría mis ojos, esa pieza me esperaba, no, no era esta, no podía ser esta, quizás mi última noche la pasaría en el segundo piso de este hotel, y entonces miraría a alguien antes de cerrar los ojos. A Karen. A la malabarista. No me enterrarían vivo. Peor que morirse es que te entierren vivo. A mí todavía, por lo menos, me queda metro y medio de alambre.

Siempre he sido optimista porque bien podría morir en la calle o en la cama de un hospital. No en una habitación sino en un pasillo, ahora hay enfermos hasta en los corredores de los hospitales. Una vez fui a una clínica para que me curaran una cortada que tenía en los talones, algo que daba miedo, y los enfermos estaban en las bancas donde debían sentarse los familiares. Y esperaban turno para ser atendidos. Y yo me senté con ellos, aunque era igual si los atendían porque de todas maneras se iban a morir. Afuera estaban los que no dejaban entrar al hospital y debían morirse en una zanja o en la puerta, donde los dejaba una ambulancia. Da igual morirse en un hospital o en una calle, de tres tiros o de una puñalada. En todo caso imaginaba cómo iba a morir: ahogado, quemado, enfermo del corazón y concluí que no iba morir cagando en esta pieza. La 109. Deshidratado. Hay gente que se muere de cólera, como quien dice cagando. Hay otra que se muere de sida. Eso es un castigo de Dios, sentenció Nancy una noche, antes de que Charlie sacara una instantánea de la bolsa del supermercado. Y creo que esa misma noche el gringo llamado Roger dijo que todos los animales de la tierra se extinguirían en quinientos años. No quedará ni uno, si acaso las cucarachas y los mosquitos. Me gustaría estar allí para verlo.

Según el cuaderno de Tony Lafont a Dios no se le pueden agregar adjetivos, verbos o predicados. Entonces no puede castigar porque ese verbo es humano y el lenguaje celestial es otro. Pero yo creo

que Dios me ha castigado porque lo cierto es que no he debido vender billeteras acuáticas en la playa, lo mío son los búhos de alambre que cambian la suerte de la gente. Se lo dije a Karen y ella me preguntó: y por qué a ti no te cambia la suerte. Porque mi misión en la vida es cambiar la suerte de los otros, no la mía. Ese es mi gran sacrificio. A veces ni yo mismo me lo creo. Karen. Karen. No sé por qué se enamoró de mí y ahora me quiere de una manera que cansa. Esta mañana, antes de irse a trabajar, dejó periódicos en el baño y un balde de agua, al lado del inodoro. Ahora yo no tengo fuerzas para ir al patio, llenar el balde y cargarlo. Por eso después que Karen se fue, Charlie vino a joderme la vida con una canción que dice: soy un chico delicado que nací para el amor, este coche me ha estropeado, pare en la esquina, señor.

—De vez en cuando una fiebre y una cagalera son buenas porque uno se purifica —dijo.

Lo bueno de tantos periódicos es que puedo leer noticias viejas, cosas del año antepasado, remotas en el tiempo, como si nunca hubieran existido. Un hombre violó a su hija de cinco años y luego la mató. Y aparecía la foto. Otros se robaron el dinero de una carretera que debían construir. Y aparecen dos hombres de saco y corbata. Y un ministro dice que el país va por la senda del progreso. Luego la primera página me raspa la raja y pienso que en mi próxima reencarnación seré periodista y escribiré una noticia sobre el hombre que impuso el récord de la cagada más larga de la historia. No han hecho todavía ese concurso pero algún día lo harán. Y cuando lo hagan ya habré cagado todo lo que tenía que cagar. Y perderé. Lo mejor para limpiarse son las secciones que se llaman sociales, tienen una sustancia especial que absorbe mejor la mierda, aunque el culo siempre queda sucio y uno sabe que hubiera podido limpiarse mejor.

Nancy me trajo un jugo y un pan de sal y yo le pedí una de esas habitaciones del segundo piso y ella me dijo que no. Si la quería debía pagar el precio de una noche. Yo estaba sintiendo mucho calor y ella me sugirió que me cortara el pelo. Motilarme, esa fue la palabra que pronunció. Y yo le respondí que jamás me iba a cortar el pelo. Dios me castigaría otra vez. Me dejó solo con el pan entre las piernas y yo empecé a sorber el jugo. Uno de los gatos apareció

en la puerta y me miró como si quisiera hablarme. Le pregunté cómo se llamaba y él bostezó. Le pregunté si era biznieto de Fumanchú y maulló largo rato como diciendo que sí pero tal vez quería un pedazo de pan. Y hablé con él. A ti no te gusta el pan. De todas maneras le dejé un mendrugo sobre el piso. El gato lo olió y se fue. Después de beberme el jugo, Nancy vino a llevarse el frasco y me dejó el cuaderno de Tony Lafont con la bolsa de instantáneas.

—Te lo manda Charlie, para que te distraigas.

Yo estaba pensando en ese transistor que Karen tiene en su cuarto y al que le faltan las pilas. Ella podría comprarlas y entonces oiríamos algunas canciones en la radio. Algo suave, una balada que me pusiera a dormir y que yo pudiera tararear. Me gusta tararear canciones. Pero ahora sobre el colchón tengo las fotos y el cuaderno de Tony Lafont. No importa si ya lo he leído. Creo que es mejor leerlo varias veces hasta aprendérmelo. Tengo buena memoria. En una canción de cuatro estrofas la más jodida de recordar es la tercera. En una estrofa de cuatro líneas, la más difícil también es la tercera. Y entonces tienes que tararearla hasta que la encuentras. Eso fue algo que comprobé cuando cantaba en los buses.

Me gusta volver a leer aquello que leí la primera noche en voz alta cuando uno de los inquilinos me preguntó si yo había conocido al fotógrafo. Estuve a punto de decirle que sí pero soy demasiado honrado y le dije que no. Además, Charlie y Nancy me estaban mirando y tal vez me hicieran preguntas que yo no hubiera podido contestar. Ahora leo en silencio, en el calor de esta habitación, pero aquella noche leí con brisa y ron en mi garganta.

Primero acaricio el cuaderno, su pasta arrugada y húmeda en los bordes. Me gusta tocar las cosas, la cola del gato, la grupa de Centella, las nalgas de Karen, mis propias huevas, recorrer las páginas de este cuaderno, descifrar la minúscula letra de Tony Lafont e imaginar cómo agarró el lápiz o el bolígrafo y fue escribiendo o tachando en los bordes de las hojas, donde no se puede escribir. Eso se lo enseñan a uno en el colegio.

De todos los capítulos de este cuaderno el que más me gusta mirar es el que se titula Colecciones. A casi todos los inquilinos les gusta más el capítulo de Personajes pero yo prefiero éste. Por ejemplo, La

mochila del monje. Me pregunto si Tony Lafont querrá tomarme una foto a mí o me incluirá en el capítulo de colecciones. En el morral del artesano: un alicate, una tijera, dos pinzas, dos imanes, metro y medio de alambre plateado, dos latas de cerveza apachurradas, unos hilos viejos y un telarcito de clavos que no mide más de quince centímetros de largo por siete de ancho. Allí hace las manillitas.

O tal vez escriba: en la habitación 109, con ese nueve caído que parece un seis, convalece un artesano que fabrica búhos con rollitos de alambre. En sólo tres días ha cagado más que en un mes. La mierda no pesa pero es como un río delgado que cuando chorrea le salpica las nalgas. El blanco sanitario de la recepción se ha coloreado de un amarillo tísico. El artesano tiene una botella de agua cerca de su cama y acaba de comerse un pan de sal que Nancy le ha traído.

Tal vez Tony sólo decida fotografiar otra vez esta habitación y entonces yo desaparezca y sólo quede mi rastro en el cuaderno. Pero lo mejor sería que Tony inmortalizara mi vestuario. Lo pondrá sobre el colchón y sacará una instantánea de cada una de mis prendas. Me he quitado el calzoncillo, la bermuda y la camiseta. Tengo que lavar el calzoncillo o conseguirme otro. O me tocará salir con la bermuda solamente. Cuando lo lave colgaré el calzoncillo en la cuerda de la ropa. Otro inventario para Tony Lafont. Hay algo que me tranquiliza cuando veo ropa lavada y colgada en una cuerda.

Charlie debería comprar un archivador o algo parecido. Tiene la misma bolsa plástica de hace veinte años, la del supermercado Magali Paris, y la bolsa sólo tiene un pequeño roto pero está bien arrugada. Ese es el gran tesoro de Charlie. Y este cuaderno que cuesta trabajo descifrar. A veces interrumpo la lectura y me distraigo con otra cosa. Puede ser una figura del techo o la serpiente que sube y baja por mi estómago. O me da por dormitar, agarrarme el huevo y jugar con el forro, arriba y abajo, una y otra vez, y pensar en Maribel Delgado o en la malabarista. Me gusta más la malabarista porque de Maribel sólo hay una foto. Mar y bel. Pero ni siquiera puedo pensar en eso sin cansarme.

Me gustaría hablar con Tony Lafont, preguntarle por su trabajo, por

qué se le dio por sacar instantáneas. Le pediría una opinión sobre mis búhos, tú qué piensas, Tony. Tal vez esas fotos sean como mis búhos aunque quizás no traigan buena suerte. A mí por ejemplo no me la han traído. La malabarista me dio la instantánea del cangrejo y ahora estoy aquí con ganas de cagar y con hambre. Eso no es buena suerte. Me iba mejor cuando dormía en el parque o la muralla o incluso cuando cantaba en los buses. También contaba chistes. Tenía ganas de contarlos. Les decía a los pasajeros: voy a contarles un chiste al revés. Ríanse primero. Y algunos se reían, otros no entendían. Hay gente muy bruta, gente estudiada además, como el calvo que encontré en la playa. Pero si esta churria me hubiera dado en la calle tal vez ahora estaría preso por actos contra la moral en vía pública. Unas cosas por otras. Y en el balance está Karen. Cuando me levante de este colchón le voy a hacer un collar con cuentas de vidrio. Nunca le he regalado nada, ni siquiera un búho. Soy un desagradecido de mierda. Ella me lo dijo. Debo cambiar.

Ahora quisiera un vaso de agua pero Karen no está. Tal vez tenga que levantarme, llegar al patio de los almendros y sacar un poco de agua del tanque que Charlie llena en las mañanas. El tanque está más oxidado por dentro que por fuera y esa es el agua que yo tomo. Es cierto que Nancy la hierve pero Charlie me dice que esa agua del tanque es más nutritiva porque contiene hierro, sales y minerales. Ese es Charlie. Y después de decirlo comienza a reír. Y a toser.

A lo mejor haya algo que deba aprender aquí. Eso lo hubiera dicho el monje francés pero Tony no le creería. Y yo tampoco. Ya aprendí algo de todas maneras: no debo vender billeteras acuáticas. Quizás me vuelva cochero como el Blaki y entonces compruebe que mi verdadera vida está en los búhos de la buena suerte. Lo que nunca quisiera ser es albañil. ¿Qué haría yo con un ladrillo? Dentro de poco, este hotel se llenará de albañiles y hombres con casco amarillo. Vinieron un día y hablaron con Charlie y dijeron que después de los carnavales empezarían a tumbar el hotel. Pero Charlie cree que después de las fiestas se mete Navidad y aquí la gente no trabaja. Tal vez nos quedemos hasta el otro año. Además, no nos podemos ir si Tony Lafont no nos saca las últimas fotos. Tony Lafont, el fotógrafo, el hombre de la cámara mágica. Y esto es lo que escribe en el cuaderno.

Pregunta: ¿Puede hacer Dios una piedra que ni él mismo sea capaz de mover? Respuesta 1: Dios es poderoso pero no omnipotente, se la pasa jugando ajedrez con el diablo sin poder ganarle. El desempate se juega con cada uno de nosotros. Respuesta 2: las trampas del lenguaje humano son incompatibles con la divinidad. Entonces, la primera pregunta carece de sentido.

¿A quién le habrá escuchado Tony Lafont todas esas cosas, dónde las habrá aprendido? Tal vez el doctor Alandete o el gringo Bobby Wobst le dañaron el cerebro. ¿O la marihuana?

—Yo nunca vi fumar marihuana a Tony, ni siquiera cigarrillos, eso te lo aseguro, pero el día de la fiesta sí se tomó unos tragos.

Esas fueron palabras de Charlie.

Estaba fumando sus calillas cuando lo dijo y Nancy le dijo que le iba a comprar un jarabe para la tos. Fue la misma noche cuando yo leí ese capítulo, Lo que me hace falta. Le pedí un trago de ron a Charlie. Era el último que quedaba en la botella pero igual Charlie me dijo que me lo bebiera yo.

—La gente cree que yo soy alcohólico pero si lo fuera no te hubiera regalado ese trago, ¿es o no es?

No es, le dije, y cuando terminé de leer se levantó de su mecedor y se fue a dormir.

El cuaderno también tiene frases sueltas, escritas de manera vertical en los bordes. “El fenómeno que todavía carece de explicación científica no necesariamente es sobrenatural”. O esta otra que yo también he ido comprobando: “Nada me preocupa tanto como verificar que la habitación de las cuatro de la tarde no es la misma que la de las cuatro y media, ni siquiera la de las cuatro y diez. Tal vez todo mi álbum deba desembocar en una sola foto”.

Y es cierto.

La luz cambia y el mar no. Discutible como todo pero esa es mi creencia. El mar siempre es el mar. Un animal, escribió Tony Lafont. Invertebrado, agrego yo. La luna y el mar se entienden,

están hechos el uno para el otro. Pero el mar y el sol son otra cosa. No es que sean como Dios y el diablo porque estos tal vez sean la misma persona, dos caras de una misma moneda. Sello es Dios; cara es el diablo. Todo depende de cómo caiga la moneda. Mar y sol. Mar y bel. Y si al mar le diera por suicidarse, ¿dónde se arrojaría?

Ahora empieza a soplar esa brisita de las tardes que trae el olor de las algas podridas y levanta arena por montones hasta cubrir los andenes de la avenida. ¿No has estado nunca en una tormenta de arena?, me preguntó Charlie. Y negué con la cabeza. Y Charlie siguió: yo tampoco pero en enero el viento levanta tanta tierra que la gente no puede caminar, la arena se mete en los ojos y entonces uno tiene que caminar de espaldas. Eso pasaba antes pero ya casi no sucede porque la arena de la playa se ha ido acabando. Y el viento tampoco sopla como antes.

Eso fue lo que dijo Charlie sobre esta brisa que siendo igual no es la misma, porque siendo de hoy es más fresca que la de ayer. Es bueno que perfume un poco el baño de la recepción. Siento las hilachas de ese viento y veo otra claridad, otras sombras, otras grietas, otras figuras en las paredes. Las habitaciones se iluminan y oscurecen. Una se ilumina y otra se oscurece. Hay sombras que crecen, manchas de sol, reflejos de agua que se mueven en los muros. Creo que Tony Lafont sabe de lo que habla.

Quizás la malabarista esté enamorada de Tony Lafont y por eso se fue a buscarlo. Uno nunca entiende a las mujeres. Pero es como si yo le preguntara a Karen por qué está conmigo. No, no es lo mismo. La malabarista no necesita del fotógrafo, en cambio Karen sí necesita un marido. Y se lo merece, con esa risa gorda que se gasta. Ya lo he dicho y tal vez Tony debió escribirlo en su cuaderno: las mujeres gordas se ríen más sabroso que las flacas. La malabarista es flaca y tiene los dientes amarillos de tanto fumar cigarrillo. No tan amarillos como los míos que ya son casi negros, y pronto ya no serán ni siquiera dientes. ¿Cuándo fue la última vez que me lavé la jeta con cepillo y pasta dental? Hoy no me he bañado. Y debo oler a moho.

A mico.

Tal vez deba cortarme el pelo.

Una araña empieza a tejer su red en la esquina del techo. Las telarañas también se le escaparon a Tony Lafont. Y las lagartijas que ahora devoran insectos en las paredes de este cuarto. Y pienso en esas ratas de alcantarilla que a veces asoman la cabeza en el sanitario. Una vez Charlie le alquiló una pieza del segundo piso a un hombre que venía con una negra cuarto bate, bien culona, y la muchacha salió encuera al patio de los almendros porque una rata la estaba mirando desde el fondo del inodoro. Y Charlie tuvo que sacar la rata con un gancho de ropa y un palo, y luego se la entregó a los gatos para que jugaran con ella. Al hombre se le dañó el polvo, remató Charlie y yo le pregunté cuándo había sido eso y él no me respondió.

No he leído nada en voz alta pero tengo la garganta reseca, escarapelada. Ojalá alguien se asomara a esta puerta y me trajera una botella de agua. Si me levanto me dan ganas de vomitar y algo se me revuelve en el estómago. No puedo saber qué es, tal vez sean los pedacitos de ñame deshecho en la sopa, o la serpiente enroscada, de esas que llaman solitarias. He sentido ganas de comer una fruta o uno de esos guineos que le trae la palenquera a Charlie. La serpiente me está pidiendo comida en la boca de mi estómago.

Sueño y gotas de lluvia. Allá afuera sobre los almendros. Unas cuantas gotas cuando el sol empieza a caer. Quiero salir y encontrarme con una tormenta, como aquella vez, las nubes oscurecidas y los rayos rasgando el cielo encapotado. Sentir la electricidad en el ambiente y sobrecogerme con las olas negras que arrastran maderos viejos. Quiero salir pero creo que me gusta estar acostado. Cuando el techo desaparece y las grietas se oscurecen ya no tengo en qué pensar. Tampoco puedo leer el cuaderno de Tony Lafont. Lo último que leí fueron unas cifras, esa es la parte que menos me gusta de este cuaderno. Son números escritos en los márgenes. Si Tony viniera se lo diría y él estaría de acuerdo conmigo. Pero también le diría: no me tomes la foto ahora, tal vez mañana en el patio de los almendros. No quiero aparecer como un cadáver ambulante. Y él respondería: no eres tú quien lo decide sino yo. Y dispararía su máquina fotográfica.

Karen está por llegar. La estoy esperando como se espera a un mesías. Esta mañana dijo que a cada persona que le hiciera un

masaje le iba a vender una billetera acuática. Salió con ese bolso que me había entregado Familia. Seguramente las venderá todas. Y le entregará su parte a Familia. Ese negro perfumado es buena gente y muy cumplido con el bastimento y la carne de los sancochos que Nancy prepara los sábados. Pero no voy a volver a trabajar con él, que se jodan todos. Lo que quiero es que Karen me traiga una botella de agua.

Me voy a levantar porque no aguanto más esta garganta reseca, tierra sin agua, llena de ardentía. Hasta los gatos tienen agua en los platicos que Nancy les llena. Pero si salgo al patio y me mojo con algunas gotas tal vez vuelva a coger la fiebre. Esperaré un rato más, sólo un rato más. ¿Y si Karen no vuelve?

Dentro de un rato Charlie vendrá por las instantáneas y por el cuaderno de Tony Lafont. Hará lo mismo de todas las noches: sacará la bolsa plástica del supermercado y comenzará a hablar de esa instantánea y de todas las cosas que hacía o decía ese fotógrafo. Una vez un inquilino le preguntó si los hombres del casco amarillo habían regresado y Charlie le mentó la madre. Ni siquiera los nombra, no le preocupan. Otra tarde le pregunté qué iba a hacer cuando tumbaran el hotel y me dijo que ese día no podía llegar todavía porque Tony Lafont iba regresar antes. A Charlie le gusta pensar que el Blaki y la malabarista lo traen en el coche y todos los inquilinos le hacen preguntas. Hasta Centella, el caballo del Blaki, le hace preguntas: ¿Dónde has estado, Tony? ¿Te casaste? ¿Cabalgaste una buena yegua? ¿Qué hiciste en New York? ¿Es cierto que te encontraste con Maribel Delgado?

Y él no respondería, sólo le sacaría las fotos a cada uno de los huéspedes. Tal vez yo no estaré allí porque Karen y Nancy me dirán: es mejor que te quedes en la pieza porque el sereno de la noche te hace daño. Entonces les diré que sí, tienen razón, y a la mañana siguiente me despertaré preguntando por el fotógrafo. Charlie me dirá que Tony Lafont se ha ido, nos tomó la foto y se fue. ¿Y la malabarista? También se fue. Y yo que quería irme tras ella.

Ese es el alimento de mi espíritu, pensamientos que van y vienen como si resbalaran por mi cabeza. Vaivenes. Esa palabra me gusta porque se parece a mí. Lo digo porque hace poco leí esa parte del

cuaderno donde Tony copia las palabras que más le gustan. También menciona anjeo, lámpara, paladar y disolvencia. ¿Qué otras palabras me gustan a mí? Tendré que pensar en eso. Delirio y tambor me gustan menos que vaivenes. Pero tal vez todo dependa de la situación. Ahora me gustaría sosiego. O sombra.

Oigo la voz de Karen que se acerca y me hago el dormido. Si me ve repuesto, mañana me manda a trabajar. Es mejor quedarme aquí otro día, hasta que la mierda salga endurecida. No puedo trabajar con esta cagalera. Un servicio de baño en el centro vale quinientos pesos y con la ropa que tengo tal vez ni me lo presten. Karen. Karen. Se oye su risa gorda en el patio de los almendros.

¿Dónde está el cagón?, viene diciendo por el pasillo, riéndose de mí. Cuando abro los ojos ella aparece con una botella de jugo amarillo en la mano, me toca la frente, me dice que todavía tengo fiebre y me soba la cabeza. Karen. Karen. Una gorda fea que me quiere. Eso también es mala suerte.

Me fue a buscar a la habitación 109, nueve más uno igual diez, igual uno, dijo Tony, y esperó un rato sentado en la cama mientras terminaba de vestirme, un vestido azul rey hasta la rodilla, lo recuerdo bien porque me gustaba, y sandalias de colores, entre ellos el mismo azul rey del vestido, pelo suelto, me acababa de bañar y ya no lo tenía tan reseco porque la sueca me había prestado un poco de champú Johnson¹s para niños, tamaño económico, sólo quedaba medio dedito, y me gustó bañarme a esa hora y ver lagartijas en el techo del baño, afuera el viento mecía las hojas de los almendros y también llegaba el sonido de la orquesta, y salí con Tony, agarrados de la mano, e hice mi entrada triunfal, diez y media de la noche, y Terry Bolaños no acababa de terminar la canción cuando dijo con su enronquecida voz, pegado al micrófono que a veces chillaba, un saludo especial para el hombre de la cámara mágica, míster Tony Lafont, y su hermosa compañía, vaya caballero, muchas gracias, y sí, me gustó que lo saludaran porque yo estaba con él, su hermosa compañía, esa parte se ha olvidado, porque ahora Charlie sólo recuerda, el hombre de la cámara mágica, muchas gracias, y olvida que su padrastro también dijo y su hermosa compañía, que venía a ser yo, mejor dicho, la que era, y a Tony lo aplaudieron esa noche pero muchos huéspedes se echaron a reír, y algunos lo aplaudían sin dejar de reírse, y aun así Tony saludó a unos cuantos y mientras él me soltaba la mano, ya empezaba a hacerlo, y se iba a la barra por dos tragos con limón, hielo y unas hojitas de albahaca, yo busqué la mesa donde estaban la sueca Christina Larsson y Lascario Valverde y otros dos huéspedes que ya no recuerdo, y me senté al lado de ellos, de espaldas a la ventana por donde entraba esa brisa perfumada que venía del mar y traía el olor de la madera mojada, aromando mi cuello, y la sueca me preguntaba si me había alcanzado el champú y yo le dije que sí, y entonces la orquesta empezó a tocar un tema y luego otro, medio desafinados, o eso me pareció, y por último se vino con ese merengue dominicano, a lo oscuro metí la mano, a lo oscuro metí los pies, y fue cuando Lascario le dijo a la sueca que bailaran y Christina Larsson, vestida de blanco hasta los tenis, dijo que sí, pero ella no podía seguir sus pasos y comenzó a mirar cómo era que Lascario se movía, tratando de descifrar el ritmo, daba risa, un poco de risa, mucha risa, pobre sueca tan tiesa, y Tony que estaba en la barra de madera esperando los tragos se descolgó su

cámara Polaroid y desde allí les tomó la foto que se reveló de inmediato, o casi de inmediato, un fogonazo que todavía recuerdo, instantánea número tal, dijo Tony cuando regresó a la mesa, contemplando la foto, una de las obras maestras de Tony Lafont, la sueca mira los pies de Lascario Valverde y este sonríe mirando la orquesta, sonrisita de encarte, eso se nota, la foto ya estaba tomada y yo había estado allí, no era que me importara la foto sino el recuerdo de la foto, no iba a olvidarme de cómo Tony se había descolgado la cámara, sacando el cordón por encima de su cabeza, situándose a menos de un metro, y desde allí disparó y reveló la instantánea frotándola sobre su camisa azul, no sé por qué le pedí que me la regalara pero él dijo, es una obra maestra, tiene que estar en el álbum, y lo que hizo fue regalarme el inserto tres, arena de playa sobre el vientre de Claudia Soraya Rico, cruzado por una luz, pero no era que recordara ese instante, sentada en una de las mecedoras, tenía los ojos cerrados y había regresado de la playa, recordaba cómo, con el agua al cuello, de espaldas al hotel pero tocando fondo, me había acaballado sobre él y no quería otra instantánea sino esa, abrazada a Tony Lafont, pero ese inserto tres fue la foto que me regaló, tal vez la iba a recordar después, pero la verdad no tuve tiempo de recogerla, ni siquiera pude organizar mi maleta negra, todo sucedió muy rápido la noche de la fiesta, yo me tomé mi primer trago por la sed y por el hielo, y al rato el mismo Terry Bolaños dijo que iba a cantar un tema inolvidable, un tema, señoras y señores, que le gustó a Marlon Brando hace muchos años, cuando tuvimos el placer de conocernos, y que lo escuchó una noche en el bar La Escollera de Bocagrande, y muchos huéspedes creían que Terry los estaba engañando, y enseguida anunció el singular bolero de Isolina Carrillo, Dos gardenias para ti, se me grabó el nombre de la compositora porque Tony me dijo que era el único bolero compuesto por esa cubana, y por eso Terry Bolaños decía, medio en serio y medio en broma, eso del singular bolero, valga la aclaración, y Tony vino hacia mí y me dijo que bailáramos pero no se despojó de su cámara mágica, sólo se la echó a un lado y la máquina se le corría y me golpeaba la cintura, y Tony apenas se movía y a veces susurraba pero si un atardecer las gardenias de mi amor se mueren, pero eso no fue lo único que bailamos, se notaba que teníamos nuestro cuento o por lo menos algo parecido, porque yo me iba el lunes siguiente y sabía que no lo volvería a ver, de eso estaba segura, tal vez le escribiría una o dos veces y después dejaría

de hacerlo, y quizás en un año o dos volveríamos a vernos, quién sabe, hola, Tony, cómo estás, qué pasó con tu máquina Polaroid, no la llevaría colgada y tal vez él me diría que ahora tenía una Canon profesional, y otra vez volvimos a bailar, me gustaba ese olor de Tony cerca de mí, frotarme contra su mejilla y aceptar las cosquillas de sus pelitos, y cerrábamos los ojos él y yo, aunque casi nadie nos miraba, y Charlie Lozada haciendo de barman nos regaló un par de tragos y luego alguien llamó a Tony y le dijo, ey Tony, tómanos una foto, y Tony se las tomó y se las cobró pero el huésped que lo había llamado no quiso pagar y nos invitaron a la mesa y nos sentamos con ellos a tomarnos otro par de tragos, y anunciaron que iban a hacer una fogata en la playa, nunca supe si la hicieron o si encendieron el fuego con madera húmeda, porque hacia la madrugada la sala fue quedando vacía y ni siquiera recuerdo cuándo, a qué hora los músicos dejaron de tocar y tampoco en qué momento abandonamos el bar-restaurante y empezamos a caminar por la playa en grupos dispersos, Tony y yo cerca de las viejas canoas volcadas sobre la arena, Tony con ganas de coronarme y yo todavía con las sandalias en la mano sintiendo las olas en los pies y Tony con su cámara colgada del cuello y fue cuando le dije que quería bañarme desnuda en el mar y no esperé su respuesta y me fui quitando el vestido azul rey que tanto me gustaba y lo dejé en las piedras debajo de mis sandalias, la brisa no iba a llevárselo, y le quité la cámara a Tony y él la envolvió en su camisa pero después la sacó y dijo que quería tomarme una foto, una última instantánea desnuda en la oscuridad de la playa pero yo no quise, le dije que no jodiera más, que no tenía una foto de mi cara y era mejor así, y dejamos la ropa sobre las piedras, luego nos besamos de pie, sentí la punta de su verga levantada, y yo me metí al agua mirando los montoncitos de ropa, otra vez con el agua al cuello y pensando que al día siguiente no tendría un champú para lavarme el pelo pero ahora no me importaba porque más que estar acaballada sobre Tony lo que quería era nadar, nadar mar adentro en la oscuridad, perdérmele a Tony como si jugáramos a las escondidas detrás de la piedras, sin importar que Tony primero dijera Claudia y luego ¿Claudia Soraya?, y yo a veces le contestaba pero cuando él empezó a decir claudiaaaa, claudiasorayaaaa, ya no quise contestarle, o no podía, me dejaba ir mar adentro mecida por las olas, bocarriba, mirando estrellas a través del agua y lejos, muy lejos, en la otra orilla, su voz seguía llamándome.

Tony creía que este hotel era infinito, no tenía principio ni fin, siempre iba a estar aquí, frente al mar, en este lado de la avenida, descascarado por el sol, oloroso a salitre y moho, a ropa guardada sin naftalina, siempre aquí, resistente como un boxeador japonés al que le dan y le dan pero no se cae, tambaleante pero siempre en pie, y yo también creía lo mismo porque llegué a pensar que si lo decía Tony Lafont debía ser cierto.

Mucho antes de que él empezara a tomar las fotos, cuando todavía jugábamos el béisbol de la bolita de caucho, nos metimos por separado a contar las habitaciones pero nunca nos pusimos de acuerdo, él decía un número y yo otro pero al final sólo estábamos seguros de los dos apartamentos del tercer piso, porque la habitación de don Gaspar Tricot no tenía número. Les digo que todavía hoy no se pueden contar las habitaciones, tú las empiezas a contar y siempre se te pierde la cuenta, Tony me lo decía, Charlie, son infinitas, y era verdad porque en temporadas altas muchas piezas se subdividían con delgadas láminas de madera para poder alojar más huéspedes, algo así como biombos japoneses, sólo que más rústicos y resistentes al gorgojo, y las habitaciones se multiplicaban, sobre todo las del segundo piso, y a veces tanto don Gaspar como el doctor Alandete se mudaban para una habitación del primer piso, con tal de dejarles la suite a familias completas que venían del interior.

Esto parecía una feria de pueblo. A doña Carmen, mi madre, que en paz descanse, le costaba trabajo llevar el registro de las habitaciones, no entendía muy bien los apellidos porque venían manadas de gringos, franceses y canadienses, turistas barrigones y grasosos, excursiones de seminaristas antioqueños, maricas la mayoría, y colegialas bogotanas que se bronceaban y pantalleaban con sus bikinis y sus nalguitas blancas y fofas, viejas arrugadas con sus toallas colgadas, sus vestidos claritos y sus chancletas de caucho.

En los libros del hotel se registraban cada uno de los viajeros nacionales y extranjeros. Yo me encargué de esos libros, desde la muerte de mi madre, ella todavía recordaba las puertas de anjeo que se cerraban en cada habitación para impedir el paso de los zancudos pero el anjeo se rompía o se desprendía de los marcos de

madera y a don Gaspar no le pareció bien reemplazarlo. Entonces los huéspedes del primer piso dormían con la puerta abierta porque, encerrados, no soportaban el fogaje de las dos de la tarde, y mucho menos cuando se iba la luz, que era casi todos los días en las horas de mayor calor.

Tony y yo estábamos sentados aquí, bajo la sombra de los almendros, recordando esos tiempos y él ya me había devuelto esta misma bolsa con las instantáneas y le dije que las contáramos para saber cuántas iban y cuántas nos hacían falta y él me dijo que no era necesario porque las fotografías ya eran infinitas, eternas como este hotel. Así fue como empezó la conversación aquella noche, antes de que Tony desapareciera, con su máquina Polaroid colgada del cuello. Y entonces me dijo que también iba a dejarme su bitácora porque ya no escribiría una sola palabra más en ella, aunque quizás me enviaría algunas cartas desde New York y yo debía guardarlas junto a otras instantáneas que él sacaría cuando estuviera en la ciudad de los rascacielos. Hacía mucho calor a esa hora y yo le dije a Tony que no recordaba haber sudado antes en este patio. Ninguna de las hojas de estos almendros se movía y tampoco se sentían los huéspedes, porque no eran muchos, casi todos viejos jubilados que no hacían alboroto. Tampoco era que hubiera jugadores de dominó o gringas leyendo cerca de la mesa de cemento. No me pregunten por la luna ni por las mareas porque yo estaba echándome fresco con un abanico de palma. Esa noche hablamos de todo y de nada, como siempre, y al principio nos acompañaba el doctor Alandete con su tabaco que espantaba los mosquitos, y el doctor dijo que viajar era bueno, la frase exacta fue viajar en el peor de los casos es un progreso y el norte es el norte, eso no se puede discutir, es el lugar del adelanto, pero siempre hay que regresar al punto de partida para volver a empezar. El médico habló un poco de sus estudios de medicina en Francia y de cómo conoció a la madame, apagó su tabaco y, sin dar buenas noches, como se acostumbra por aquí, se retiró a su apartamento y lo último que dijo antes de levantarse del mecedor fue que la vida daba muchas vueltas, la vida da muchas vueltas, muchachos, esa es una frase que Tony debió anotar en su cuaderno pero nunca la escribió.

Era ya pasada la medianoche y Tony me dijo que debía confiarme un secreto, y yo pensé que iba a decirme cómo se había ahogado la

muchacha, si acaso fue verdad que él la soltó y no hizo nada por ella, porque eso era lo que decían en el barrio, como si la culpa hubiera sido de mi amigo Tony Lafont, y yo sabía que no era así, porque después de la fiesta los dos se metieron al mar medio entonados, una falta de respeto con el mar, porque el mar es un animal como la tierra, él mismo lo había dicho, el mar no siempre es el mar, una cosa es el mar de día y otra cosa es en la madrugada, y otra más distinta todavía es el mar en la oscuridad, y otra es cuando hay luna llena y las mareas comienzan a subir, yo que fui salvavidas sé de lo que estoy hablando, y la verdad era que a Tony no le gustaba el mar sino la playa, son dos cosas aparte por muy unidas que estén, pero cuando el malecón dejó de existir nos tirábamos al agua y apostábamos carreras entre un espolón y otro, yo siempre le ganaba, y nos metíamos mar adentro con un neumático lleno de parches. Después de la muerte de la muchacha, Tony andaba bajo de nota, como achantado, y se le veía vagar solo por la playa hasta altas horas de la noche. Nunca le quiso dar la cara a los padres de la muchacha que vinieron al día siguiente y se llevaron la maletica con la ropa y las instantáneas que Tony le había regalado. Compadre, yo le digo algo para que lo tenga presente, no hay nada peor que cargar con las cosas de un muerto, nunca sabes qué hacer con ellas, dónde ponerlas y, claro, por respeto al difunto uno no puede tirarlas, hay que tomarse un tiempo para que uno empiece a botarlas o a regalarlas.

Pero Tony y yo no hablamos de eso, lo que me contó fue algo así como un sueño que había tenido la misma noche que se ahogó la muchacha, la misma noche que mi padrastro Terry Bolaños lo llamó el hombre de la cámara mágica, aunque en verdad no estaba seguro de haberlo soñado, a lo mejor lo había escuchado de los propios labios de la muchacha, cuando estaban caminando por la playa, antes de que el mar se la llevara. Y Tony, sin mirarme, porque siempre hablaba mirando a otro lado, casi siempre bajando la cabeza, dijo que debajo de este hotel existía otro hotel igual a este pero volteado al revés, como quien dice un hotel invertido donde moraban los viajeros que ya habían muerto y que, aunque lo desearan, nunca podrían ser fotografiados por Tony Lafont. Eso era lo que ella le estaba diciendo y en el sueño él se entristeció por eso pero algún día, me dijo, iba a sacar la instantánea de un fantasma y cuando terminara de tomar las tres mil seiscientas cincuenta y dos

fotografías, se dedicaría a perseguir fantasmas con su máquina Polaroid, esa sería su próxima tarea. Yo me le eché a reír de frente, solté la carcajada de una, no como aquella vez, la primera, cuando me dijo que iba a demorar diez años sacándoles instantáneas a los huéspedes de este hotel. Esa noche él también se rio conmigo y después aseguró que no iba a durar mucho tiempo en New York, y aunque nadie supiera de sus pasos, tarde o temprano regresaría a sacar las últimas instantáneas de este hotel, eso era algo que tenía claro en su cabeza. Por eso yo nunca he perdido la esperanza de que Tony regrese, con su máquina colgada del cuello. Y, ténganlo por seguro, cuando eso suceda nos va a sacar una foto a cada uno de nosotros.

Al día siguiente vi un avión que surcaba los cielos y pensé que allí viajaba mi amigo Tony Lafont, rumbo a la isla de los rascacielos, residencia de Bobby Wobst, el condado de Manhattan, donde perro come perro y por un peso te matan, como dice la canción de Henry Fiol. Y en este hotel la vida siguió igual, o casi igual, mejor dicho, menos igual que antes y eso era porque faltaba Tony Lafont.

Como a los tres meses, Tony me envió una carta con las fotos de trece huéspedes que habían pasado por aquí y me pidió que verificara en los libros de registro si era verdad que el hotel los había albergado en las fechas que él indicaba, pero lo primero que hice fue mostrarle las fotos a don Gaspar Tricot, y él se encogió de hombros. Eran fotos de cara entera, lo que Tito Álvarez llamaba el primer plano. Me fui a buscar los libros de registro que eran como siete, bien pesados y gordos, escritos con tinta negra y azul de lapicero barato, y encontré anotados los nombres de los huéspedes que Tony había fotografiado y que habían pasado por aquí entre los años 68 y 71. Y me quedé esperando otras cartas y otras instantáneas y a veces revisaba los libros de registro y recordaba a algún huésped que debía estar en el álbum de Tony Lafont, alguna mujer, alguien que se sentó conmigo en este patio de los almendros.

Pero esas fueron las únicas instantáneas y la única carta que recibí porque a Tony Lafont no se le volvió a ver ni el forro, con decirles que ni siquiera vino al entierro de la mamá. Cada vez que yo veía a la doctora Susana, que en ese momento no lo era porque apenas estaba estudiando Derecho, le preguntaba qué había sabido de su

hermano y ella me respondía que estaba viviendo en New York con la hija de un fotógrafo famoso, de los que publicaban fotos en la revista Life, nada menos, y ella no sabía cuándo iba a regresar. Cuando se convirtió en la doctora Susana Lafont, abogada titulada, dejó de venir por aquí. Se mudó a otro barrio, Manga o Pie de la Popa, y como yo no acostumbraba a salir de este hotel nunca me la encontraba.

Con el tiempo, muchos huéspedes que habían sido fotografiados me traían noticias de Tony Lafont y hasta yo mismo recibí una postal enviada desde París por un muchacho de apellido Chaparro, Silvano Chaparro, que había visitado la tumba de un cantante de rock en un cementerio de esa ciudad. Y otros turistas me decían: vi a Tony Lafont en Barcelona caminando con Maribel Delgado; sigue en New York pero ya no toma fotos sino que lava platos en un restaurante de Queens; su amigo Bobby Wobst murió en un accidente de motocicleta.

Y yo, Charlie Lozada, el recepcionista, podía aceptar que el gringo se muriera en una moto pero no que el hombre de la cámara mágica estuviera en esas, un artista de su talla, reconocido en Manhattan, nada menos. Los turistas me decían cualquier cosa y como para sondearlos les preguntaba si Tony tenía la máquina Polaroid colgada del cuello y cuando respondían que no, entonces no les creía.

Hace dos años apareció por aquí Tito Álvarez, encanecido y más delgado, con su camisa manga larga abotonada hasta el cuello, ya sin hablar de su película, y sin que yo se lo preguntara me contó que Tony Lafont estaba en Barranquilla, cuidando carros, en un parqueadero de Súper Tiendas Olímpica, cerca de la calle 72. Y aunque el Tito nunca fue un potentado siempre le soltaba a Tony algún billete para el almuerzo. Todavía, dijo, tiene la vieja máquina Polaroid colgada del cuello pero ya no le sirve para tomar fotos.

Vaso de agua 1: Sobre la mesa de noche descansa el vaso de agua casi lleno. Pequeñas burbujas reposan en su interior y a las cuatro y media de la tarde la luz del sol hace destellar sobre el vidrio diminutos reflejos tornasolados. El rayo que se cuela a través de las rendijas de la ventana ilumina partículas de polvo en el aire de la habitación y algunas de ellas, invisibles, caen

sobre el vaso y su borde. Es un placer para mis ojos ver el polvo danzar en el aire. Un reflejo de agua cautiva se dibuja en la pared, encima de la mesa, como un pequeño teatro de sombra líquida. Luego desaparece, el sol abandona el vidrio y sus últimos rayos se posan sobre la cama. Cuando acabo de fijar el vaso en la instantánea, la habitación se va oscureciendo pero hilos de luz sobreviven en la ventana. Al tacto, el vidrio del vaso se ha vuelto cálido.

Vaso de agua 2: Sobre la superficie líquida y redonda ha caído una abeja. No es la tarde sino la reciente mañana que se ha abierto paso para iluminar una breve muerte que más que conmoverme me limito a convertir en estampa. Desde arriba, perpendicular mi mirada, observo las alas de la abeja, doncella invertebrada. Desde el nivel del agua cuyo volumen parece haber aumentado, las patitas del insecto se agigantan, inofensivas y casi rígidas. Por dónde entró esta abeja es algo que no puedo explicarme, tal vez ayer reposaba en alguna esquina de esta habitación o en la noche buscó una luz inexistente o el líquido que sería su trampa. El vidrio parece ignorar que se ha convertido en acristalado sepulcro. Afuera hay nubes y claridades que estallan y yo sigo mirando el cadáver en el agua.

Mesa de noche de don Gaspar Tricot: La habitación no tiene números en la puerta, como si el dueño del hotel quisiera marcar una matemática diferencia. Encima del restaurante, subiendo por una escalera de caracol, es un espacio amplio e iluminado, con sillones, poltronas, una mesita de comedor con tres sillas, una pequeña biblioteca de madera, un clóset empotrado en la pared, una mesa de noche y una cama doble sin tender. Acostado allí, don Gaspar puede ver el mar a través del pequeño balcón. Pero don Gaspar no está y ha encargado a Terry Bolaños que conjure el delgado hilillo de agua escapado del lavamanos del baño. Don Gaspar no puede dormir por las noches debido al sonido de la gotera. Mientras Terry trabaja, aprovecho para fotografiar esta pequeña biblioteca con libros en francés, inglés y alemán, algunos apilados sin orden ni concierto. Sobre la mesa de noche, un libro llamado The Hidden Dimension cuyo autor es Edward T. Hall, y una

lámpara acampanada.

Naturalezas muertas: Cabeza de pescado, abandonada por un gato perezoso y recién almorzado en el patio de los almendros.

Vómito de gato: Sobre el patio de los almendros, el gato ha dejado una sustancia ocre, condimentada con pelos y bolitas de carne negra. Me descubro demasiado higiénico, asquiento, tal vez pudoroso.

Palabra encontrada: Sinestesia, un poco más abajo de Sinécdoque.

El Filólogo: Rostro afilado y ojos de roedor, cegatón y pelirrojo, gafufo, pecho de paloma y casi raquítico, se presenta a sí mismo como lingüista pero el doctor Alandete lo ha apodado El Filólogo. Bogotano gramatical, buena gente, admirador de Rufino José Cuervo, estudiante de la Universidad Nacional, ha terminado una tesis sobre paremiología: una compilación de refranes y dichos populares equivalentes en inglés, francés y castellano. Para distraerse, ahora colecciona términos y expresiones del Caribe y los va anotando en una libreta. Su primera lista incluye: anafe, aguaita, ajá, algareteado, batuquear, barrejobo, bololó, bolillazo, berroche, bajarse, bofe, bolinchar, bonche, cucayo, cachucha, celelele, ciririí, camisola, camaján, carajito, colla, caracucha, contimás, catabre, cipotudo, cabuya, culebra, cubeta, cojonal, chalupa, chécheres, choncho, chucha, desvirolado, despintarse, erda, eche, espernancado, ensainado, enculebrado (me explica que la última d se puede clasificar de acuerdo con el hablante como intervocálica o elidida), emputado, esmierdado, escorrentía, fartedad, floripondio, fregantina, gaznatada, guayabo, gargajo, guineo, garabato, guartinaja, itifálico, hablamierda, jopérico, jeva, jopo, jopo zurdo, jodedera, mamonudo, morisquetero, muenda, martillar, malamaña, merequetengue, mondá, muñequera, matarratón, nojoda, ni todavía, ñoña, ñato, ñengue, ñeque, malanga, pajizo, pingarria, pechichón, pereque, perendengue, piconazo, pretil, pipón, pernicie, perrenque, pinta, pringado, ripiar, requeté muchísimo, resolana, repelente, templar, taburete, tramojazo, tarulla, turulato, tropezón, trola, tinajero, verdín, verguero, zafacón,

zingar y ziritongo. “Tengo que depurar esta lista y precisar significados”, dice con sincera modestia. El Filólogo es un hombre silencioso al que sólo le gusta escuchar. Hay gente para todo, me dice Terry Bolaños.

Mariamulata: Pájaro negro que ha venido a posarse sobre una rama del almendro. Memoria de algún esclavo. Fotografiarlas es casi imposible. Debo acercarme más.

Proyecto: Realizar una serie de instantáneas hoteleras que imiten como de refilón algunos cuadros de la pintura occidental. Por ejemplo: La familia real de Goya, Los borrachos de Velázquez, Los jugadores de cartas de Cézanne, El alegre bebedor de Franz Hals, La anunciación de Dante Gabriel Rossetti, El Circo de Seurat, Almuerzo campestre de Manet, una que otra odalisca o alguna maja desnuda (fácil). Deben descartarse Las meninas, El nacimiento de la primavera y acaso El matrimonio de los Arnolfini, aunque en este último caso un espejo podría ayudarme. Pero si reviso las instantáneas encuentro, por ejemplo, que las cocineras del hotel (Foto 33) remiten a un cuadro de Veermer; el dedo levantado de Michel, el monje monje zen, recuerda al San Juan Bautista de Leonardo da Vinci; los cabellos al viento de Maribel Delgado reproducen, de manera aproximada pero evidente, un olvidado cuadro del aduanero Rousseau. No necesito reflexionar para aproximarme a lo que deseo.

En la palangana: siete gajos de platanitos, cuatro papayas, seis mangos maduros y rojos, dos mangos biches, cuatro aguacates, tres bolsas de ciruelas. Al lado de la palangana un trapo enrollado.

Palangana en la cabeza de la palenquera: Sobre la cabeza de la mujer, el trapo; y sobre el trapo la palangana anterior, menos un mango rojo que acaba de comprar Valerie, la francesita.

Aclaración del Filólogo: El trapo que lleva la palenquera se llama rodete.

Foto 16: Nico Camargo es un muchacho colorado, flaco y tímido, con la cara llena de granos y furúnculos. A veces le

gusta arrancarse las cascarillas del acné, las acomoda en los brazos del mecedor y las lanza al aire con uno de sus dedos. Tiene el cabello rojizo y en algún momento de su infancia lo llamaron Candelilla, apodo que desapareció en los años de adolescencia, quizás porque el muchacho resultó demasiado apagado o tal vez porque ya en la adolescencia se insinuaba una temprana alopecia. La madre es maestra de escuela primaria y vive a dos cuadras del hotel, en una de las casas cuyos patios fueron cercenados para dar paso a la Avenida Santander. El municipio no le reconoció un solo peso por el despojo de parte de su propiedad y ella afirma que ese dinero lo hubiera podido invertir en la educación de su hijo. La mujer tiene los ojos pequeños y los labios delgados, a veces pintados de un rojo carmesí e incongruente. Se amarra el pelo en forma de cola de caballo y su rostro adquiere rasgos afilados como de pájaro nocturno. Nico es el hijo en el que ella tiene puestas sus esperanzas. La hija menor padece el síndrome de Down y ama a Nico más que a su madre pero éste se avergüenza de la niña y no le gusta que los vean juntos. Nico Camargo sigue lanzando la cáscara de sus espinillas desde el trono de su mecedor.

En la habitación 206 se alojan Rita Chapman y Edith Ward, cincuentonas más bien gordas y lesbianas aunque Lascario Valverde afirma haber dormido con ambas. Son amigas de Bobby Wobst y quieren estar en mi álbum. Me incomodan sus voces de campanilla y su manera de mirarme. Pero me han hablado de Georgia O'Keefe y de todas las fotos que puedo tomar en New York. Debo ponerme un plazo y concluir la primera parte de mi trabajo. Después tendré que salir por el mundo en busca de los huéspedes de este hotel.

Mujer que barre: Doña Carmen barre las hojas caídas en el patio de los almendros. Y me mira sonriente con su escoba.

El gringo que fuma Marlboro, de perfil, con una gorra de pelotero, suelta el humo y mira el sol del atardecer. Evitar los atardeceres, las flores y el género postal.

Pregunta del Filólogo: ¿Por qué a esas canoas aquí las llaman botes?

Ceniceros: (fotos 399, 400, 401, 402) Cuatro de los ceniceros

del restaurante. En uno de ellos descansan dos colillas de Marlboro y en otro, una colilla y dos chicles, algo que me resulta insoportable pero que no puedo dejar de fotografiar. Bastarían dos ceniceros para esta serie, pero al acercarme a un número terminado en cero, debo pensar en una fotografía más que de inmediato me permita superarlo.

Instantánea invisible sobre la foto de Eddie Adams: El jefe de la policía de Saigón, Nguyen Ngoc Loan, dispara a quemarropa sobre un oficial del Vietcong y el fotógrafo gana el premio a la mejor foto del año en 1968. Mi proyecto no buscará la inflexión narrativa sino un agrupamiento, un sistema solar capaz de deshacerse en satélites hoteleros casi intrascendentes.

Jugadores de dominó a imitación de Cézanne (Fotos 321-322): El primero es Rodolfo Marulanda, barranquillero de bigotes y ojos que se cierran cuando ríe, lo cual quiere decir casi siempre. Guacharaquero de conjuntos vallenatos y pintor de brocha gorda, amante del desorden, la chabacanería y la vulgaridad. Amigo de Tito Álvarez, a quien siempre saluda de la siguiente manera: ¿y qué más, cara de verga? En este juego se empeña en ahorcar el doble seis, sacrificando las propias posibilidades de victoria. Mientras piensa la jugada, le gusta cantar los siguientes versos escuchados en un antiguo carnaval de Barranquilla, más precisamente en el barrio Rebolo: En la orilla del Jordán/ cosa que nunca se ha visto/ estaba la Magdalena/ chupándole el huevo a Cristo. Hay gente que ríe pero doña Carmen se santigua y lo manda a callar. Miguel Urzola Chadid es el segundo. Oriundo de Montería, hace pareja con el anterior y casi siempre lo responsabiliza de las derrotas. Urzola trabaja en un juzgado civil y carga la fama de desaparecer expedientes y entorpecer los procesos. No lo pueden sacar de la rama judicial porque tiene parientes en el tribunal superior; es primo de un senador y cuñado de un diputado. Nunca pudo terminar la carrera de Derecho. Ramoncito Linares, entrenador de boxeo, amigo de Bernardo Caraballo y sparring de Rodrigo Valdés. Ágil y rápido mentalmente, encadena jugadas milagrosas y mientras hace sonar las fichas de dominó sobre la mesa de cemento dice: me pasan todos, me siguen pasando, me vuelven a pasar y el juego

está cerrado, cero pintas. Hay que verlo. Y oírlo. El dominó es el béisbol sentado, concluye. Su juego es superior al de todos sus contrincantes. Gerardo Corpas, pescador y vendedor de gas en los barrios circunvecinos. Un tiburón le arrancó media pierna y ahora anda en muletas. Padre de nueve hijos, seis hembras y tres varones. Fuma cigarrillos sin filtro y bebe ron Popular. A veces siente una comezón en la rodilla de la pierna mutilada. Ninguno de estos cuatro vive en el hotel pero durante las temporadas bajas amanecen, en el patio de los almendros, jugando dominó, hablando mierda y bebiendo ron.

La búsqueda de la belleza (Fotos 533 y ss, numeración pendiente): El doctor Alandete me ha pedido que, jugada por jugada, reproduzca aquella famosa partida de Andersen llamada La siempreviva. Cada jugada una foto, cada jugada un comentario del médico. "Esta partida es una de las grandes realizaciones del espíritu humano aunque la búsqueda de la belleza siempre acarrea problemas, Tony. Es difícil que lo práctico y lo bello puedan encontrarse", dice el médico sin dejar de mover la pieza y esperar que yo saque la instantánea. "A veces pienso que esta partida fue concertada con Dufresne. Andersen fue el más grande de los románticos, incluyendo a todos los músicos, escritores y poetas. Menos mal que fue ajedrecista, se habría suicidado si hubiera sido escritor. Te lo aseguro".

Fecha inolvidable: El 28 de octubre de 1972, Kid Pambelé derrota a Alfonso "Peppermint" Frazer en Panamá y se convierte en el primer campeón colombiano de boxeo.

Foto 119: A pesar de la sonrisa, aquí todavía se le nota esa rabia razonable que atesora en su alma. Leonardo Aguirre era sindicalista, trabajador del sector petroquímico y luchador popular. Como había organizado una huelga fue despedido y nunca más volvió a conseguir trabajo. Más que salado estuvo proscrito. Su mujer enfermó de cáncer y fue desahuciada por los médicos locales, incluido el mismo doctor Alandete. A Leonardo Aguirre, 47 años, no le quedó otro remedio que secuestrar un avión de Avianca y llevarlo rumbo a Cuba. Sus socios fueron dos amigos de la Juventud Comunista. Llegó a La

Habana, se entregó a las autoridades y trabajó como periodista en una emisora de Pinar del Río. Su mujer fue curada por los médicos cubanos pero la pareja no tardó en separarse. "Ella se casó con un cubano, hombre nuevo", dijo Aguirre con una sonrisa amarga. Y el sindicalista, camisa caqui de cuello ancho, regresó al hotel con un nombre cambiado para que yo le sacara esta instantánea. Por ahí anda.

Otro huésped: He decidido fotografiar de perfil y de pie a este hombre que tiene una joroba en la espalda. Es un psiquiatra cuarentón, narizón y huesudo, que proyecta un estudio sobre el perfil de los asesinos políticos. En su lista incluye a Lee Harvey Oswald, Sirhan Bishara Sirhan, Gavrilo Princip, Ravaillac, John Wilkes Booth, James Earl Ray, Leon Czolgosz y Juan Roa Sierra pero todavía le faltan datos. Lo que más le llama la atención es la relación que estos hombres tenían con sus mujeres. "Marina Nicholaevna acusó a Lee Harvey Oswald de impotencia y por eso lo abandonó seis semanas antes de que el hombre asesinara a J.F. Kennedy. Ray, el asesino de Martin Luther King, nunca tuvo novia. Lo mismo pasaba con Sirhan. Lástima que no sepamos mucho de la vida de Roa Sierra, el supuesto asesino de Gaitán". Luego habla de Freud y de Jung con el doctor Alandete y se fuma un tabaco cubano marca Montecristo mientras sus ojos se cierran y yo le saco la foto.

Inserto uno: Mi mano se posa sobre el vientre arenoso de Claudia Soraya. Quiero sacarle unas fotos y le digo a Charlie que me preste la habitación del pintor para cumplir una sesión fotográfica. Ella se desnuda mientras mira los cuadros. Y yo le digo: no mires la cámara, Claudia Soraya, no mires la cámara, no estoy aquí, sólo estás tú.

Este hotel tenía que acabarse, sólo que hay agonías demasiado largas, se van a un extra inning que se prolonga y se prolonga, y lo peor es que el juego ya no tiene ninguna emoción, uno se aburre, bosteza con más sueño que hambre. Esas cosas no suceden de un día para otro, son así, como una enfermedad en la que el paciente ni se mejora ni se muere, como fue el caso de mi padrastro Terry Bolaños, ahí tienes tú el ejemplo, lo agarró una septicemia que le infectó todos los órganos y lo dejó como un vegetal, y tuvieron que ponerle un respirador artificial, hasta que el médico se condolió de su suerte y lo desconectó, fue lo mejor que pudo hacer. Les digo a ustedes dos, si algún día a mí me llega a pasar algo así, yo prefiero morirme de una vez, lo mejor es que me desconecten, ya sabes, Nancy, o tú, Karen, a la que le toque, le dicen al médico, no más, no more, no more, no more, como esa canción de Ray Charles, el ciego, final de la película, el acabose, the end, porque estar ahí en una cama con un respirador artificial, eso yo no se lo deseo a nadie, ¿es o no es? Y lo mismo le pasó a este hotel, se lo fueron comiendo los gorgojos y el salitre, la mala administración, tan sentenciado estaba que ni siquiera pudo salvarlo la mano poderosa del Joe Domínguez.

Hay otra gente que quiere explicarlo así: el hotel empezó a desmoronarse cuando Tony Lafont se fue, pero seamos serios, compadre, no nos digamos mentiras, esto se hubiera caído igual si Tony se hubiera quedado por aquí, esa es la ley de las cosas, todo tiene su final, como dice la canción de Héctor Lavoe, creo que la cantó en el coliseo Roberto Clemente, el hombre que hizo historia en Puerto Rico, a mi padrastro Terry Bolaños le gustaba. Todo tiene su final, yo nunca tuve buena voz y con el cigarrillo me sale peor, regálame un trago.

No sé cómo contar lo que voy a contar porque hay muchas cosas que todavía no entiendo, la parte de los abogados, por ejemplo, porque yo pertenezco a los tiempos cuando la palabra de uno era la garantía y por eso les digo que nunca firmé un contrato laboral, es que ni siquiera hubo un acuerdo verbal entre don Gaspar y yo, la costumbre era que yo trabajara como recepcionista y que a final de mes me pagaran un billete, yo no necesitaba más sino los cigarrillos y una botellita de ron, un día les cuento algo sobre el ron que tomaba Francis Drake, lo mezclaba con pólvora, eso fue lo que dijo

Tito Álvarez una tarde que se puso a hablar de piratas con el doctor Alandete.

Las primeras que se vaciaron fueron las neveritas, ahí sólo cabía el aire y yo me quedé sin necesidad de hacer el check out que ya ustedes saben qué es; de las tres lavadoras sólo quedó una y después ninguna, todas se dañaron y no se compraron los repuestos. Las sábanas y las fundas de las habitaciones se iban volviendo amarillas, se rompían, y todos los colchones empezaron a pandearse con tanto trajín que aguantaban, porque aquí venía la gente y culeaba más que en cualquier otra parte, eso se los aseguro, qué culiandanga la que les entraba; se dejaron de poner jabones en los baños y se suspendieron los desayunos que estaban incluidos en el precio de la habitación, los mantelitos a cuadros, la vajilla que se iba quebrando, yo todavía tengo un plato de la vieja vajilla, con el castillo dibujado, un castillo francés, no como el castillo de San Felipe de Barajas que no es un castillo sino una fortaleza, para que sepan. A esos platos Tony les alcanzó a tomar una foto, voy a buscarla, debe estar por aquí, y poco a poco se les fue diciendo adiós, adiós, que te vaya bien, a muchas camareras y al personal de limpieza. De los antiguos empleados sólo quedamos Nancy, mi mamá, mi padrastro y yo, y el resto era gente que trabajaba por días, fuera para lavar, planchar o asear las habitaciones, mira, aquí hay dos fotos de cucharas y una de un plato.

No, no, qué va, a esos empleados nadie los indemnizó, porque aquí la gente, como te decía, trabajaba sin contrato, la única que tenía contrato era mi mamá, pero ni siquiera Terry Bolaños había firmado un papel y yo tampoco, aquí se tenía la costumbre de trabajar sólo por las tres comidas y el cuarto, y una que otra propina que caía por ahí, eso era todo, y a la gente le parecía bien. Si en temporada alta a uno le pagaban un salario fijo, ya eso era ganancia.

Claro, también estaba la competencia, muy fuerte, cómo no, la mayor parte de los extranjeros había dejado de venir porque prefería los hoteles de Bocagrande que tenían mejor servicio de restaurante y bar, y allá era donde estaba la acción, discotecas y puticas, porque después del histórico debut de la Orquesta Sensación y su cantante estelar Terry Bolaños, vaya caballero, el bar apenas abría los fines de semana y sólo vendían ron Tres Esquinas y

cerveza Águila, y muchos extranjeros querían conocer hembras como Maribel Delgado, servirse un whisky y tenían que salir a comprarlo a otra parte. A veces me conseguía un par de botellas Old Parr en San Andresito y se lo vendía a los gringos pero ya no eran muchos los que venían. De vez en cuando aparecía la pareja argentina que había sido inmortalizada por Tony Lafont, y un año después apareció ella con otro machucante, al que ya Tony Lafont no le sacaría la foto. Regresó también el monje francés, más viejo y encorvado, todavía con la idea de fundar una escuela de budismo zen en esta ciudad y me dijo que Maribel Delgado había muerto en España y que jamás se había encontrado con Tony Lafont en Barcelona. A Michel el tal budismo zen le había servido para muy poco, porque se había vuelto muy neurasténico y todo lo criticaba. No regresó jamás por este hotel. Tal vez haya muerto y Maribel esté viva, como Yadira Valverde.

Don Gaspar tuvo una de esas ideas que son fruto de la desesperación y que uno no sabe si son buenas o malas. Cuando jugaba sus partidas de ajedrez, el doctor Alandete decía: hay jugadas buenas que parecen malas pero son buenas; y hay jugadas malas que parecen buenas pero son malas. Todas las partidas las jugaba repitiendo esa frase y a veces yo me reía y Tony Lafont le copió la frase: hay fotos buenas que parecen malas pero son buenas; y hay fotos malas que parecen buenas pero son malas. Lo que pasa con mis instantáneas es que no pretenden ser buenas, malas o regulares, simplemente son y ya. Y una tarde Terry Bolaños, mi padrastro, recordó una frase de Celia Cruz, la guarachera de Cuba: es muy chévere ser grande pero es más grande ser chévere, te la repito para que la entiendas, es muy chévere ser grande pero es más grande ser chévere. Esa frase Tony la anotó en su bitácora aunque creo que él arrancó esa página, porque de esa bitácora que tú tienes se arrancaron páginas que yo guardé y que ahora no sé dónde están, como muchas instantáneas que se han ido perdiendo, yo se las prestaba a los huéspedes y nunca me las devolvían.

¿Por dónde iba? El caso fue que don Gaspar comenzó a arrendar las piezas a universitarios bogotanos que estudiaban Biología Marina y también a estudiantes de pueblos que venían a estudiar Derecho o Medicina y que no duraban mucho porque preferían las piezas del centro que les quedaban más cerca de la universidad y así se

ahorraban el transporte o la caminada. En cambio los cachacos sí permanecían aquí, porque les gustaba el mar y sabían de corales y hablaban de arrecifes coralinos y decían que no se debía pescar con dinamita, sabían de lo que estaban hablando, tú le preguntas a alguien de por aquí qué es un coral cerebro y no lo distinguen, yo nunca conocí a un estudiante cartagenero que estudiara Biología Marina, a lo mejor porque la carrera empezaba en Bogotá y terminaba aquí. La mayoría de los que venían de los pueblos estudiaban Derecho o Medicina. Todos pagaban una mensualidad pero no es lo mismo arrendar las habitaciones por días que por meses. Cuando los estudiantes se iban de vacaciones empezaba la temporada alta y entonces se podía cobrar un poco más a los turistas que venían del interior. Pero esos fueron pañitos de agua tibia y esto no podía funcionar como una residencia de estudiantes ni como un hotel de mochileros o de hippies peludos con barbitas de chivo, que ni siquiera habían leído a Gonzalo Arango y no sabían un carajo de Muhammad Alí, si acaso de Cochise Rodríguez y de Kid Pambelé.

Y la verdad es que don Gaspar no le metía un peso a esto: cerrojo o picaporte que se dañaba no se arreglaba, y el salitre hacía fiesta con los barrotes de las rejas y los tornillos de las puertas. Y el gorgojo y el comején se iban comiendo la madera. Por eso se desgoznaron las ventanas y como la brisa las reventaba contra la pared se fueron cayendo una a una. Todavía quedan algunas pero tarde o temprano se van a caer, eso no hay quien lo pare, compadre.

Fue el doctor Alandete quien me lo explicó aunque yo no lo entendí del todo: deudas e intereses. Don Gaspar se había atrasado con las deudas del municipio, culebras acumuladas durante muchos años, desde los mismos tiempos de la madame, impuestos que no podía pagar y que se habían multiplicado, los intereses, compadre, eso es como una guillotina. Ahora hay gente que presta plata y cobra intereses por día, pagadiario lo llaman, y si tú no pagas, tás, tás, te acuestan en los jardines del recuerdo. Así funcionan las cosas hoy en día, por eso a mí no me gusta prestar plata por ahí, mejor juego al 417 o al 622, le pongo sabor a la vida y me cuadro con cuarenta o cincuenta mil tablas. Claro que casi siempre pierdo.

Ese era el panorama cuando apareció la mano poderosa del Joe

Domínguez y le dijo a don Gaspar que le compraba el hotel, te lo compro ya y te lo pago de una, y al principio don Gaspar le dijo que no, porque el doctor Alandete se oponía a cualquier venta. El médico tenía sus razones sentimentales, cosa que se entiende, y en este mismo patio me dijo cuánto había trabajado la madame por levantar este hotel. Y don Gaspar lo escuchaba pero también le mostraba las cuentas que ya no podría pagar, y ahí el doctor se quedaba callado.

Con el Joe Domínguez las cosas nunca fueron fáciles y menos desde que se volvió millonario. Mírenlo aquí, el Joe, el Joe Domínguez, su majestad el Joe Domínguez. Había nacido avispado, criado con el diablo, tiraba mucho aguaje y sabor, pinta de pelotero, puro short stop natural, le gustaba coger anchova con nosotros cuando jugábamos el béisbol de la bolita de caucho y no había quien le parara un roletazo en el viejo malecón.

Se perdió por unos años, más o menos por la misma época que desapareció Tony Lafont. Tony se fue a New York y el Joe a Los Ángeles, California, dizque a estudiar magia profesional. Un día apareció por aquí, con una grabadora Sony, tabacos Partagás, camisas de seda, una moto de alto cilindraje y una mona cuarto bate que era su mujer, muy tetona, la condenada. El Joe no creía en nadie y la verdad era el putas de la pradera, se compró un par de apartamentos en El Laguito y otro en el edificio Eldorado de Bocagrande y aunque nadie lo aseguraba, se veía a leguas que estaba traficando, así dijera que lo suyo era el negocio de los licores. Trabajaba para Pablo Escobar o para El Mexicano, nada menos, eso nunca se supo, pero independiente no era, no podía serlo.

Y cómo estaría de jodido don Gaspar que vino a consultarme si aceptaba la oferta de Joe Domínguez, qué tal, Charlie, el recepcionista, consejero económico de don Gaspar. Y, claro, yo le dije que no, que no lo vendiera pero él no me hizo caso y sólo le puso una condición al Joe Domínguez, que en uno de los apartamentos del tercer piso viviría el doctor Alandete hasta su muerte y yo seguiría como recepcionista de este hotel. Y el Joe aceptó, se asesoró de sus abogados, compró el hotel a buen precio y arregló con el municipio para pagar a plazos todas las deudas.

El Joe estaba más hazañoso que nunca, sacando pecho como Maradona, así, como un pavo real, no creía en nadie, y yo empecé a trabajar con él, me trataba como si no me conociera, como si nunca hubiéramos jugado béisbol en el malecón, ni siquiera me llamaba Charlie sino Lozada, ey Lozada, qué estás haciendo, nojoda, ey Lozada, te dije que fueras a limpiar los baños, ey Lozada, deja de hacer la siesta, les digo a ustedes que no hay nada peor en esta vida que tener a un negro de patrón, eso es lo peor, ey Lozada, tú sí te ganas la plata fácil, nojoda. Tanta altanería, tanta soberbia no le duró mucho tiempo y lo peor era que el Joe no se daba cuenta de que se estaba pasando de aguajero. Pobre Joe, lo acribillaron en una discoteca de Medellín, se quiso pasar de vivo con uno de los duros del cartel. Por aquí nadie lo lloró.

Cuando mataron al Joe empezó tremendo lío por la sucesión, quién se quedaba con los apartamentos y las propiedades del mágico. Eso se demoraba y demoraba. El Joe tenía dos mujeres, una negra y una blanca, mejor dicho, estaba entre la rubia y la morena pero al revés, y ambas metieron abogados. El proceso fue largo. El caso es que casi todos los bienes del Joe fueron confiscados, así se dice, de manera que este hotel quedó en el limbo, en manos de una oficina del gobierno, y no había nadie que lo administrara porque la verdad es que aquí ya no había nada que administrar. Si acaso los gatos que andaban por los tejados y eran los reyes de las habitaciones.

Después de la muerte del doctor Alandete, Nancy y yo nos quedamos arrendando una que otra pieza, venían algunos gringos que traían su negrita para echar un polvo, aparecía un estudiante o un amigo de Tito Álvarez y yo les ofrecía el cuarto, les llevaba dos baldes de agua a la pieza, los trataba bien pero no duraban una semana, y tampoco era que me pagaran mucho.

Y así.

Hasta el día que apareció esa muchacha haciendo malabares, aquí en el patio de los almendros. Este es el día en que ni siquiera sé cómo se llama. Hizo lo mismo que tú cuando llegaste, me mostró una de las instantáneas y me preguntó por Tony Lafont. ¿Tony Lafont?, sí, Tony Lafont, dijo ella. ¿Tú lo conoces?, le pregunté y ella me dijo que sí. Hacía tiempo, pero requeté muchísimo tiempo, que nadie me preguntaba por el fotógrafo.

El quijote en el alambre

Me quedé atrapada en este hotel, no propiamente yo, lo que quedaba de mí, sin importarme si fuera alguien o algo, casi o nada, en todo caso poco más que nada, miguita, hilillo de voz, sin llegar a ser algo y menos alguien, un qué negativo y quebrado, un quién dividido y borroso, ya sin envejecer, descolorida como una instantánea de Tony Lafont, fija y desnuda, revelada sin ombligo y sin arena de vientre, húmeda sí, barrosa y salitrosa también, con sabor a óxido en el paladar, a veces extrañando el bikini de bolitas que quedó sobre las piedras, menos que alguna y más que ninguna, presintiendo que sólo podría desvanecerme de esta habitación cuando Tony regresara a tomar las últimas fotos del hotel, resurrección a la inversa, como aquella tarde en la playa cuando Tony me dio una clase de teología lafontiana y me mostró la foto de los dos mormones de camisa blanca, John y Paul, como los apóstoles, y me dijo que el problema de los creyentes era creer que Dios era alguien o algo, es decir un sujeto al que se le podía agregar un verbo o un adjetivo, como si todas las cosas pudieran reducirse al lenguaje, existe lo impronunciable, Claudia Soraya, lo innombrable, cómo así que Dios es bueno, regular o malo, cómo así que premia y castiga, extorsiona y estimula, yo podría creer en una divinidad ambigua que incluye lo demoniaco como reverso de una misma moneda, pero no en ese dios bíblico, mormónico o protestante, la divinidad no es un ser superior, tal vez ni siquiera sea, quizás exista una divinidad que no admite predicados, verbos o adjetivos aunque tampoco sea sujeto o sustantivo, y no tendría por qué compadecerse de nosotros ni escuchar nuestros ruegos y menos contabilizar nuestros pecados o amenazarnos con el infierno, tampoco creo en eso que llaman el karma, versión budista del monje francés y sus allegados, porque las leyes de causa-efecto son una tontería como lo prueba la física moderna, el universo, el bien y el mal son más complejos, no necesitas ser perverso para atraer la desgracia y viceversa, lo puedes leer en el libro de Job, lástima ese triste agregado final que invalida todo lo anterior, ¿lo has leído?, ¿no?, deberías leerlo, y en cuanto a Jesucristo lo más sorprendente es que durante casi dos milenios la humanidad se haya tragado el cuento de la multiplicación de los panes y la resurrección en cuerpo y alma, pura mitología con la que el Vaticano se enriquece, todo lo que creemos de Dios proviene de la pintura de Miguel Ángel and company, en ese sentido no es mucho el avance, es más, se

retrocedió, pero hay que reconocer que el señor Jesucristo tuvo muy buenos relacionistas públicos, y el mejor de todos fue Juan Sebastián Bach, sabías que Bach en alemán significa arroyo, como quien dice los alemanes también tienen su Joe Arroyo, el cantante de Fruko y sus Tesos, ¿lo has oído?, fuma el barco, fuma el barco, se divisa en altamar, fuma el barco, fuma el barco, se divisa en altamar, y se va llevando, ay, mi diosa sin par, y no es que Tony tuviera ritmo, ni siquiera buena voz, pero me gustaba oírlo, sin nada en la cabeza era ya todo un viaje, y tal vez por esa costumbre de escucharlo, de verlo y de sentirlo, me quedé a vagar en esta habitación, la 109, y alguna vez, mucho antes, hubo una mujer, una huésped, sólo una, que dijo haber visto a una muchacha en bikini, acostada sobre la cama, pero seguramente no era yo, porque el bikini quedó sobre las piedras y ni siquiera Tony lo recogió, no supo qué hacer, vino a esperarme en el cuarto y se quedó dormido, y fue Charlie Lozada quien levantó el bikini en la madrugada, y cuando Tony se fue de este hotel yo quise perseguirlo, irme detrás, pero no pude, apenas podía salir y llegar al patio de los almendros, el sol me encandilaba, y a veces por las noches me iba al patio y montaba el caballo del cochero, le acariciaba las crines y el caballo se dormía y no quería hablarme, así que comencé a visitar todas las piezas, escuchando el trabajo de los gorgojos y el comején sobre la madera y los cachivaches, cuarticos llenos de armarios viejos y telarañas y arena de mar en las baldosas sueltas, sábanas rotas, amarillas, y almohadas sin fundas, cangrejos y ratas que de vez en cuando asomaban por las cañerías de los sanitarios, cerraduras descompuestas y cables rotos, y oía hablar a los huéspedes, viéndolos acostados bocarriba y bocabajo, intrascendentes y nunca inmortalizados en el álbum de Tony Lafont, de lo que se perdían, masturbándose en las noches contra las almohadas o bajo el cada vez más débil chorro de la ducha, sudorosos unos sobre otros, empapados haciendo el amor, con el ventilador que se apagaba porque se iba la luz, salados y resecos, temerosos de algún robo, gringos tontos, casi dulces, que aspiraban cocaína sentaditos y juiciosos sobre el borde de la cama, y luego salían al patio exultantes a escuchar a Charlie Lozada, que les mostraba las fotos y les preguntaba si alguna vez habían visto, en New York o Chicago, al hombre de la cámara mágica, no saben quién es el hombre de la cámara mágica, cómo es posible que no lo conozcan, míster Tony Lafont, muchas gracias, y yo también me fui olvidando de mí

misma, de mi vientre cubierto de arena, de mi nombre y de mi voz, de mi ombligo que tanto le gustaba, hasta que llegó la muchacha de los aros, al principio irreconocible e irrecordable, una hermana al otro lado que busca el rastro de mi último viaje, devolviéndome un poco de aquella mirada de gato en la oscuridad, contemplándose en el espejo y a veces maquillándose, y cuando ella preguntó por un fotógrafo llamado Tony Lafont, a Charlie le cambió el rostro y le preguntó tú lo conoces, tú lo conoces y ella dijo que sí, mintiendo, claro, porque jamás lo había visto, y enseñó la foto del cangrejo que Tony me había regalado, y luego lanzó los aros al aire a la luz de las velas, para divertir a Charlie, sin decir quién era, sin mostrar la postal que tal vez había recibido el mismo día que debutó la Orquesta Sensación y su cantante estelar Terry Bolaños, cuando en la madrugada me fui a bañar desnuda cerca de las piedras, estrellas entre las espumas, más estrellas que espumas, el agua rodeándome la cintura y Tony acomodándose a mi espalda, conocí a un fotógrafo, está más loco que una cabra, quiere fotografiar a todos los huéspedes de este hotel, el universo entero, tiene el cabello ensortijado y una nariz grande, pero me habla de muchas cosas, sólo que no sabe bucear, después te cuento, y alcancé a imaginar cómo ella abría el sobre y leía mis líneas, pero nunca pude saber qué pensamientos la recorrieron, tal vez a ella le haya intrigado la nariz grande y el pelo ensortijado, y durante muchos años guardó la postal, la foto del cangrejo, el bikini de bolitas, el gancho para el pelo, las sandalias, la maleta que de vuelta cargó mi madre, una falda de tela hindú, cuatro blusas, tres chores, otro vestido de baño, las otras instantáneas que Tony me regaló, inserto tres, inserto cuatro, hasta que decidió botarlo todo y quedarse con la postal, las fotos de los cangrejos y los reflejos de mi vientre cubierto de arena, ombligo uno y ombligo dos, y venir a este hotel, leer la bitácora en algunas tardes, dormir en esta misma habitación y tratar de dibujar las casitas pegadas de Pepe Yukopila, mientras rebuscaba en la bolsa del supermercado Magali Paris, sacaba una foto y le preguntaba a Charlie y este quién es, y esto qué es, y Charlie le respondía y le hablaba del doctor Alandete y del monje francés, y cuando vio otra vez el vientre cubierto de arena, inserto tres, ya el recepcionista sabía quién era esa muchacha, la novia de Tony Lafont, lo presintió tal vez porque yo se lo había dicho antes, y Charlie le habló de aquellos días cuando Tony se enamoró de una muchacha llamada Claudia Soraya pero no habló de la sueca

Christina Larsson, ni de cómo yo tenía el pelo reseco, ni de la miguita de champú Johnson¹s para niños, ni de aquella mañana en el parque Bolívar cuando la sueca entró a la Casa de la Inquisición y yo me quedé escuchando a Lascario Valverde, hasta que una noche mientras espantaba los mosquitos con el cuaderno de Tony Lafont le preguntó a Charlie por dónde andaba el fotógrafo, y Charlie primero le habló de la doctora Lafont, después de Bobby Wobst y del monje francés, Maribel Delgado incluida, y por último le dijo que también había un cineasta llamado Tito Álvarez, muy amigo de Tony Lafont, barranquillero, y entonces ella dijo que iba a buscar al fotógrafo, el hombre de la cámara mágica, míster Tony Lafont, muchas gracias, y Nancy le habló de la muchacha que yo había sido y casi que adivinando, presintiendo sin atreverse a asegurar, le dijo que ella, la malabarista, se parecía a la novia de Tony Lafont, así me habían inmortalizado, fija y etiquetada, tal cual, la novia de Tony Lafont, con cierto acento trágico y compasivo, como si en verdad hubiera muerto vestida de blanco minutos antes de la boda, como tantos otros cuentos de novias muertas y aparecidas, Nancy contó uno de esos, la capa sobre la tumba de la muchacha muerta, encontrada por el pretendiente enamorado que había bailado con ella la noche anterior, primero fue a su casa y preguntó por ella y le dijeron que estaba muerta y después fue a buscarla al cementerio, donde encontró la capa o la chaqueta o el pañuelo que una noche antes le había prestado en el baile, cuentos, puros cuentos de fantasmas, si en verdad supieran o conocieran este limbo, si acaso lo imaginaran, el barro y el recuerdo, y mi hermana, malabar va y malabar viene, le dijo a Charlie que cuando encontrara a Tony Lafont había que sacar las fotos de la bolsa de supermercado y ensartarlas en un cordel o en un hilo, una detrás de otra, y luego amarrar los extremos desde uno de los almendros hasta la reja del restaurante o hasta la de la recepción si de verdad eran tantas las fotos, y ese sería el álbum de Tony Lafont, una exposición permanente con las instantáneas del fotógrafo, y en una de esas tardes salió a encontrarlo y no lo encontró, y regresó al hotel para volver a salir y presentarse en la casa de Susana Lafont, quien dijo ignorar el paradero de su hermano desde hacía muchos años, y ya no le importaba saberlo aunque todas las noches pensaba en él y sabía que estaba vivo pero nunca iba a regresar al hotel, como Yadira Valverde o Maribel Delgado, viva la una y muerta la otra, quién sabe, muertas las dos o vivas ambas, aunque tal vez Susana

Lafont se equivocaba y yo quería que se equivocara, como en efecto se equivocó, porque yo quería volver a escuchar a Tony Lafont, sentir otra vez el fogonazo de su cámara aquí en el patio de los almendros y, sí, la malabarista se demoró en encontrarlo pero ahora tal vez me lo estaba trayendo de vuelta.

Eran días de carnaval, de reinas y de máscaras. Una mañana las candidatas pasaron por la avenida tirando besos y saludando desde sus camiones descubiertos. Yo ni siquiera pude verlas, tampoco es que me hubieran dado muchas ganas. Karen me traía noticias de las fiestas y por eso yo sabía que Atlántico, Bolívar y Valle venían como favoritas pero la de mejor cuerpo era Chocó. Ojalá nos representara en Miss Universo, dijo Karen, y Nancy le contestó que era muy difícil que una negra fuera elegida como Señorita Colombia.

Karen pegó con chinchetas las fotos de la señorita Bolívar y de la señorita Chocó en la puerta de su cuarto. Allí también hay una foto de la reina del año pasado y otra de una modelo con un desodorante en la mano.

Una tarde Karen dijo que iba a ver el desfile de carrozas en el centro de la ciudad. Se pintó los labios de rojo, se puso colorete en los cachetes y se vistió con una pollera larga y una blusa roja. Bien fea que estaba. Llevaba una caja de maicena en la mano. Me dijo que no la esperara esa noche porque se iba a bailar a una caseta.

Pero ella regresó. Tarde, es cierto, aunque a decir verdad ni siquiera tuve que esperarla. Estaba alegre y se cubría la cara con un antifaz de lentejuelas que le habían regalado. Tenía el pelo enharinado y se veía que había sudado bajo el sol de la avenida.

Esa noche salí al patio de los almendros pero Charlie no habló de las fotos. Estaba borracho, cerraba los ojos y cantaba las canciones que sonaban en los picós del cerro de La Popa. La brisa traía la música y él tarareaba canciones. Había bebido whisky con Familia pero, a las seis de la tarde, el negro perfumado le dijo que tenía que irse porque iba a cerrar un negocio. Y se marchó, dejando a Charlie solo, con la botella en la mesa de cemento.

La que hablaba era Karen. De las reinas y de sus vestidos de fantasía, de las carrozas con animales marinos y de las comitivas departamentales que arrojaban botellas de ron para que la gente las atrapara en el aire. Karen dijo que se había encontrado con una amiga que le limpiaba el apartamento a la doctora Lafont. Y esa amiga le contó que Tony, el fotógrafo, había regresado. Sólo que la doctora no quería que su hermano saliera en plenas fiestas porque

el trago le hacía daño y ella lo estaba cuidando. Tony está tomando medicinas y ni siquiera se puede beber una cerveza, dijo Karen pero Charlie no la escuchaba. Y yo tampoco creía lo que ella estaba diciendo.

Ahora Tony Lafont está caminando con la malabarista cerca del espolón donde aparecen los cangrejos que Charlie caza en las mañanas. Charlie vino del patio de los almendros cargando su mecedor. Se sentó detrás de mí, encendió una calilla, encaramó los pies sobre el muro de granito donde yo estoy sentado y me dijo: ese es el hombre de la cámara mágica, qué te dije, que iba a regresar, y Charlie soltó una carcajada breve y se llevó la calilla a la boca. Después empezó a toser y yo me corrí un poco para que su saliva no me salpicara y él pudiera lanzar a la avenida sus acostumbrados gargajos verdes.

La malabarista lleva una de esas blusas que sólo cubren los senos y se amarran a la espalda con una delgada tirita que pasa por encima de los hombros pero desde aquí no puedo verle la mariposa tatuada en la espalda, encimita de sus nalgas como si me estuviera invitando a volar. Eso fue lo que más me gustó el día que la conocí, no tanto la manera como lanzaba sus aros, rojo, verde y azul.

Charlie dice que Tony ha perdido pelo y ya no lo tiene al estilo Bob Marley. Se está volviendo tierra mala. Así es como Charlie llama a los calvos. No creo que Tony haya tenido alguna vez un afro, es algo así como pelo de rasta, sólo que no lo tiene tan largo pero tampoco está calvo. De todas maneras no se lo digo a Charlie y sigo mirando el mar y la playa por donde caminan esos dos.

La malabarista se ha vuelto a calzar las sandalias que antes llevaba en la mano. Y Tony le ayuda a caminar sobre las piedras del espolón. ¿De qué pueden hablar?, le pregunto a Charlie y él no me responde, de manera que le vuelvo a preguntar. Tienen mucho de qué hablar, mucho. Y si Charlie lo dice debe ser verdad porque Charlie lo sabe todo, o casi todo, sobre Tony Lafont. Quizás lo único que no sepa es dónde ha estado Tony Lafont en todos estos años.

Al sol de las cinco de la tarde ya se le puede mirar de frente, sin usar la mano como pantalla. Cae como una moneda sobre el borde azul del mar. Pero el viento levanta la arena de la playa y yo tengo

que cerrar los ojos. Ahora la malabarista y el fotógrafo han desaparecido. Tal vez se hayan metido al agua detrás del espolón.

Hace tres días pude abandonar el colchón, sentarme en el muro donde está escrita la palabra Hotel y sentir que otra vez volvía a ser el que era, disminuido por dentro y pálido por fuera, menos el enfermo y un poco más ese muchacho que fabrica búhos con alambres plateados.

Fue el mismo día que llegaron los hombres del casco amarillo y Nancy me dijo que yo estaba más repuesto, pero era mejor que no fuera a trabajar en la playa y ayudara a Charlie a cazar cangrejos en los espolones. Todavía soltaba una mierda aguada y al cuerpo no se le había quitado su disgusto pero por lo menos tenía fuerzas para llenar el balde de agua, cargarlo y vaciarlo en el sanitario. Cuando caminé hacia la playa me costó trabajo acostumbrarme a tanta luz. Por eso ahora puedo mirar este sol sin que me encandelille.

Cazar cangrejos es el gran deporte de Charlie. Agarra los animales por la muela, los mete en una bolsa de lona que le presta Nancy y aunque los cangrejos rasgan la tela con sus muelas y sus patas no consiguen salirse. Y cuando tiene nueve o diez cangrejos se los lleva a su mujer para que haga una sopa o un arroz de cangrejos. A veces Charlie tira el anzuelo al mar pero no agarra nada.

Charlie siempre dice que los peces están lejos y hay que salir en los botes. Pero los botes necesitan una buena mano de brea. Algún día les echará una mano de brea y pescará mar adentro con una atarraya. Los botes eran de una familia de pescadores que vivía cerca del hotel, en un solar de casuchas con tejas de zinc. Pero vendieron el solar y levantaron otro edificio y los pescadores dejaron los botes volcados sobre la arena. A Charlie y a mí nos gusta que estén sobre la playa. Él los mira concentrado como si estuviera en trance. Es algo que le trae recuerdos de su abuelo, un pescador de tortugas. Una vez me habló de su abuelo y de cómo había cazado una tortuga gigante. ¿Nunca te has comido un bistec de tortuga? No. ¿Y huevos de tortuga? No. ¿Pero sí has probado el chicharrón de tortuga? Tampoco. Las tortugas, dice Charlie, mi abuelo pescó una que pesaba ciento veinte kilos. Y yo le dije: o sea, Charlie, que fue tu abuelo quien acabó con las tortugas.

Cuando terminamos de coger cangrejos vi a Nancy que venía con un mercado de verdura y bastimento y me fui hasta donde ella y le ayudé a cargar la bolsa. El sol del mediodía me fatigó la cabeza y cuando dejé la bolsa en la mesa de cemento tuve que tomar agua del tanque y tirarme en el piso a descansar porque la cabeza me daba vueltas. Sudé la gota gorda y empecé a respirar como si hubiera corrido toda la mañana. Charlie se sienta a comer en la mesa de cemento y bebe la sopa con sorbos ruidosos inclinando su cabeza sobre el plato. Hace algo así como sbrlop, sbrlop. Nancy le ha dicho que no debe hacer tantos ruidos pero él sigue sorbiendo igual. Después se come un guineo. Lo pela como un mico, sentado en el mecedor. Se lo regala una palenquera que pasa por el hotel antes del mediodía. Se escucha su pregón en el barrio. Por la tarde pasa otra que vende bolitas de tamarindo y mango biche. Y luego ya no se oye más. Yo a veces me distraigo haciendo un búho con el último de mis rollos de alambre.

Karen me ha dicho que no me va a comprar más rollos de alambre. No me gusta depender de Karen. Quisiera hacer un búho con mi último metro de alambre, así no me alcance para pagar la pieza. Karen me repite: tienes que hacer algo de servicio, puedes vender chance o lotería y ahí sí le estarías llevando a la gente la buena suerte. Pero eso me lo dijo antes de que yo vendiera las billeteras acuáticas. Karen. Karen. Esa gorda es buena gente aunque no ha vuelto a hacerme masajes y cada noche viene más tarde.

Nos habíamos empacado la sopa de cangrejos y estábamos haciendo la siesta en el patio de los almendros cuando aparecieron tres hombres con cascos amarillos en las cabezas. No era la primera vez que venían pero siempre se presentaban antes del mediodía y no a esa hora de la tarde cuando la brisa del mar sopla por entre las hojas de los almendros y Charlie y yo nos quedamos medio dormidos. Nancy lava los platos en la cocina del bar-restaurante. A veces no hay inquilinos ni en el patio ni en las habitaciones y sólo están los gatos mirándonos comer y esperando que les lancemos algo.

Los hombres del casco amarillo llegaron en una camioneta verde y dos de ellos bajaron cuatro cajas de madera y las dejaron a la entrada del bar-restaurante. Charlie tenía la llave del candado de la

reja y él mismo quitó las cadenas que se entrelazaban en los barrotes. El lugar estaba encharcado por la lluvia y faltaban dos tejas del techo y muchas baldosas en el piso pero todavía quedaban algunas mesas de madera cerca del ventanal, y supuse que cuando a Tony Lafont se le dio por tomar las fotos los huéspedes del hotel desayunaban mirando el mar y escuchaban cómo reventaban las olas contra las rocas. Acompañé a Charlie a abrir la reja y al apoyarme en uno de los barrotes, esquirlas de hierro oxidado se quedaron en la palma de mi mano.

Dos de los hombres cargaron las cajas y las acomodaron debajo de las mesas, sobre cuatro listones de madera atravesados, lejos del hueco del techo desentejado, y las cubrieron con un plástico transparente. Uno de los hombres era rubio y huesudo y tenía la boca como la ranura de una alcancía. El otro era más joven y en su cara florecían espinillas y barros rojos y adolescentes. El tercer hombre era pequeño y musculoso como un luchador retirado. Llevaba la camisa mal abotonada y le salían unos cuantos vellos de su barriga de cervecero. No había cargado ninguna de las cajas pero revisó el bar-restaurante y le dijo a Charlie que él y Nancy podían quedarse unos meses más en el hotel si le echaban un ojo a las herramientas y a los materiales de construcción. Parecía conocerlo de tiempo atrás y lo trataba como a un viejo amigo.

Charlie le pidió cigarrillos y el hombre le dijo que salieran. Abrió un paquete de Marlboro y se pusieron a fumar.

Yo también salí detrás de ellos.

Después de pasar tantos días cagando quería un poco de humo en los pulmones pero no me atreví a pedirle un cigarrillo. Tal vez no era el momento porque el hombre dijo que la próxima semana vendrían a llevarse los baños, las puertas, los enchufes y las cerraduras del hotel. Los iban a vender o a reciclar. Charlie no le dijo al hombre que muchos sanitarios, cables y tomacorrientes ya los había vendido. Hasta una ducha y un lavamanos del 203, que era el cuarto donde él y Nancy dormían.

El hombre le dio a Charlie dos billetes de cinco mil pesos y yo aproveché para pedirle un cigarrillo. Ni siquiera me miró pero igual sacó un cigarrillo del paquete y me lo encendió. Me fui a fumar a la

entrada del hotel, sentado sobre este muro de granito que tiene pintada la palabra Hotel.

Miraba el mar y la cresta blanca de las olas, sin pensar en otra cosa. Era algo que el monje francés le había dicho a Tony Lafont y yo había hecho varias veces el ejercicio, no pensar en nada, sólo mirar la cresta blanca de las olas y los botes de madera vieja volcados sobre la playa. Pero era difícil poner la mente en blanco y más cuando los dos hombres que habían cargado las cajas se acercaron a la otra reja que custodiaba la entrada a la recepción y quisieron abrirla por la fuerza.

Charlie les dijo que la llave de ese candado se había perdido y que lo mejor era que la reja estuviera cerrada porque algunas noches los mendigos se metían y después era difícil sacarlos. En los meses que yo llevaba en el hotel no había visto a ninguno porque Charlie había dado la orden de espantarlos con un palo o con un cuchillo, apenas asomaran por la avenida. Sólo pasaba una anciana que cargaba bolsas y botellas y a veces, en las tardes, se sentaba a descansar en el patio de los almendros. Se llamaba Carmenza y le decían Botellita. Charlie la conocía desde hacía tiempo y Tony Lafont le había sacado una foto. Una vez Carmenza me vio haciendo un búho con una lata de cerveza y al día siguiente me dejó tres latas de cerveza Águila sobre la mesa de cemento.

Los hombres dejaron de forzar la cadena de la recepción y miraron hacia adentro pero estaba un poco oscuro y quizás, sobre los casilleros de las llaves, no pudieron ver el retrato de la madame con ese gato llamado Fumanchú.

Uno de los hombres preguntó por dónde se entraba y Charlie le dijo que debía dar la vuelta por el patio de los almendros y el hombre quiso ir pero el que me había dado el cigarrillo le dijo que no valía la pena, no había nada que mirar. Cuando apagué el cigarrillo, los hombres del casco amarillo se montaron en la camioneta. Charlie me dijo que lo iban a contratar como celador de la obra.

Ahora Charlie se ha ido al patio de los almendros porque Nancy lo está llamando para que se tome un café. La playa está desierta. Quién sabe dónde están el fotógrafo y la malabarista. Miro un edificio que se levanta a pocas cuadras del hotel. Se llama Catalina

del Mar. Una vez Charlie me dijo que le habían puesto ese nombre por una canción de Joe Arroyo. Y comenzó a cantarla con su voz gangosa: Catalina del mar, mi bambina, amargándome la vida, tu despedida. Tiene balcones redondos y ventanas con vidrios polarizados para que no entre el sol. Nunca puedo contar bien los pisos. Siempre me equivoco. Una vez le vendí una pulsera a una muchacha que vive en ese edificio.

Me han dado ganas de tomar uno de esos jugos de botella que Karen me traía cuando estaba enfermo. Tengo un billete de dos mil y tres monedas de doscientos. Tal vez sea mejor esperar que pase Joseph Gambeth con su carrito de tintos y aromáticas. Me tomaría un agua de yerbas porque tal vez el tinto me caiga mal.

La malabarista y el fotógrafo caminan de un espolón a otro. Raro que ella no tenga sus aros y no los esté lanzando al aire mientras camina. Es como una manía. La verdad es que ahora no me importan esos dos sino el atardecer, el cielo limpio sin una nube y ningún alcatraz en el aire. Hay un olor a algas podridas que seguramente Charlie no siente porque ya está acostumbrado. A mí me gusta ese olor. Siempre me ha gustado.

Hace un momento fui a la tienda de la esquina a comprar el jugo y un pan de sal medio duro y me los comí afuera de la tienda, mirando los buses que pasaban por la avenida. Los pasajeros me miraban desde la ventanilla y yo los miraba a ellos. ¿Qué pensará la gente cuando me mira desde la ventanilla de un bus? Ese muchacho está pálido y debe cortarse el pelo y la barba. Con este calor.

El dueño de la tienda es un viejo que siempre anda en camisilla y Charlie dice que tiene tres velocidades: lento, más lento y parado. No le pregunté por el precio porque si no me alcanzaba le iba a decir que lo anotara en una cuenta, tal como hacía con Karen. Pero me sobraron trescientos pesos y compré un cigarrillo que me puse detrás de la oreja.

El viejo me preguntó cuándo iban a empezar a tumbar el hotel.

—Eso todavía se demora porque faltan unas fotos. Unas instantáneas que debe tomar el hombre de la cámara mágica.

El viejo no me entendió. Tal vez pensó que yo fumaba marihuana como el Blaki.

De regreso al hotel encontré a Tony Lafont y la malabarista, sentados en el muro donde está escrita la palabra Hotel con la T casi desaparecida. Ahora la malabarista tenía los aros sobre las piernas desnudas. Me presentó al fotógrafo y le dijo que yo fabricaba búhos de alambre.

Le extendí la mano a Tony Lafont pero él juntó el pulgar derecho con el índice izquierdo y el otro pulgar con el índice derecho, me miró a través del hueco que creaban sus manos y luego hizo como si me tomara una foto.

—Los búhos, ¿dónde están los búhos? ¿O es que sólo salen en la noche?— preguntó el fotógrafo.

La voz de Tony resonaba como si hubiera alguien más adentro, como si lo habitaran dos inquilinos, uno de voz más o menos grave y otro que hacía coro en el pecho. Allí estaba esa nariz grande, de la que tanto hablaba Charlie, sus ojos más claros de lo que imaginaba, grandes e intensos, y la frente que se extendía hasta el cráneo medio despoblado.

Podía hacer un búho en menos de diez minutos.

Fui a sacar mi morral de la habitación 109 y cuando regresé Tony y la malabarista me vieron trabajar el alambre. Él acercó su cámara de manos y le sacó una foto al animal. Le dije que los búhos eran para la buena suerte, cambiaban la vida de las personas, y que también los hacía con latas de cerveza a las que les ponía un imán para que la gente pudiera fijarlos a la nevera o a cualquier electrodoméstico. Y pronuncié la última palabra con algo de autoridad, como si fuera un profesor.

El fotógrafo y la malabarista se quedaron mirando el búho. Muy bonito, dijo ella, y enseguida preguntó: ¿Cuánto vale?

—Es un regalo para el fotógrafo.

—Deberías hacer un Quijote —dijo Tony y se guardó el búho.

— ¿Un Quijote?

— ¿No has visto nunca un Quijote?

—No, nunca. ¿Y cómo es?

—Es un viejito a caballo con una lanza en la mano y una bacinilla en la cabeza. Y tiene una barbita así como la tuya.

—Ah, claro que lo he visto, es un viejo flaco que siempre anda con un gordo.

—No siempre va con el gordo. La verdad es que se separaron hace tiempo. Salieron de pelea y no se hablan.

La malabarista se echó a reír.

El fotógrafo se quedó callado y, después de un rato, como si lo pensara mucho, agregó:

—Un Quijote con un solo alambre, ¿sí me entiendes?

—Sí, te entiendo.

—Como las casitas pegadas de Pepe Yukopila, ¿las has visto?

Había visto algo de eso en el cuaderno de Tony Lafont pero nunca me ha gustado resolver ese tipo de problemas. Se pierde mucho tiempo. Es como ese cubo de colores que estuvo de moda hace unos años. O como los crucigramas. Me gustan más los jeroglíficos.

—No importa que no esté el gordo. Al gordo y al burro los puedes dejar para después. Pero el viejo sí tiene que estar sobre el caballo.

Estaba pensando cómo podía hacer el tal Quijote con un solo alambre. El búho miraba de frente pero el Quijote tendría que ir de perfil y tal vez necesitaría un alambre más delgado. Caballo con cola y viejito con barba que sostiene una lanza. Tres en uno. Como el aceite. Tendría que pulir el alambre y trabajar la cola y la barba con una navaja.

—Había un francés que hacía retratos en papel con una sola línea.

Ya se me olvidó cómo se llamaba. Creo que se lo dije a Claudia Soraya. También le dije esa palabra que tú estás buscando.

Tony le hablaba a la malabarista y yo hacía como si no lo escuchara. El fotógrafo dijo que esa palabra la tenía en la punta de la lengua. Cuando le llegara a la mente sería como una instantánea. Quise decirle a la malabarista que yo también había preguntado por esa palabra, el día que fui a vender billeteras acuáticas. Pero después ellos se pusieron a hablar de otras cosas y no me pareció bien meter la cucharada.

—Todo pasó muy rápido —dijo Tony—. Fue en aquel espolón. ¿Sabes una cosa? A veces ella me habla por las mañanas. Todavía me pregunta por el álbum de Tony Lafont.

La voz del fotógrafo se quebró.

Vino a sentarse muy cerca de mí con la espalda recostada sobre el muro. Metió la cabeza entre sus rodillas. Los tres nos quedamos en silencio. Había algo muy intenso en el aire y no era el olor de las algas y tampoco el fragor de las olas rompiendo contra los tajamares.

La malabarista tomó sus aros y los fue lanzando al aire, como aquella tarde en el parque. Verde, rojo y azul. La brisa soplaba y tal vez la arena se metía en sus ojos y ella no parecía tan precisa en sus movimientos. Uno de los aros se le cayó de las manos. Cuando se agachó para recogerlo yo pude ver otra vez la mariposa tatuada en su espalda, un instante nada más, antes de que ella se incorporara para preguntar:

—Ey, Tony, ¿cómo será la instantánea que me vas a sacar?

—Había una luz como esta cuando le saqué la foto a Maribel Delgado — dijo el fotógrafo.

Tony siguió hablando de Maribel Delgado y de cómo el sol del atardecer iluminaba sus cabellos rojizos. Había visto esa foto, la número uno del álbum, y esa muchacha me parecía melancólica y bella con el mechón de pelo que le caía sobre el rostro y le ocultaba media sonrisa.

La malabarista posaba como una modelo, de perfil, llevándose una mano a la nuca, sin mirar al fotógrafo. Yo me recosté contra una de las columnas del hotel para verla mejor. Y con su cámara de manos, Tony empezó a sacarle las fotos.

Lo que me hace falta: Platos, pocillos, cucharas, cucharones, calderos, ollas, reverberos, tenedores, cuchillos, jarras de vidrio y de peltre, ensaladeras, portacomidas de tres pisos, refractarias, almuerzos y desayunos servidos, tintos, cafés con leche, fondos de pocillos de café, servilletas marcadas con las iniciales HB, mantelitos a cuadros, gallinas vivas, muslos y rabadillas, alitas de pollo, pescado frito, pargos y peces espada, colas y cabezas de pescado, ojos, langostas, pulpos, calamares, carne asada y en bistec, posta negra, un huésped desayunando, el mismo huésped almorzando y cenando, fumando un cigarrillo en el patio de los almendros, mirando el mar a las cinco de la tarde, carnes saladas, varios tomates en un cesto, huevos de lisa, yucas, ñames, arracachas, zanahorias, remolachas, platos blancos manchados con el jugo de la remolacha, sopas de plátano, sopas de cangrejos, cangrejos vivos, jaibas, platanitos, guineos, plátano en tentación, patacón pisao, platanito manzano, canela y pimienta, orégano, yerbabuena, toronjil, cilantro, lechugas, melones, papayas, vasos de vidrio con Kola Román, limonadas y jugos de corozo, sobras de comida, desperdicios, huesos de marrano, huesos de pollo en una bolsa, palanganas llenas de frutas, frascos de mayonesa y mostaza, carne de monte, guartinaja abierta, caimanes, pulpos, latas de cerveza, botellas de whisky, ajos colgados, queso costeño, queso momposino, queso parmesano, lentejas, fríjoles de cabecita negra, garbanzos, bollos de coco y de mazorca, motes de queso, sancocho de tres carnes, carimañolas, arepas de huevo, pastelitos de repollo, tabules, empanadas, fritos en general, ollas de manteca, anafes, bofes y chicharrones, carbón ardiente en el anafe, carbón apagado, bolitas de ajonjolí y tamarindo, dulces de leche, muñequitos del Portal de los Dulces, cocadas y panela, naranjas, patillas y papayas partías, pepas de patilla, de papaya y de guama, icacos, guindas, mangos biches, cortados y con sal, naranjas, panes duros y blanditos, piñitas, roscones, pasteles, bizcochos, arropillas, parpichuelas, butifarras, chorizos, huevos fritos y tibios, revoltillos en cacerolas, delantales, canecas de basura, zafacones, bolsas del supermercado Magali Paris, bolsas de Súper Tiendas Olímpica, vómitos de borracho, vómitos de niño, esputos y salivazos, gargajos, mocos, cera de oído,

churrias, pastillas de Mareol, sobres de Mejoral, gargantillas, sortijas, pulseras, cadenas, semanarios, dijes, guantes, tablas, llaves, números, puertas, pomos, cerraduras, abanicos, ventiladores, neveras y neveritas, televisores, radios, licuadoras, estufas, hornos, clósets, cajones, camisas colgadas, camisas dobladas, clavos y ganchos de metal detrás de la puerta, pantalones, mancornas, tornillos, gafas, cajas de dientes, almohadas, fundas, jabones, preservativos usados y sin usar, condones con mi leche, cajas de toallas higiénicas marca Kotex, sanitarios, cepillos, rollos de papel higiénico, toallas, cajas de tampones, supositorios, talcos Mennen y Mexana, Aspirinas, Merthiolate, un frasco de Emulsión de Scott, un Tricófero de Barry, una caja de Valium, otra de Theralite, detergentes marca Top, piedras de alumbre, piedras pómez, traperos, escobas, pañuelos, bermudas, pastas dentales, desodorantes en aerosol y en barra, perfumes, frascos de perfume vacíos, peinillas, aretes, ganchos de carey, chancletas, cinturones, hebillas, faldas, sandalias, abarcas campesinas, alpargatas, pantuflas, un mocasín, un tacón huérfano, una pipa sin picadura, (debajo de la foto, Bobby Wobst escribiría esto sí es una pipa), una media velada de mujer junto a un calcetín verde, una lata de pintura vacía, tres charcos, huellas de pies mojados en las baldosas, arena, mugre, sangre en la baldosa, tres sombras de los almendros (a las cuatro, cinco y seis de la tarde), cinco fachadas del hotel (a las nueve, diez, once, once y media y doce del día), nueve hojas caídas de los almendros, hojas verdes, hojas amarillas en los almendros, neumáticos salvavidas, parches, cordeles de pescar, anzuelos, carnadas, cañas de pescar, martillos, destornilladores, llantas inservibles, enchufes, cables, bombillos, cortinas, benjamines y rosetas, una llave inglesa, un hombresolo, un alicate, clavos, chinches y puntillas, una caja de herramientas bien cerrada, mesa de cemento y mesas de madera, nocheros, arañas, una fila de hormigas, lagartijas, lagartos, lobitos verdes, iguanas asoleándose, un policía aquí en el hotel, moscas, dos cucarachas, moscas sobre terrones de azúcar, telarañas, bolitas de naftalina, un almanaque mundial, un almanaque Bristol 1973, libretas, libros de registro, la carátula de una aritmética de Baldor, un libro de química orgánica, una tabla periódica, un ejercicio de física que resolvió Susana Lafont, la carátula

del disco Dios, cómo te amo de Gigliola Cinquetti, una tarea de castellano (cuáles son los personajes de la novela El moro de José Manuel Marroquín. Caracterícelos) que jamás realizó Pepe Yukopila, bolígrafos, lápices, lapiceros, una estilográfica, una caja de doce colores, pinceles, una caja de témperas, cuatro periódicos regionales, tres revistas de crucigramas, sopas de letras y jeroglíficos, una pila de historietas de Turok y Kalimán, una revista de Mecánica Popular, la carátula de aquel disco de Carlos Santana, Abraxas, divinidad gnóstica, maletas, bolsos, tres mochilas con los colores de la bandera colombiana, dos novelas de M.L. Estefanía, balones de fútbol y voleibol, bates de béisbol, guantes de pelotero, una gorra de la novena Getsemaní, una cinta de gutapercha, dados y fichas de parqués, barajas, billetes de lotería, raquetas de pingpong, bicicletas, triciclos, patines, coches de bebé, pañales, cortaúñas, abrelatas, destapadores, un canasto de ropa sucia, esa misma ropa colgada en un alambre, la misma ropa planchada, doblada y almidonada, agujas, hilos, carretes, encajes, botones, correderas, pitas, planchas, cabuyas, colchones, fósforos y cigarrillos sueltos, un tabaco de marihuana, una navaja automática, hojas de bijao, yesqueros, cajas de fósforos El Rey, una cajetilla de cigarrillos Camel, velas, una lámpara de gas, palanganas vacías, baldes, jofainas, bidones, trenzas, manos, dedos, meñiques con anillos, uñas, uñas comidas (onicófagos), vergas paradas (itifálicos), microcefálicos, vergas flácidas, políticos, calvas (alopécicos), ojos bizcos (estrábicos y similares), un huésped con labio leporino, un jorobado, un periodista, un desdentado, un cojo, un manco, una mano con dos dedos, cuellos, caras, culos, ortos, nalgas de palenquera, tetas adolescentes, tetas caídas, pezones con pelillos alrededor, sangre menstrual de virgen, lunares, verrugas, barros y espinillas, lágrimas de mujer, lágrimas de hombre, lágrimas de niño, un frasco de Kan Kill, chichones y chibolos, cortadas y raspaduras, piel escarapelada, tejido necrótico, coños peludos, vellos púbicos, cojones de perro y de gato, rajitas del culo insinuadas encima del bikini, botellas, picos de botella, culos de botella, una botella vacía de Uva Román, una botella de cerveza Águila, labios cuarteados, labios pintados de rojo con una línea negra sobre la comisura, pestañina, cajitas de sombras, un depilador, restos de piel,

callos, mierda líquida y, por último, una borrosa imagen de esta bitácora donde no puede leerse la frase que escribí: Claudia Soraya, de todas las palabras, la que menos me gusta es etcétera.

Check out

Ahora soy el recepcionista del hotel. Antes de irse, Charlie me dejó las llaves de todas las habitaciones, sólo que apenas hay dos huéspedes y ya no hay cuartos para arrendar. Tampoco hay puertas o cerraduras. Uno de los huéspedes soy yo. Acomodé el colchón, entre los escombros, detrás de la pared que separa el bar-restaurante del patio de los almendros. Los cuartos que rodeaban el patio han desaparecido, pero los dos almendros todavía permanecen, dando sombra y cubiertos de polvo. Ya las brisas de diciembre empiezan a desaparecer. A veces los tres gatos vienen en las mañanas y me miran. No se atreven a acercarse porque ahora me visita un perro y los dos dormimos juntos.

Le dije al perro que ahora yo era el dueño del hotel y él me preguntó cuánto tenía que pagarme. Vino a quedarse aquí cuando todos los inquilinos se fueron y yo empezaba a extrañar el banco de aquel parque donde conocí a la malabarista. Por eso los gatos no se acercan. Todavía le tienen miedo al perro. Los gatos caminan sin cortarse por la paredilla coronada de vidrios rotos. El perro no tiene nombre pero un día cuando vio a los gatos en la paredilla comenzó a ladrarles, con las patas encaramadas sobre el muro. Desde sus alturas, los gatos miraron al perro con desprecio, así como me miró Karen antes de irse. No es que me haya dejado. Fue que yo no me quise ir con esa gorda. Y ella tampoco hizo mucho esfuerzo por llevarme. Quién sabe a dónde irían Karen, Nancy y Charlie. Quién sabe si todavía existan. Es una suerte tener un perro como este. Sería perfecto si no oliera tan feo y si no se lo estuviera comiendo la sarna.

El polvo descansa entre los escombros. A veces, rebuscando, encuentro algunas cosas. Una vez vi un caballo de ajedrez, una maleta vieja y una estampa de la Virgen del Perpetuo Socorro. Quizás el caballo le estaba rogando a la Virgen que lo dejara dormir en la maleta. O la Virgen quería montarse en el caballo y cabalgar sobre la maleta. En las últimas noches, yo también he querido que vengan el Blaki o Centella o por lo menos escuchar los cascos del caballo sobre el pavimento de la avenida. Pero ellos tampoco han aparecido.

Antes de irse, Charlie me regaló el cuaderno de Tony Lafont. El perro me mira leerlo y parece preguntarme qué es lo que leo en ese

cuaderno. Yo le digo que es la historia del hotel. Hace unos días, todas las fotos estuvieron colgadas desde el patio de los almendros hasta la reja del bar-restaurante. Allí también estaba mi foto, tal vez la última instantánea que Tony Lafont tomó en su vida. Quién sabe. No quiso tomarle una foto a nadie más, ni siquiera a la malabarista que era la que había convencido a la doctora Lafont de que comprara una cámara nueva.

Recuerdo bien esa noche porque unas horas antes Karen se estaba bañando en el patio de los almendros, y me dio pena mirarle sus mollejas gordas y sus tetas caídas. Con una totuma sacaba el agua del tanque oxidado. Y ella entonces me dijo:

—Qué me ves, nojoda —y me lanzó un poco de agua con la totuma —. Deberías bañarte tú también.

En los primeros días de diciembre, los hombres del casco amarillo vinieron con una máquina y perforaron el piso de la recepción como si buscaran petróleo. Están haciendo un estudio de suelos, me dijo el hombre gordo, el mismo que me había dado el cigarrillo la primera vez. Se oía el ruido de la máquina subiendo y bajando y yo pensé que el gordo iba a descubrir el hotel invertido que Tony había imaginado. En ese hotel al revés yo estaría en otra habitación, la 206 o la 301, y a la gente que compraba mis búhos en verdad le cambiaba la suerte. Me llamarían El brujo y tendría collares en el cuello como los que nunca se quiso colgar Charlie Lozada, y tal vez Maribel Delgado se hubiera casado con un extranjero y viviría en la habitación 302, la de ese pintor que nunca quiso volver por sus cuadros.

Le pregunté al hombre gordo para qué necesitaban el estudio de suelos y él dijo que el edificio iba a tener un parqueadero subterráneo.

Los hombres del casco amarillo empezaron a tumbar el hotel, les daban duro con sus mazos a las paredes y sólo dejaban los hierros de las columnas, y el polvo de los ladrillos se posaba en las hojas de los almendros y yo lo saboreaba con mi lengua. Desde la playa empezó a verse la paredilla coronada de vidrios rotos que separaba el hotel de la calle paralela a la avenida, esa misma calle donde vivió Maribel Delgado.

Unos días antes, Charlie había descolgado el gran retrato de Madame Tricot y sobre la pared quedó la huella limpia del retrato. Después también tumbaron esa pared y la habitación 109, que era la mía. Charlie se llevó el cuadro a su pieza y luego nos fuimos a la playa a cazar cangrejos pero no había muchos sobre las rocas y nos quedamos mirando el mar en silencio.

Cuando regresamos vimos el esqueleto del hotel desde la playa, los escombros y el nuevo horizonte que se abría ante nosotros. Sólo quedaba el bar-restaurante, el patio de los almendros con su mesa de cemento y algunas paredes de las piezas que lo circundaban, la 106, donde Terry Bolaños hacía la siesta.

Familia fue el primero en abandonar el hotel. Cargó sobre sus hombros tres grandes morrales de tela y cuatro cajas de cartón con toda su mercancía y los metió en el baúl de un taxi. Yo le ayudé con dos bolsas más pequeñas y él me dijo que no me fuera a fatigar. Charlie le había preguntado: ¿No te vas a quedar para que Tony te saque la última foto?, y Familia sólo murmuró algo que ni Charlie ni yo entendimos. Familia tenía una tos que atribuía al polvo de los ladrillos. A Nancy le pasaba lo mismo. A Charlie también se le había agudizado la tos pero a mí sólo me dolían los ojos. El sabor del polvo de ladrillo me gustaba. Creo que todavía me gusta.

Familia le dejó a Charlie una botella de whisky y le dijo que se la bebiera en su nombre. Le ayudé a Charlie a bajar todas sus cosas de la habitación y me dijo que también sacara las mías porque en unos días nos teníamos que ir. Todavía, sin embargo, nos demoramos un par de semanas durmiendo en el bar-restaurante, al lado de los materiales de construcción, y Charlie pensaba que si llegábamos a Navidad tal vez nos podíamos quedar hasta el otro año. Por esos días yo terminé mi Quijote alambrado y le pregunté a Charlie si sabía dónde vivía Tony Lafont porque quería entregárselo. Pero él no me dijo nada.

Esa noche la malabarista llegó con una de esas máquinas de retratar, todavía con el plástico del empaque. Y dijo que el fotógrafo iba a venir con su hermana, la doctora Lafont. Ahora ya no quería que Tony me sacara la instantánea. Mejor dicho, sí quería que me inmortalizara pero también deseaba entregarle mi obra maestra. Se la mostré a Karen y ella me preguntó: ¿y eso para qué sirve?

La doctora Lafont había comprado la cámara y le había dicho a Tony que tomara las últimas fotos. El fotógrafo apareció esa misma noche, vestido con una guayabera azul, pantalón caqui, sandalias de playa y una gorra de pelotero de los Yanquis de Nueva York, muy elegante y recién bañado. No parecía haber venido por su propia voluntad, era como si la hermana y la malabarista lo hubieran traído a la fuerza. Lo primero que hizo fue acariciar a Centella, amarrado al tronco de uno de los almendros.

Charlie no abrió la botella de whisky. La doctora le dijo que no le sirviera a Tony y él estuvo de acuerdo. En cambio yo me quedé pensando que ya se me había pasado la diarrea y el trago no me iba a caer mal. Pero Charlie no lo servía. Y no lo sirvió durante toda la noche.

La malabarista dijo que tenía que hacer la exposición que había soñado la novia de Tony Lafont. Le pidió a Charlie la bolsa de las fotos y las fue ensartando en el cordel que él usaba para pescar. Le pregunté a la malabarista si eso era algo que le había dicho Tony Lafont y ella sólo me dijo que fuera metiendo las fotos por el otro extremo del cordel.

Charlie iba sacando las instantáneas de la bolsa plástica y me las entregaba. Eran tantas las fotografías que pensé que nunca iba a terminar. Era como ensartar chaquiras para hacer un collar o una pulsera.

Charlie le preguntó al fotógrafo cuáles fotos debían ir primero. Lo que menos le importa a Tony Lafont es el orden, dijo el fotógrafo en voz alta como si estuviera hablando de otra persona.

Y todos estuvimos de acuerdo.

Charlie, el Blaki y la hermana de Tony se sentaron cerca de la mesa de cemento, junto a Karen y Nancy que nos miraban trabajar. Karen le preguntó a la doctora Lafont cuánto le había costado la cámara. Ella sacó un cigarrillo y empezó a fumarlo. Luego arrojó el cigarrillo y lo apagó con el pie, como si estuviera matando una cucaracha. Y Karen volvió a preguntarle y fui yo quien le respondí: a ti qué carajo te importa cuánto costó esa cámara.

Anudamos el cordel y lo extendimos desde el tronco de uno de los almendros hasta la reja del bar-restaurante. Nancy separó algunas fotos con unos ganchos de madera para que la brisa no las corriera. Igual, los ganchos no eran muchos y había muchas fotos que eran arrastradas por la brisa y se juntaban una detrás de otra en el cordel. Charlie preguntó si no había que arrancar las páginas del cuaderno y colgarlas en el nylon y Tony dijo que no valía la pena.

Terminamos de ensartar las instantáneas y la malabarista le dijo a Tony que ya era hora de trabajar.

—¿Trabajar en qué?

—Tienes que tomarnos las fotos— le dijo la malabarista.

Y ahí fue cuando él dijo que hacía mucho tiempo había dejado de sacar instantáneas. Se echó a reír con una risa de bobo de pueblo, hasta que Charlie le dijo medio emputado que lo habían esperado durante años para que tomara las últimas fotos, ahora no nos puedes salir con eso, Tony.

Pero él no parecía atender los ruegos y allí estaba en silencio, como si las cosas no fueran con él, mirando perdido hacia el piso de cemento. La malabarista y la hermana eran más dulces y querían convencerlo pero Nancy y Karen alzaron la voz y siempre acababan cada una de sus frases con la palabra nojoda. La temperatura de la conversación iba subiendo y ahí fue cuando se me ocurrió decirle que ya había terminado su Quijote, y fui a sacarlo de mi morral.

Cuando se lo entregué le dije que me había demorado una semana en hacerlo porque los hombres del casco amarillo no me dejaban concentrar, dime si no es una obra maestra, ¿ah?

Tony lo acarició, lo levantó con el pulgar y el índice de su mano izquierda, lo miró como si el Quijote fuera de vidrio y varias veces pasó los dedos por la barba puntuda que yo le había sacado al viejito.

—Hasta tiene un ojo.

—Sí, un ojo, pero no es tan tuerto como Blas de Lezo.

— Y para mí lo que mejor quedó fue el caballo. Se parece a Centella, ¿sí o no, Blaki?

Tony parecía aprobarlo pero el Blaki no.

Y ahí fue cuando le dije al fotógrafo:

—Dijiste que me ibas a sacar una instantánea cuando terminara el Quijote.

La malabarista y la hermana lo estaban mirando. Respiraba duro, como si el aire le hiciera falta en los pulmones, no tanto como si hubiera corrido una maratón pero sí como si acabara de hacer un esfuerzo desacostumbrado e inútil.

Y yo le insistí:

—Si me tomas una foto, te fabrico a ese gordo que siempre anda con él. Con el burro y todo.

Tony suspiró y dejó el Quijote sobre la mesa de cemento. Agarró la cámara, le quitó el plástico del empaque y dijo que iba a tomarme la foto sólo a mí. Por un momento pensé que íbamos a ir a la habitación 109 pero recordé que ya la habían tumbado. Le dije entonces que me la sacara sentado en los muritos de la entrada, cerca de la palabra Hotel que tenía la T borrada.

Pero Tony no quiso que se vieran los escombros y entonces le dijo al Blaki que soltara a Centella. El caballo parpadeaba y se espantaba las moscas con la cola. El Blaki lo desamarró y lo llevó cerca de la mesa de cemento, para que yo lo pudiera montar. Sentí el espinazo pelado del animal y apoyé las manos sobre su pescuezo. Le acaricié las crines. Sonreí. Creo que el caballo también sonrió. En todo caso parecía contento.

Tony examinaba la cámara. Karen quería salir en la foto pero Tony le dijo que se apartara. Yo también le dije: apártate, Karen, que tú no vas a salir. Y después de un fogonazo quedé inmortalizado sobre el lomo de Centella.

Cuando la foto se reveló, todos se la pasaron de mano en mano. La malabarista tomó un alfiler, perforó el borde superior y fue a

ensartarla con las otras en el cordel. Tuvo que desatar el nylon de la reja del bar restaurante, sacó varias instantáneas y metió la mía entre muchas otras. De manera que no era la última de la serie y tampoco la primera. Estaba allí como las otras, quizás al lado de aquella foto de Charlie, donde aparece con su sonrisa ancha de dientes blancos.

Me fui a buscar el cuaderno y le dije a Tony que escribiera cualquier cosa sobre mí. Pero él dijo que no. Y encendió un cigarrillo. Yo me puse a fumar con él. Hablamos toda la noche y me dijo que alcanzaría la perfección cuando olvidara para qué servía esa cosa que estaba sobre la mesa de cemento. ¿La cámara?, le pregunté yo, y él dijo sí con la cabeza.

—Tú también tienes que olvidarte de los alambres y de los búhos. Deberías irte con Centella a vender búhos en el metro de New York.

Me hubiera gustado ser amigo de Tony Lafont en los tiempos que empezó a sacar las instantáneas. Tal vez ha debido sacarle una foto a Karen, a la malabarista, al Blaki, a Nancy o a Joseph Gambeth, el ángel de los tintos. Pero Joseph Gambeth no iba a venir a esa hora. El que llegó fue el mismo vendedor de butifarras y huevos cocidos con la ponchera metálica que hacía sonar con un cuchillo. Karen le compró una butifarra y un huevo duro pero yo no quise comer. Sólo necesitaba mirar las fotos de Tony Lafont, mecidas por la brisa, como ropa en un alambre.

Esa noche, antes de irse, Tony me regaló su gorra de pelotero.

A los pocos días acabaron de tumbar el hotel y cada quien agarró su rumbo. No volví a encontrarme con Charlie, ni con Nancy, ni con ninguno de los otros inquilinos. Y menos con Karen. Ella dijo que me iba a morir de hambre y yo le dije que no necesitaba comer.

En cambio sí volví a ver a Tony Lafont y a la malabarista. Llegaron una tarde, miraron las ruinas del hotel y se fueron a caminar por la playa muy cerca de aquel espolón donde se había ahogado la muchacha. Era esa hora de la tarde cuando el sol ya está debajo del mar y en el horizonte sólo brillan sus reflejos. El agua se vuelve verde y amarilla. El viento es lerdo y levanta algunos granos de arena.

Allí estaban otra vez esos dos, sólo que la malabarista no llevaba los aros y Tony no tenía la cámara. Se decían cosas que yo no podía escuchar. Después voltearon uno de los botes y lo metieron al mar. Era la primera vez que alguien movía ese bote en mucho tiempo. Tal vez Charlie les hubiera preguntado: ¿Y ustedes qué piensan hacer con ese bote?

Tony se metió al agua con los zapatos y fue el primero en subir. Después ayudó a montar a la malabarista. Antes de sentarse sobre uno de los travesaños ella miró hacia el hotel. Yo me quité la gorra de pelotero que me había regalado el fotógrafo y la agité en el aire para decirle adiós. Pero ella no me vio. Y Tony tampoco, porque estaba de espaldas. Tal vez ya nadie me veía. Y a lo mejor yo tampoco sabía lo que veía. Porque si la malabarista me hubiera visto habría levantado la mano y gritado: ey, vente con nosotros.

Pero no.

El mar estaba tranquilo como una gata dormida.

El fotógrafo y la malabarista comenzaron a navegar mar adentro. Remaban con sus manos de espaldas a mí. Después todo se fue oscureciendo y yo los perdí de vista. Tenía sueño pero el sabor a óxido había desaparecido de mi boca y la serpiente ya no reptaba por mi estómago.

Acomodé mi colchón sobre los escombros y el perro se echó a mis pies. Abría y cerraba los ojos pero no me podía dormir. Los abría, los cerraba. Por un momento no supe si primero los abría y luego los cerraba o primero los cerraba y luego los abría.

Pensé que Tony Lafont no había guardado el Quijote en su bolsillo. Quizás le haya tomado una foto antes de regalárselo a la malabarista. Abría y cerraba los ojos. Los abría y los cerraba. Primero los abría y luego los cerraba.

O al revés.

El cielo estaba lleno de estrellas y los gatos me miraban desde la paredilla.

En el bolso de la malabarista: Seis monedas de doscientos pesos; una de quinientos; un billete de dos mil; un espejito redondo; un pintalabios; la instantánea de un vientre lleno de arena; otra de un cangrejo; una postal del castillo de San Felipe de Barajas; detrás de la postal, unas líneas escritas en tinta roja; un lapicero sin tapa; media hoja arrancada al cuaderno de Tony Lafont, donde está escrita la palabra funámbulo; una manilla con la bandera colombiana; una piedra china; una caracucha; un Quijote hecho de alambre; una hoja de almendro; estas líneas que nunca escribí; arena de mar entre los pliegues del bolso.

SobreEl hombre de la cámara mágica

Retrata tu hotel y retratarás el universo. Así piensa el fotógrafo Tony Lafont, el protagonista de esta novela, un tipo que cree encontrar (o encuentra) en cada persona y en cada objeto trivial las señales de una verdad cósmica. De más está decir que esta obsesión absorbe su existencia. Por eso todo cuanto le importa transcurre en el hotel de Cartagena de Indias y sus alrededores.

Las polaroids sacadas por Lafont son portales abiertos a los misterios que esconden las habitaciones desvencijadas, los trabajadores del establecimiento, sus ocasionales visitantes. Todos los personajes tienen su turno en esta danza, que a veces es macabra pero otras tiene su cuota de euforia –y lo más atrapante: suelen ser las mismas veces–.